

Mefisto



John Banville

Lectulandia

Mefisto es el mundo de Gabriel, un personaje marcado desde su nacimiento por la muerte de su hermano gemelo. El argumento, construido con perspicacia y estilo personal, tiene tanto de *thriller* intelectual como de extravagancia gótica.

Lectulandia

John Banville

Mefisto

ePub r1.0

Titivillus 18.03.2019

Título original: *Mefisto*
John Banville, 1986
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

I. Marionetas



HUBO azar al principio. Pienso en aquel pequeño nadador, único en su género, avanzando con ardoroso frenesí hacia la ciudad ardiendo, la habitación blanca y Cástor muerto. Es extraño que una vida asociada así con el crecer y el enjambre de números hubiese de empezar, como un florecimiento entre espejos, en la matemática banal de la geminación. El final fue también azar.

También estaba, claro, Polideuces. El único que escapó solo y demás.

Nosotros no fuimos los primeros, de nuestro género, de nuestra tribu. Había habido otro par por parte de mi madre, también monovulares, aunque ambos perecieron, su vida un breve día. Lástima que no los embotellaran, podría tenerlos como mascota, mis pequeños y translúcidos tíos abuelos, con los puños cerrados, ceñudos en su fluido. Hay también un eco más sutil en la ordenación simétrica de los abuelos, Jack Kay y el abuelo Swan y sus esposas diminutas. Así el mundo nos da un codazo solapado, desenmascarando el aparente azar como lo que es realmente. Podría continuar. Continuaré. También yo tengo mis ecuaciones, mis simetrías e insistiré en ellas.

¿Cuándo comprendió mi madre la naturaleza de la carga que llevaba? ¿Qué arcángel habló? Quizá la fascinase las dualidades, reflejos entrevistos, coincidencias de curso. Un par de urracas contoneándose entre las coles le dieron un susto. Viejos adagios pudieron asaltarla con un nuevo sentido: guisantes en una vaina, dos alfileres nuevos, tiza y queso. Puede que de vez en cuando imaginase que podía oírnos, los dos apretujados en nuestro reducido mar amniótico, canturreando y chillando minúsculamente.

Ella misma estaba experimentando también una especie de geminación. Su estado más que cambiarla a ella producía otra persona. Se le hincharon los tobillos, se le ensancharon las caderas. Hasta los hombros parecían más anchos, rellenos de carne suave. Empezó a llevar el pelo echado hacia atrás en dos prietas alas negras resplandecientes y sujeto en la nuca en un moño envuelto en una redecilla. Cuando fue a Ashburn, Jack Kay la miró melancólicamente y dijo:

—¿Qué ha sido de mi niña, mi niña pequeña?

Ella le miró de través, sin sonreír, y él vio por un instante claramente a su propia madre. Balanceó su gran cabeza cana.

—¡Bah! —dijo con acritud—, eres ya una mujer.

Me la imagino en aquella última primavera de la guerra. La mía es otra versión más, no la madre en que se estaba convirtiendo, no la hija que había perdido Jack Kay, sino una extraña, silenciosa y enigmática, sonriendo desconsoladamente, como una oscura madona en la luz del mar amarrada de algún cuadro antiguo. La carga que lleva bajo el corazón le pesa con peso de tristeza. Ella no había pedido aquella visitación extravagante. Comienza a sentir una misteriosa repugnancia. Sangre, carne rasgada, los labios abiertos de un corte antes de que empiece a rezumar, estas cosas siempre la habían sobrecogido. En la carnicería no puede mirar las piezas pálidas de carne colgadas que gotean subrepticamente jarabe rosa en el suelo cubierto de serrín. Se siente como una magulladura ambulante, febril, tumescente. Hay olores que la marean, el de col hervida, el alquitrán de hulla, el cuero. Las imágenes se aposentan en su cabeza, cualquier cosa sirve, un huevo cascado, un estropajo sucio, como si su mente anhelase desesperadamente cosas con las que atormentarse. No puede dormir.

—No estoy bien. No me siento bien.

—Debes rezar, hija.

Al cura le relumbran los ojos detrás de la rejilla, desnuda los dientes en una sonrisita. Le huele el aliento a vino de la consagración.

—Tengo miedo.

—¿Qué es eso?

—Tengo miedo, padre.

—Oh, vamos. Pídele a la Santísima Virgen que te ayude.

Todo se agolpa sobre ella. Habían desahuciado a sus padres de la casa de labranza de Ashburn y se habían venido a vivir con ella. Su madre, ya en el precalentamiento de la muerte, pronto se extingue en el hospital del condado. Queda Jack Kay. Pasea por la casa silenciosamente, mirándola a ella con ojos trágicos, como si fuese por alguna razón la culpable de todo.

No puede estarse quieta. Se ahoga. Da largos paseos errabundos, cruza despacio el pueblo y luego sigue por el camino de Coolmine, por donde el vertedero de basura. Un día se cae muerto un cuervo de un árbol y le da en la cabeza. No sabe si reírse o chillar. Se pasará semanas oyendo el golpe súbito, el crujir de plumas y sintiendo aquella cosa blanda, de un negro azulado resbalándole por la cara. Es un verano caluroso. Europa está en ruinas. Llega por fin a casa y encuentra a Jack Kay sentado en el alféizar junto a la puerta

de la calle, balanceando una pierna, las grandes manos blancas dobladas sobre la empuñadura curvada del bastón.

—La llave está ahí —le dice.

—¿Llave, qué llave? Yo no sé de ninguna llave.

—¡Ahí! ¡Está siempre ahí!

Él mira apaciblemente cómo ella alza el felpudo furiosa y señala. Un ágil escarabajo huye buscando seguridad. Ella mete la llave en la cerradura. En el vestíbulo huele a humedad y hay un silencio lúgubre como de cosas a las que se interrumpe en un juego furtivo. Ella empieza a decir algo, pero se para, conteniendo el aliento. Jack Kay, cegato en la oscuridad, casi choca con ella y retrocede con un gruñido. Ella está apoyada en la pared, sosteniéndose. Cuando se vuelve del quicio hacia la luz tiene la cara pálida, con brillo de sudor.

—Vete a buscar a alguien —cuchichea—. ¡Rápido!

Él abre la boca y luego la vuelve a cerrar.

La suntuosa luz del verano inunda el dormitorio. Un visillo de encaje se hincha perezoso en la ventana que está abierta de par en par. Parece todo tan cruel. Se desliza despacio sobre la cama, escudando la cara en los brazos, como atrapada bajo una masa de formas que luchasen con una silenciosa ferocidad. Jack Kay la ha seguido, y está en la puerta del dormitorio, mirando desconcertado.

—¡Vete! —grita ella—. ¡Vete!

Comprende al fin lo que significa que la cosa que hay dentro de ella esté viva, viva.

Jack Kay bajó las escaleras, parándose cada tres escalones para mirar atrás, hacia la puerta del dormitorio, murmurando. No estaba bien que le hubiese gritado así, como una loca. Abrió cauteloso la puerta de la calle. Una tarde normal de verano. Escuchó un momento, luego salió y cerró la puerta, sosteniendo la hoja con el talón y dejándola ir lentamente. «Vete a buscar a alguien», murmuró, moviendo la cabeza. «¡Rápido, rápido!». Escupió. Se le acercó un perro. Alzó el bastón y el animal reculó lamiéndose los labios. El bastón era un peso cómodo en sus manos, roto bueno y sólido gastado hasta la textura de la cera, con una banda de plata de ley y un casquillo de acero. Frunció el ceño intentando recordar cuándo o dónde lo había conseguido. Pensó brevemente en la muerte, luego se echó el ala del sombrero sobre un ojo y se lanzó a cruzar la plaza. Y no oyó el grito que brotaba tras él de la

ventana abierta del piso de arriba, ni el segundo quejido más débil, que osciló y se fue a pique, como una manita que se hunde.



NO sé cuándo fue que oí hablar por primera vez de la existencia, si ésa es la palabra, de mi hermano muerto. Yo supe desde el principio que era el superviviente de alguna pequeña catástrofe, las ondas de choque aún seguían reverberando débilmente dentro de mí. El misterioso fenómeno que nos produjo es resultado, me dicen los libros de texto, de una pequeña paralización en el desarrollo de un huevo único, que provoca que la línea embrionaria empiece a dividirse por fisión binaria. Yo prefiero imaginarme algo así como una escena de una postal picara de puerto de mar, la señora gorda, mejillas de pepona, grandes globos y nalgas potentes, limpiamente cortada en dos por su pequeño consorte dominado. Pero la causa no importa nada, sólo el efecto. Los peligros que habíamos eludido eran muchos. Podríamos haber sido siameses. Uno de los dos podría haberse desangrado en la circulación del otro. O podríamos sencillamente habernos estrangulado uno a otro. Escapamos de todo esto y salimos al fin a la superficie, sofocados. Llegué yo primero. Mi hermano fue un triste segundo. Nadador agotado, se ahogó en aire. Mi padre, cuando Jack Kay le trajo al fin a casa, contempló la escena con un torpe asombro: el niño lloriqueando en brazos de su madre y aquella copia sin vida de él tendida en la sábana.

Mi madre temía que me muriese yo también. Jack Kay le recordó que sus hermanos, los homúnculos de ella, habían sucumbido al cabo de un día. Me alimentó con una especie de vehemencia, deseosa de que viviese. No me perdería de vista. Hizo un nido para mí en el cajón grande del armario de su dormitorio. Me veo echado allí, en un silencio antinatural, flexionando lentamente las piernas y los brazos curvados, como una tortuga varada sobre la espalda. Cuando ella se inclina sobre mí la miro a tientas y frunzo el ceño. Mi mirada vaga y desvaída es la de un viajero que ha regresado de algún lugar inmensamente lejano y extraño. De noche, ella, echada en la cama despierta, escuchaba los ruidos furtivos que aquella nueva vida hacía, los roces y suaves suspiros y, de vez en cuando, lo que parecía una exclamación apagada de impaciencia. Más tarde, después de que aprendí a andar, y pude salir de allí por mi cuenta, creé un lenguaje particular, un burbujeo rápido y acuático, que hacía sentirse incómoda a la gente. Sonaba como si estuviera conversando con alguien. Mi madre, al oírme, se detenía al otro lado de la puerta de mi

cuarto, en las escaleras, y también yo, al oírla, me quedaba callado inmediatamente. Esto nos mantendría, a los dos, durante mucho tiempo, alerta, inmóviles, escuchando nuestros propios latidos cardíacos inexplicablemente palpitantes. Jack Kay, meneando el bigote, se preguntaba en voz alta si no sería que yo estaba mal de la cabeza.

Siento una preocupación tierna y retrospectiva, mezclada con una pizca de menosprecio, ciertamente, por aquel niño desconcertado que se mueve a través de mis recuerdos de aquellos primeros años de soledad vigilante, cautelosamente. Me aferraba a la casa. Mi dormitorio tenía dos ventanitas que daban a la plaza, era como esconderse dentro de una cabeza. Tenía la sensación de no estar entero, de no ser del todo real. Me fascinaban los cuentos de hadas, había algo vagamente familiar en ellos, la lógica loca, las discontinuidades, la crueldad imprevisible del destino. Me llevaron a un circo, lo recuerdo, el ruido, las luces deslumbrantes, los pedos metálicos de la banda, el olor incongruente a hierba aplastada que brotaba entre los asientos. Había enanos acróbatas y una mujer con una serpiente y un contorsionista con brillantina en el pelo, flaco como una hoja de hierba, que se sentaba sobre el coxis y realizaba una serie de números torturantes con el distanciamiento pétreo de un pornógrafo exponiendo sus mercancías. Eran los payasos, sin embargo, lo que realmente me desquiciaba, con sus cabezas puntiagudas y los pies de goma y los gritos extrañamente difusos, cómo se atormentaban entre ellos, cómo empezaba a llorar el bajo de rabia y aparente dolor y luego se giraba de repente en redondo y le atizaba al compañero larguirucho un golpe en la cara con una incontinencia acerada y terrible. Permanecí sentado sin moverme todo el espectáculo, contemplando el anillo iluminado con una avidez melancólica, como aquel muchacho del cuento que quería aprender a temblar.

Mi madre me llevaba a dar paseos, primero en un cochecito, luego, trotando delante de ella con una especie de riendas, luego adentrándome más y más tras ella siguiendo los setos. A veces, llegábamos hasta Ashworm y vagábamos por el recinto descuidado. Ella me enseñaba la casa de labranza en la que había nacido, detrás de los establos. Ashworm sería para ella siempre un idilio. La vida de la mansión, en cuyos bordes extremos ella había flotado anhelante, recordaba como un mimo lánguido la música de tictaqueantes pelotas de tenis en pistas verdes y el balido lejano del cuerno del cazador en mañanas de escarcha, una escena pequeña y lejana, pero perfecta y meticulosamente detallada, animada con risas pequeñas, como un cuadro entrevisto de aristócratas del siglo dieciocho jugando en un claro moteado del

bosque. En medio de esta hermosa estampa pastoral se alzaba la casa de labranza, donde el rey rana Jack Kay había reinado. Allí los recuerdos de mi madre eran más precisos, se acordaba del encalado y de las ratas del tejado de paja, de la bañera metálica delante del fuego las noches de los sábados, una gallina pinta apoyada en una pata en una mancha de sol a la entrada de la cocina. Y las riñas interminables, claro, los gritos, los tirones de orejas. Los establos estaban cayéndose ya, la fragua donde había trabajado Jack Kay estaba silenciosa. Un día, en un sendero cubierto de malas hierbas, bajo un árbol inmenso, nos encontramos a la señorita Kitty, la última de los Ashburn de Ashburn Park, una dama soltera chiflada y no muy limpia, con una gran nariz de pico y el pelo revuelto, que nos habló bastante apaciblemente un rato y luego se dio vuelta de pronto y nos ordenó que saliésemos de la finca, agitando los brazos y gritando.

Hubo otros espectáculos, otros terrores. Sólo tengo un recuerdo del abuelo Swan, una gran efigie sentada en la cama riendo en la casita de Queen Street. Era mañana de Pascua y yo tenía cinco años. La habitación del enfermo olía a tabaco de pipa y a pis. Había una ventana abierta al lado de la cama. Fuera, relumbraba la luz del sol tras un chaparrón reciente. El abuelo Swan había estado afeitándose, tenía aún allí al lado el cuenco y la navaja barbera y un pedacito de cristal de espejo y había una mancha de sangre reciente en el cuello de su camisa de dormir. Le temblaban las manos, pero por lo demás parecía muy sano. Sin embargo estaba muriéndose. Yo tenía conciencia de la solemnidad de la ocasión. Unos dedos duros me presionaron entre los omóplatos y avancé, mirando sobrecogido las cejas blancas y tiesas del viejo y el gran bigote, las uñas de ágata, los mechones aplastados hacia atrás de cabello gris hierro que daban la sensación como de que alguna fuerza estuviera tirando de la cabeza hacia fuera y hacia arriba, hacia la ventana, hacia los tejados relumbrantes, hacia el propio cielo de primavera, de un azul pálido y frío como sus ojos. Debió de hablarme, pero sólo recuerdo su risa, no tanto un sonido como algo que le rodeaba, como un aura, y no era un aura benigna, ni mucho menos. Durante largo tiempo la muerte habría de parecer una especie de diversión desencarnada y siniestra, esperando sentada por mí en aquel fétido cuartito.

Y sin embargo, me pregunto si será ésta realmente una imagen del abuelo Swan o la elaboraría yo en mi imaginación aquella mañana de Pascua sustituyendo voluntariamente a otro viejo más duro por aquel que estaba condenado. Me refiero a Jack Kay. La risa, las uñas alarmantes, el bigote de brocha manchado de amarillo en el centro, todo esto es suyo, ¿no? Jack Kay.

Para mí, él siempre tuvo ochenta años. Llevaba sus años como una enseña de tenacidad, encarnizadamente, con una especie de truculencia. Pero dejadme que acabe con él. Vivía en Ashburn y trabajaba en la fragua. Era un borracho intermitente. Se casó con Martha no sé qué, se me ha olvidado el apellido, una fregona de la mansión de Ashburn. Tuvieron hijos. Fueron desgraciados.

O al menos Martha lo fue. No la veo claramente. Ella y la abuelita Swan murieron más o menos al mismo tiempo. Se funden una y otra, dos ancianas explotadas, que no alcanzaban del todo tamaño natural, en realidad, hidrópicas, vestidas de negro, siempre se sentían mal, siempre estaban quejándose. Sus voces son un murmullo leve de fondo, como un chicharrear de ratones tras el enmaderado. Debieron de tener sin duda cierta influencia, debieron de aportar un gene o dos, pero no queda casi nada de ellas. En la cuestión de la herencia, no fueron comparables a los varones que les correspondieron. De cualquier modo, hay un recuerdo que, aunque no aparezca en él ninguna de estas dos mujeres, es inspiración suya. Uno de aquellos días de lluvia y viento de principios de otoño, con un cielo de nubes bajas y gris claro, las aceras relumbrantes alfombradas de hojas, y un cubo de basura vacío rodando de costado en mitad del arroyo. Alguien me había dicho que mi abuelita había muerto. La noticia, lejos de ser triste, me causaba un entusiasmo extraño y allí en aquella calle me sentí de pronto inundado de una emoción oculta, que no podía explicar pero que tenía algo que ver con la vida, con el futuro. Yo no pensaba en la mujer viva, había tenido muy poca importancia para mí. Pero en la muerte se había hecho una con aquellas piedras de toque secretas cuya evocación me confortaba y me sustentaba misteriosamente: animalitos perdidos, los pobres pintorescos, avisos de tormentas en el mar, los pies descalzos de los franciscanos.

No sé cuál de las dos mujeres era la que se había muerto. Que la imagen de aquella luz de plata en aquella calle mojada por la lluvia sirva de evocación, aunque pobre, de ambas.

Mi padre es en aquellos primeros recuerdos una imagen remota, enigmática y, sin embargo, extrañamente vivida. Trabajaba como tarjador para un comerciante de ganado. Olía a ahechaduras, polvo, yute, todo cosas secas. Tenía asma y una pierna mala. Sus silencios, en los cuales un comentario sobre el tiempo o una amenaza de muerte caían igual sin dejar rastro, eran una fuerza en nuestra casa, como un tamborileo sordo que lleva tanto tiempo sonando que ha dejado de oírse, pero se siente aún de una forma

vaga e inquietante. Su presencia, tímida y huidiza, aportaba un peso misterioso a cualquier suceso, hasta el más trivial. Me llevó al monte Fort un día en la barra de la bicicleta. Fue en septiembre, un día claro y apacible. El brezo estaba en flor. Nos sentamos en una zanja a comer unos bocadillos y a beber leche tibia de botellas de limonada que mi madre había llenado para nosotros y tapado con papel enrollado. El sanatorio estaba detrás de nosotros, más arriba, oculto entre pinos salvo por el tejado de empinada pendiente y una agrupación de altas chimeneas, cerrado, silencioso, fascinante. Yo jugaba soñadoramente con la idea de que estaba apoyado allí en un desmayo atemporal en aquella baranda de allá arriba, envuelto en mantas, con el edificio blanco deslumbrante a la espalda y el sol cayendo despacio en el cielo frente a mí, y una radio en algún sitio tocando quedamente música de baile. Mi padre llevaba una gorra plana y un abrigo grueso y recto, que le quedaba demasiado grande, que olía a naftalina. Señaló un halcón que giraba en el cénit.

—Te sacan los ojos —dijo—, uno de esos tipos.

Era un hombre bajo, de brazos largos y piernas arqueadas. Tenía la cabeza pequeña, lo que daba al tronco apariencia de ser más corpulento de lo que era en realidad. Con aquellas extremidades, aquella cara afilada, los ojos oscuros y juntos, tenía algo de los guerreros pequeños y canijos, los de cabello oscuro, pictos o firbols, no sé, que merodean por confines extremos de la historia. Puedo verle con pieles y zapatos puntiagudos, caminando despacio al oscurecer por el helechal. Un hombre pequeño, al que los dioses vengativos han menospreciado. Un superviviente.

A veces me sorprendo soñando aquel sueño en el que la niñez es una fiesta interminable, con bandas de muchachos rubios recorriendo las calles bajo la luz del sol, riéndose. Casi puedo ver las túnicas, los pies con sandalias, los ancianos vestidos de blanco observando indulgentes desde la sombra del olivo. Algo debe haber alimentado esta fantasía ática, un juego del quedas, quizás, en un anochecer dominical de verano, las casas abiertas al aire tierno, y las madres en las escaleras de la entrada, hablando, y la hermana de alguien, con su primer carmín de labios, asomada a una ventana arriba, apoyada en el alféizar, mirando a la calle.

El pueblo tenía doce mil almas, tres iglesias y una capilla metodista, una calle mayor estrecha, una mina de antracita abandonada, un río y un puerto enlodado. Fragmentos del pasado surgen a través del presente, rocas en la

corriente del tiempo: un túmulo funerario vikingo, una torre normanda, el muñón de una muralla inmemorial como una muela rota. La historia era rica allí. Giraldus Cambrensis conoció aquella costa. Los templarios habían fundado una hospedería en la península de Spike. La región había desempeñado su papel en más de un levantamiento fallido. Pero el esplendor se había esfumado ya. Estaba también, casi se me olvida, la gran guerra contra los testigos de Jehová, cuya escaramuza final yo había presenciado: un sacerdote atizándole un puñetazo en la barriga a un joven flaco de impermeable, la multitud gritando, los paquetes de La Atalaya volando por el aire. Y hubo un asesinato famoso, que nunca se aclaró, una anciana muerta a golpes una noche oscura en su confitería al fondo de una calleja. Era el material de las pesadillas, el cadáver detrás del mostrador, los dulces enfrascados, la sangre.

La imagen del pueblo persiste en mi mente como una de esas miniaturas medievales de valor incalculable, pero no muy apreciadas, de origen incierto, sus símbolos no explicables ya del todo, el tono translúcido de sus colores apagados prestándole un encanto accidental y exótico. ¿Puede haber sucedido todo realmente hace tanto tiempo, puede haber sido tan distinto, o esta pátina tostada y antigua sólo es el barniz que aplica la memoria incluso al pasado más reciente? Es cierto, hay una calidad de lacado en la luz de aquellos días recordados. El gris de una tarde de lluvia de invierno sería el tono más adecuado, pero pienso en la balanza de una tienda de ultramarinos emplazada bajo un rayo de sol polvoriento, un fragmento de porcelana de un azul suave, hallado en el jardín y conservado durante muchos años, y brota ante mi mirada interior con ella el brillo de unas alas doradas y pálidas en un cielo diáfano azul Limbourgh.

Además de la torre y el muro roto había antigüedades humanas, los lisiados y los locos, los jorobados, las viejas chifladas con sus bonetes y sus capas negras, y los mongólicos, con sus ojillos y sus pies malos y sus sonrisas dulces, pegados a los talones de madres conmovedoramente maduras. Eran todos ellos una especie de hermandad, en la que yo no era más que un acólito. Tenía también sus sumos sacerdotes. Estaba el hombrecillo que vino a pasar un verano con sus parientes al otro lado de nuestra plaza. Llevaba trajes azules y zapatos relucientes, gemelos de nácar, un anillo de rubíes. Tenía una cabeza grande y bella y pecho de barril. El pelo era una obra maestra, negro y liso como laca, como si le hubieran moldeado sobre el cráneo un disco de gramófono. Andaba en un triciclo demasiado grande para él. Sentado en aquella máquina celebraba corte bajo los árboles de la plaza, rodeado por una

muchedumbre hipnotizada de niños, los brazos cruzados y una puntera relumbrante tocando el suelo con delicadeza de ballet. Era, en cierto modo, un adulto ideal; enjoyado, acicalado y embrillantinado, magistralmente dueño de sí y con sólo uno veinte de estatura. Tenía unos modales exquisitos. ¡Qué tacto! Yo en su presencia apenas me sentía distinto de los niños normales.

Asistí a la escuela de las monjas. Pasillos pintados en tono claro de ventanas altas y tristes con cadenas de contrapeso tensas como un lazo corredizo y monjas, una especie de ave rapaz negra y grande, cayendo sobre las aulas, sus rosarios tintineando como pihuelas. Mis compañeros de clase me daban miedo y además les despreciaba. Aún puedo verlos, sus rostros de gárgola, rizos, mocos. No sé por qué, mi nombre les resultaba divertido. Traían a sus hermanos y hermanas mayores para que me vieran en el recreo.

—Es éste, pregúntale.

—Oye tú, ¿cómo te llamas?

—Nadie.

—¡Venga, dilo!

Me agarraban por el cogote.

—Gabriel... ¡Oh!... Gabriel Swan.^[1]

Esto les provocaba un ataque de risa, no fallaba nunca.

En mi clase había otro par de, sí, de gemelos idénticos. Unos muchachitos apáticos de ojos claros y rodillas desnudas e indefensas. Me fascinaban. Eran tan calmosos, tan despreocupados, como si ser semejantes fuera un truco que dominasen hacía mucho y no le diesen la menor importancia. Podían haberlo pasado tan bien, haciendo travesuras, haciéndose pasar uno por otro, engañando a todo el mundo. Eso era lo que me fascinaba, la idea de poder escapar sin esfuerzo, como por magia, a otro nombre, a otro yo... eso, y también la facilidad con la que podían afirmar sus identidades diferenciadas, alejándose simplemente uno de otro. Separados, cada gemelo era él mismo. Sólo cuando estaban juntos eran un número de feria.

Pero yo, yo siempre tenía algo a mi lado. No era una presencia, era una terrible ausencia. De aquello no había modo de escapar. Persistía un cordón de conexión que ni el parto ni la muerte siquiera habían roto, a lo largo del cual, con sutiles tirones y ruidos monótonos, percibía lo que no estaba allí. Ningún doble vivo podría haber sido tan tenaz como aquel muerto. Pesaba sobre mí el vacío. Me parecía que yo no era todo yo mismo, que estaba siendo compartido. Si me caía, por ejemplo, y me hacía un corte en la rodilla, me

daba inmediatamente cuenta de un eco, una especie de concordancia, como de un vaso de vino rompiéndose en alguna parte fuera del campo de visión, y sentía un choque suave, como cuando el que está soñando al borde de la oscuridad pone un pie en un escalón que no está allí. Quizá se aplacase así el dolor... ¿cómo habría podido saberlo?

A veces, esta sensación de llevar un peso encima, de arrastrar en cierto modo algo impuesto, dejaba paso a un anhelo vago y, en apariencia, sin objeto. Una tarde de lluvia cayó en mis manos, en casa de una amiga de mi madre que era comadrona, un manual de obstetricia que examiné ardorosamente durante cinco minutos estremecedores, temblando de emoción y de miedo ante todos aquellos nuevos conocimientos asombrosos. No fueron, sin embargo, las sorpresas ginecológicas las que me dejaron boquiabierto y jadeante, como si hubiera tropezado con las imágenes eróticas más arrebatadoras, sino aquella sección de ilustraciones en color satinadas y rubensianas en que aparecían algunos de los errores más pródigos de la madre naturaleza, los blastómeros revueltos, los andróginos soldados por la cadera o por el pecho, los monstruos bicéfalos, con manitas palmeadas y la espina dorsal hendida, todas aquellas cosas extrañas e inoperables, de las que mi hermano fantasma y yo podríamos haber formado parte.

Parece ser que de todo esto surgió de algún modo misterioso mi don para los números. Supongo que estuve obsesionado desde el principio con el misterio de la unidad y que todo lo demás surgió de ahí. Aún ahora, no puedo ver un uno y un cero yuxtapuestos sin sentir en mi interior más profundo la vibración de una nota oscura equivalente. Antes de que pudiera hablar había conseguido ya contar y disponía mis bloques de construcción en cuadrados ordenados, gritando si alguien se atrevía a desordenarlos. Recuerdo un ábaco de juguete que atesoré durante muchos años, con cuentas de madera multicolores, un marco de madera y unos pequeños pies tallados para mantenerlo derecho. Mi número de las fiestas era sumar grandes cifras instantáneamente de memoria, frunciendo el ceño, una mano en la frente, los ojos bajos. No era la manipulación de las cosas lo que me satisfacía, la simple facilidad, sino la sensación de orden que experimentaba, la sensación de armonía, de simetría y de plenitud.



LA escuela de St. Stephen se alzaba en una colina en medio del pueblo, un edificio alto, estrecho, de ladrillo rojo, con un tejado negro de pizarra y una veleta de metal. Recuerdo las baldosas húmedas y el rechinar de botas, la lluvia en el patio y el olor de los desagües, y algo más, una sensación de encierro, de rostros desviados del mundo en un temor sacro. El primer día estaba sentado con los demás niños nuevos en silencio solemne y un maestro pelirrojo buscó en un bolsillo de una profundidad inmensa y extrajo amorosamente una tira de cuero.

—Decidle hola —dijo— al juguetito del profesor.

Aquel chisme colgaba de su mano como una lengua ennegrecida y reseca. Todos podíamos oír tragar saliva al de al lado. De pronto toda la vida transcurrida hasta entonces parecía una juerga despreocupada y medio beoda. Por la ventana se veía un árbol derribado, luego un campo, luego abetos, luego el azul ajado de un desnudo cielo septembrino.

Yo estaba sentado en la primera fila, asombrado y fascinado. Todos los maestros, hasta los más apacibles, parecían locos, cada uno a su manera. Todos estaban convencidos de que se fraguaban conspiraciones a sus espaldas. Se giraban de pronto sobre un talón en el encerado, la tiza en el aire, y traspasaban a un muchacho u otro sin decir palabra con una mirada de recelo latente. Se precipitaban sin aviso en terribles accesos de cólera, zambulléndose entre los pupitres tras un bribón y cubriéndole de golpes como si fuese un súbito obstáculo contra el que se hubiesen despellejado las canillas. Después todos adoptaban un aire de bravata avergonzada y el resto de la clase desviaba la vista de la víctima que, desplomada en su pupitre, hipaba suavemente y se restregaba los ojos.

Yo al principio procuraba aplacar a aquellos hombres violentos y enloquecidos ofrendándoles experimentalmente mi destreza en las sumas como un pequeño obsequio. Pero, curiosamente, no les impresionaba, les indignaba incluso, como si pensasen que era todo una artimaña, una forma de magia, ostentosa y vana. Supongo que les desconcertaba. Era capaz de hacer toda clase de cálculos mentales, pero las cosas más sencillas se me resistían. Me resultaban especialmente escurridizas las fechas. Nunca estaba seguro de la edad que tenía, pues no sabía exactamente qué sustraer de qué, ya que mi

primer cumpleaños no había caído en el año en el que había nacido, sino en el siguiente, y luego, a la mitad del año en curso, cuando llegaba otro cumpleaños, me encontraba de pronto con que era un año más viejo, con medio año aún pendiente en el calendario. Tenía todo ello demasiada realidad adherida. Yo sólo me sentía a gusto con los números puros, si una suma incluía cosas sólidas me desconcertaba, era como un malabarista torpe, que se agachaba y se movía frenéticamente mientras monedas y coles y fichas de dominó zumbaban sin control alrededor de su cabeza. Y luego estaban aquellos ejemplares, aquellos hombres sin rostro, que medían los kilómetros desde *A* a *B* y desde *B* a *C*, cada uno de ellos a su propio ritmo invariable, les veía mentalmente, solitarios, resueltos, recorriendo caminos blancos, bajo una luz inmensa y blanca. Aquellas cosas, aquellos objetos zumbantes e infatigables, sacados así de la penumbra humilde, estaban rodeados de una atmósfera de sobresalto y alarma creciente con la que yo simpatizaba. Jamás habían pensado que se les fuese a dedicar tanta atención.

—Bueno, Swan, cuantas manzanas hace eso, ¿eh?

Una forma roja y rotunda, con un haz de sol temblando en su mejilla relumbrante, se hinchaba más y más en mi cerebro, expulsando todo lo demás.

—Eres un tonto, amigo mío. ¿Qué eres?

—Un tonto, señor.

—¡Exactamente! Ahora extiende la mano.

Yo no lloraba, por muy fuerte que me pegara. Me quedaba sentado apretando los dientes, las palmas zumbando prensadas entre las rodillas y la sangre escapándoseme poco a poco de la cara, y luego, a veces, gratamente, parecía como si hubiese sido el maestro, no yo, quien hubiese sufrido la peor humillación.

Pero a pesar de todo me iba bien. Me puse a la cabeza de la clase. Ganaba todos los años el premio de cálculo mental de la escuela. En casa mantenía estas cosas en secreto. El último día de cada trimestre de verano, cuando iba camino de casa, me detenía en la presa que había detrás del almacén de malta y rompía el cuaderno de notas y echaba los trozos al agua.

Luego, sin previo aviso, me llamaron un día al despacho del director. Allí estaba mi madre, con sombrero y con el abrigo de los domingos, el bolso en las rodillas, las manos sobre el bolso, inmóvil, mirando la alfombra. Era un cuarto estrecho y oscuro. En la pared, en un pedestal, había una imagen de una Virgen tísica con el corazón traspasado, las manitas extendidas en un gesto lúgubre. Fuera era un día de primavera, ventoso y claro. Los grandes

pies del padre Barker asomaban por debajo de su escritorio, calzados con unas botas negras de cordones con gruesas mediazuelas añadidas y la parte superior tan gastada que había adquirido la textura de un papel de crespón negro. Era un hombre grande y desdichado, de cara mofletuda, carrillos azules y potente zancada. Su mote era *Sabueso*. Tiene un papel intrascendente. Se levantó, investigó bajo las faldas de la sotana, y extrajo una mugrienta cajetilla. Fumaba con una especie de violencia, lúgubrementemente, como si cumpliera un deber fastidioso e ineludible. Había estado explicando, dijo, qué buen estudiante era yo. Salió de detrás del escritorio y se puso a pasear, la sotana balanceándose. Viraba brusca y pesadamente a cada vuelta, como un jinete que tirase de una montura obstinada. Le caían por la negra ladera lustrosa del vientre grises gusanos de ceniza. Dijo que tenía grandes esperanzas. Se detuvo, se paró ante mi madre muy serio.

—¡Grandes esperanzas, señora!

Ella alzó por fin la vista hacia mí, reprobatoria, muda, una conspiradora menor que acaba de descubrir la enormidad de la conjura. Yo desvié la vista de ella, hacia la ventana y el día claro y ventoso. Se movían en silencio árboles lejanos, cabeceando aparatosamente. No dije nada. El padre Barker encendió de nuevo el pitillo y se lo tragó un remolino de humo y de chispas fugaces.

Luego, cuando llegué a casa, reinaba allí un silencio terrible.

Mi madre rondaba por la cocina, con el sombrero aún puesto, abofeteada por una tormenta de emociones, cólera y orgullo, vago temor, un resentimiento desconcertado.

—Como una tonta, estaba —gritó—. ¡Como una tonta, allí sentada!

Le daba horror que la singularizaran.

Nuestro profesor de matemáticas en la escuela graduada era un hombre llamado Pender. Era inglés, y seglar. Nadie parecía saber cómo había llegado a St. Stephen. Mayor ya, flaco, de cabeza estrecha y cuneiforme y largas y curvadas extremidades, se movía con la lentitud furtiva de una de esas criaturas que trepan a los árboles. Sus trajes, de buen género lustroso por el uso, tenían el aspecto flácido y arrugado de una piel a punto de mudar. Su gusto se inclinaba por los desvíos y los callejones sin salida de su asignatura, por paradojas y acertijos y juegos matemáticos. Introducía en sus lecciones las cosas más peregrinas, geometrías curvas y álgebras extrañas y extrañas formas de numerar. Aún puedo recitar una letanía de los nombres raros que oí

en su clase por primera vez: Minkowski y Euler, Peano y Heaviside, Infeld, Sprener, Tarski y Olbers. Le gustaba desconcertar a sus alumnos, era una forma de tiranía. Daba vueltas al aula en un lento cabrioleo, los largos brazos tortuosamente doblados, examinando con una mueca sardónica las hileras de rostros levantados hacia él en vacuidad atenta. Las palabras corrientes (conjunto, sistema, transformación, lazo) adquirirían cuando las pronunciaba él un significado casi religioso. Él mismo tenía un aire litúrgico cuando se plantaba junto a la ventana, el perfil alzado hacia la pálida luz del día, un halo de cabello blanco brillando sobre la coronilla relumbrante, y hablaba con su voz fina y aflautada del teorema binómico o del álgebra booleana o de la misteriosa afinidad entre los números de una serie de Fibonacci y el diseño espiral de las semillas de la flor de un girasol.

Estaba encantado conmigo, claro, pero receloso a la vez, como si sospechara una trampa. Andaba de puntillas a mi alrededor con jocosidad nerviosa, abalanzándose sobre mí de pronto como si pretendiera atraparme, los flacos pliegues del cuello bamboleándose, y luego se retiraba otra vez rápidamente, con una risa silbante, disparando la punta de una lengua gris por un hueco de la dentadura donde le faltaba un colmillo. Por entonces yo ya conocía el cálculo diferencial, era capaz de resolver los problemas trigonométricos más delicados.

—Asombroso —decía con un suspiro el señor Pender, frotándose unas manos que eran como papel—. ¡Absolutamente asombroso!

Y se echaba a reír, frunciendo los labios finos en una especie de gruñido y disparando la punta de la lengua.

La clase empezó a llamarme el enchufado de Pender. Pero a mí no me gustaba esta conexión empalagosa y un tanto peligrosa. Las palizas que solía recibir eran menos embarazosas, menos difíciles de solventar, que el furtivo patronazgo del señor Pender. Intentaba apartarme de él, cometía a posta errores, me hacía el despistado, pero él se daba cuenta, y sonreía, con la boca fruncida y una ceja enarcada, y me daba un pellizco en el cogote y pasaba suavemente a otras cosas.

Luego una tarde apareció sin previo aviso en nuestra casa. Lucía un sombrero de fieltro impropio y llevaba un bastón. Fuera de la escuela tenía el aire inquieto y vulgar de un actor en paro.

—¿Señora Swan? Pasaba por aquí y...

Sonrió. Ella retrocedió limpiándose las manos en el mandil. Sabía que nuestra plaza no era una parte del pueblo en la que el señor Pender se hallase por casualidad. Los extraños imprevistos la preocupaban. Le hizo pasar al

gabinete y le ofreció una copa de jerez, trasladando el dedalito de tostado jarabe desde el aparador con trémulo cuidado.

—Oh, muy amable.

Ella se mantenía como en un trance, las manos unidas, sin mirarle directamente, pero captándole a trocitos, el sombrero, aquellos dedos tan delgados, el lacio corbatín. Él hablaba sosegadamente, con intensidad, los ojos fijos en la mesa. Ella apenas escuchaba, cautivada por aquella presencia tenue y delicada. Sentía el impulso de tocarle. Estaba sentado con una rodilla cruzada sobre la otra, moviendo el pie de la copa. Poseía la seguridad levemente siniestra de una pieza de valor incalculable entre falsificaciones. Lo familiar sucumbía a su alrededor ante una magia desalentadora. La alfombra floreada, la rejilla de hierro forjado de la chimenea, los patos de yeso que escalaban la pared, aquellas cosas ya no volverían a ser las mismas.

—Un fenómeno extraordinario, señora Swan. Qué dotes tan brillantes. Realmente un milagro. ¿Qué puedo decir? Uno se siente un privilegiado.

Brillaba una luz vehemente en sus ojos glaucos, y se le acumulaban manchas de suero en las comisuras de la boca. Ella se dio cuenta de la ruina desordenada de sus dientes. Él se paró y la observó, desplegando el silencio ante ella lo mismo que haría un vendedor con una mercancía cara y maravillosa. Ella escuchaba cómo él contenía la respiración. Tenía un torpe zurcido en el talón del calcetín. Ella tuvo una visión fugaz de lo que serían sus habitaciones, el polvo, el trozo gastado de la alfombra, la luz cansina e inmóvil en los rincones. Se levantó.

—Sí —dijo, alisándose el mandil en las rodillas—. Sí, ya veo.

Yo estaba en el sofá, mirando al señor Pender con silencioso desconcierto. Su presencia era una violación enorme y en cierto modo audaz. Cuando miraba en mi dirección sonreía nervioso y alzaba la voz y hablaba deprisa, como para mantener algo a raya. Mi madre me miraba como a un ave exótica de brillante plumaje que se hubiese posado de pronto en su gabinete. Primero el padre Barker y sus grandes esperanzas y ahora aquello. Sentía un desconcierto familiar y colérico. Las cosas que él estaba diciendo, aquellos planes, aquellas propuestas, no le gustaban, le daban miedo. Resultaban incongruentes allí, como aquel sombrero caro de encima la mesa, el bastón al que él daba vueltas entre sus manos blancas como la tiza. Por fin el señor Pender se levantó. Ella le acompañó hasta la puerta.

—Me alegro mucho, me alegro mucho de haberla conocido, señora Swan.

Ella se sentía de pronto cansada de él y de sus modales melindrosos, de su sonrisa, de sus gestos, de aquel modo de decir su nombre, apretándolo

suavemente sobre ella como una lisonja. Tras cruzar la puerta él vaciló, mirando los frágiles árboles de la plaza. Debía intentarlo una vez más, lo sabía, presionar a aquella obscura mujercita, arrancarle una promesa, pero ella parecía tan temible, con aquellos brazos cruzados y aquella boca firme, que no le agradó la perspectiva de una escena. Pero, oh, ¿se daba cuenta ella, se daba cuenta de qué extraordinario..., qué asombroso...? La cólera y la frustración se alzaron en su interior como una ola y rompieron, dejando un rastro de tristeza en su estela. ¿Cómo sé yo estas cosas? Lo cierto es que las sé. Soy omnisciente, a veces. El señor Pender sonrió lúgubrementemente y se giró, alzando un dedo del puño del bastón en un adiós melancólico.

Cuando desapareció floreció brevemente una alegría nerviosa, como si la casa, como un frágil navío, se hubiese enfrentado al desastre y sobrevivido. Luego cayó un silencio caviloso.

Llamó el tío Ambrose. Después de cruzar la puerta vaciló, olfateando la atmósfera tensa. Era una versión más voluminosa de mi padre. Tenía el cuerpo demasiado grande para la cabecita que llevaba encaramada encima. Tenía los ojos muy juntos y el pelo rizado, una barbilla tosca y protuberante, con una profunda hendidura divisoria e implacablemente afeitada, como una parejita de elegantes nalgas. Trataba su fealdad con atención celosa, vistiéndola lujosamente, mimándola y protegiéndola, como una madre a un hijo deficiente. Sus trajes se pasaban incluso un pelín de ajustados, sus zapatos de relucientes. Salía de él el silencio en soplos, como una sugerencia de dolor. Siempre parecía a punto de soltar alguna confesión angustiada y terrible. Su reticencia, su aire de preocupación dolorida, le otorgaban una cierta autoridad en nuestra casa. Se respetaba su opinión. Mi madre le contó la visita del profesor, ensanchando las ventanillas de la nariz y gritando casi, como si estuviese explicando una ofensa. «Póngalo en mis manos», la había instado el señor Pender, desplegando su sonrisa tensa y dentona. El tío Ambrose cabeceó muy serio.

—¿De veras? —dijo con precaución.

Ella esperó. El tío Ambrose siguió eludiendo su mirada. Ella se giró furiosa hacia la cocina y descolgó de un clavo de la pared una sartén. Mi padre se había levantado silenciosamente y se dirigía hacia la puerta. *Batng*, hizo la sartén. Mi padre se paró en la puerta y volvió la vista hacia ella por encima de las gafas. Estaba en mangas de camisa y en tirantes, con el semanario en una mano y el pomo de la puerta en la otra. Suspiró.

—¿Qué? —dijo apagadamente—. ¿Qué pasa?

—¡Nada! —gritó ella, sin volverse, y se rió inexorablemente—. ¡Nada de nada!

Luego tiró una ristra de salchichas en la sartén y saltó un silbido de humo y de grasa flotante. Mi padre contuvo la respiración. Sus peleas eran así, un centelleo en el aire, se acababan en un breve chispazo, como el número de un lanzador de cuchillos.

Jack Kay, que dormitaba junto a la cocina, se despertó con un gruñido. Lanzó una mirada furtiva a su alrededor, lamiéndose los labios. Despreciaba la vejez, sus achaques desventurados. Se irguió, rezongando. No le había gustado absolutamente nada el tono de aquel señor Pender.

Mi padre regresó de la puerta y se sentó pesadamente, restallando el periódico como un látigo. El tío Ambrose inició un carraspeo mientras estudiaba el borde cariado de la fregadera.

—Hay gente nueva en Ashburn —dijo suavemente sin dirigirse a nadie en particular—. Gente rara.

El tío Ambrose conocía los dimes y diretes del pueblo. Conducía un automóvil de alquiler y se pasaba todo el día sentado al volante a la salida de la estación ferroviaria esperando los trenes.

Pero mi madre no se dejaba distraer. Barrió la cocina con una mirada fulminante y soltó otra carcajada ronca.

—¡«Póngalo en mis manos», cómo no! —dijo.

Nadie contestó. Ella se quedó un momento dubitativa, ruborosa y colérica, luego se volvió bruscamente hacia la sartén silbante. Hubo otro silencio incómodo. El tío Ambrose tamborileó en la mesa con los dedos, silbando inaudiblemente. Jack Kay alzó unos ojos vacuos y lechosos, con la boca entreabierta. Mi padre exploraba atentamente el periódico, moviendo los labios. Parecían estar a disgusto, intentando reprimir algo, como si hubiese cruzado por en medio de ellos un fantasma y estuviesen fingiendo no haber visto nada. Yo les observaba con interés. ¿Por qué estarían alarmados? Era a mí a quien el espectro había señalado con su mano pálida e implacable.



AL final fue el propio señor Pender el que se esfumó. Un buen día sencillamente se había ido, nadie sabía a dónde. Había desaparecido, de la escuela, de su alojamiento, sin dejar rastro. También al padre Barker le relevaron discretamente. Cayó enfermo y lo enviaron al sanatorio. Estas cosas fueron para mí signos secretos, indescifrables pero gráficos. Habían empezado las vacaciones de verano. Despertaba por las mañanas con un sobresalto, como si hubiesen gritado mi nombre. El tiempo, como si supiese algo también, descargaba sus más gratos mensajes. Caminaba bajo los árboles adormilados, a través del silencio diáfano de las tardes inundadas de sol, y tenía una conciencia tan aguda de estar allí y al mismo tiempo casi en otra parte, en un presente tan fugaz que parecía pura potencia, que, más que yo mismo, parecía un recuerdo intenso de alguien que hubiese sido en tiempos. Me plantaba bajo una claridad aguzada de sal frente al mar que se deslizaba y refulgía, y el gran estruendo firme del viento en la cara era como el propio futuro que rugiese hacia atrás, hacia mí, que me riñese por llegar ya tarde.

Me pasaba las horas encerrado en mi cuarto que daba a la plaza, acodado sobre los libros de texto, garrapateando cálculos. Apenas sabía lo que estaba haciendo la mitad del tiempo, ni cómo lo estaba haciendo ni qué vendría luego. Las cosas pasaban en un centelleo. En un instante el problema estaba allí (una ecuación que había resolver, por ejemplo) y al instante siguiente ya estaba hecho, ¡eso era todo! Tenía conciencia de sólo un parpadeo en medio, una especie de guiño, como si se hubiese abierto un párpado sobre una inmensidad cegadora y se hubiese vuelto a cerrar instantáneamente. Era como si fuese otro dentro de mí quien hiciese los cálculos, alguien más seguro de sí mismo que yo, e infinitamente más rápido. En realidad, había veces que este otro yo parecía a punto de abrirme con un crujido y salir, prístino e implacable como una imago. Allí inclinado en la mesa junto a la ventana del dormitorio, me paraba de pronto y alzaba la cabeza, como si despertara amedrentado de un sueño confuso, el corazón un golpeteo sordo, mientras a mi alrededor en la quietud creciente pugnaba por materializarse algo así como una presencia. Me acordaba de un cuadro que había colgado en la pared en clase cuando era pequeño en el colegio de las monjas. Estaba hecho con rosas satinados y azules densos y esmaltados, y mostraba a un chavalín risueño que

estaba jugando a la pelota al borde un río tempestuoso, vigilado por un ser inmenso de blancas vestiduras, cabello dorado y unas alas gruesas y doradas. Era su ángel de la guarda. Yo contemplaba aquel cuadro fijamente, sobrecogido por el pensamiento de aquella criatura acechando siempre allí detrás de mí, con aquellas alas, aquellas mangas anchas y aquella expresión, que para mí no expresaba solicitud sino una malevolencia cavilosa y encapuchada.

No tenía amigos. Mis amigos eran las cifras. El ábaco que había dentro de mi cabeza nunca estaba ocioso. Consagraba días a un solo ejercicio, borracho de cálculos. A veces despertaba de noche y descubría una hilera de cálculos avanzando lentamente a través de mi cerebro como un ciego miriápodo minador. Un número nunca era para mí él solo, sino una masa erizada de otros números, complejos y volátiles. No podía oír mencionar una cantidad de dinero, o ver una fecha anotada, sin dismantelar la suma en sus factores, fracciones y raíces. Veía propiedades matemáticas a mi alrededor por todas partes. Número, línea, ángulo, punto, éstas eran las coordenadas secretas del mundo y de todo cuanto contenía. Nada había, por muy minúsculo que fuese, que no pudiese dividirse en partes más pequeñas y luego en otras más pequeñas aún.

Mi madre se preocupaba por mí. ¿Qué estaba haciendo allá arriba en mi habitación todas aquellas horas?

—Nada —le dije—. Sumas.

—¿Sumas? ¿Sumas?

Movió la cabeza desconcertada. Jack Kay me miró desde detrás de ella y sonrió contento.

Me regañaba porque no salía a tomar el aire, a jugar, por no ser un niño como los demás. Se plantaba inmóvil en las escaleras, igual que hacía cuando era muy pequeño, y se ponía a escuchar detrás de la puerta, como un médico que auscultase un corazón sospechoso. Yo tenía debilidad, decía, debilidad, eso era todo. Me asediaba con tónicos. Sabían a sangre y a flema.

—No tengo nada —mascullaba, eludiendo la cuchara colmada—. No tengo *nada*.

Y cuando insistía e insistía me levantaba y salía, cerrando la puerta de la calle con un portazo tal que toda la casa se encogía.

Caminaba y caminaba. La gente pasaba ante mí por las calles en un borron, como los barrotes de una jaula. Tras agotar el pueblo tomé los

arrabales. Caminaba lentamente por la carretera de Coolmine, junto a la escombrera, bajo el sol, las palmas húmedas y el pelo caliente. Había habido allí una bocamina en los tiempos en que aún se trabajaba en la antracita, aún seguía allí la gran noria de la mina, esquelética, inmóvil, demencial. El lugar era ya un vertedero para las fábricas del pueblo. Los camiones de las fábricas de ladrillo y de la fundición descendían por una pista de rodadas, rezongando y gimiendo como rumiantes enloquecidos, luego paraban, se plantaban y soltaban un montón de escombros en un impulso fecal de su extremo trasero inclinado. Entre las colinas de tierra rebuscaban chatarra en bandadas los quincalleros y viejas con sacos colgados al costado, hurgaban buscando trozos de carbón, mientras enormes gaviotas se posaban en bandadas y alzaban el vuelo y se posaban otra vez, gritando furiosas. Bajo tierra había una red de túneles y pozos profundos que habían quedado de la mina y, de vez en cuando, súbitamente, se abría un agujero en la tierra, en el cual se precipitaba con un suspiro lentamente un risco de escombros y tierra. Fue allí donde vi por primera vez al señor Kasperl. Salía de la entrada del vertedero una mañana con las manos cogidas a la espalda y un puro en la boca, era un hombre corpulento de piernas cortas y barriga grande. Tenía unos andares raros, femeninos, recatados y potentes a un tiempo. Vestía una especie de guardapolvo que se le hinchaba atrás y unos chanclos de goma negros. El guardapolvo y los chanclos, incongruentes en un día de verano, resultaban, no sé por qué, impresionantes, como si pudiesen tener un significado secreto, como si pudiesen ser una insignia que denotase alguna autoridad clandestina y exótica. Tenía una cabeza tosca, pelo a cepillo y orejas pequeñas, de color malva en las puntas y delicadamente verticiladas, como una variedad exótica de hongo. Cuando pasó junto a mí me miró sin expresión. Tenía los ojos de un azul lavado impenetrable. Continuó en dirección al pueblo, dejando tras él en el aire sorprendido e inundado de sol un olorcillo intenso a humo de puro.

A veces iba hasta Ashburn, y andaba por donde lo había hecho con mi madre años antes. Hasta la señorita Kitty había desaparecido ya. La casa grande estaba cerrada con candado, el parque estaba invadido por la vegetación. De vez en cuando, bajo las ruinas, persistían indicios de un mundo desaparecido. Correteaban faisanes entre la hierba alta. En medio del follaje estremecido por el viento se materializaba silenciosamente un corzo: un ojo satinado y una reluciente huella de lágrima, un muñón de rabo, un delicado casco de unicornio. En un mato de zarzas una estatua rota apoyada en ángulo, los ojos saltones y la expresión melancólica, como una reina embriagada. Iba recorriendo la fragua muda, los establos vacíos, donde aún

estaba suspendido en el aire el olor de los caballos. Me quedaba quieto en medio de las ruinas de la casa de labranza donde había nacido mi madre. Me rodeaba un silencio intenso y arrebatado, como si todas las cosas estuviesen observando, asustadas ante mi intrusión en aquellos lugares desiertos. Estallaba una vaina de semillas de altramuz, silbaba penetrantemente un tordo y me hacía dar un salto. Se desprendía de una pared en ruinas un puñado de polvo de ladrillo y parecía una amenaza cuchicheada a mi espalda.

Un día oí voces. Era mediodía. Soplaban un viento cálido. Yo estaba de pie en un bosquecillo de frutales cubierto de maleza. No, un momento, iba caminando por una avenida de hayas, arces, algo así. Los árboles azotaban el viento, las hojas temblaban enloquecidas. Las voces oscilaban, era por el viento, me imagino, y al principio no pude apreciar de qué dirección llegaban aquellos sonidos curiosamente diminutos, pintorescos. Después de los árboles había un seto denso y alto. Llegué a un hueco del seto y me escurí por él y me vi en un claro moteado que descendía suavemente hasta el borde de una faja de prado empapada de sol. Me quedé quieto allí, escuchando mi propia respiración, y el viento que batía en los árboles a mi espalda. Las manos me olían mal, el aroma a orina de gato del aligustre. El señor Kasperl penetraba en el prado, con una chica al lado. Le reconocí inmediatamente, los andares patizambos eran inconfundibles. Aquel día vestía una chaqueta astrosa y blanca de lino y un sombrero de paja de ala ancha y llevaba un bastón, con el que iba azotando la hierba despreocupadamente mientras caminaba. La chica era alta y pálida, con el cabello oscuro, largo, tupido. ¿Llevaba en la mano un ramillete de flores silvestres? No, no, el vestido de flores le llegaba hasta el suelo. Me fijé en las puntas de sus zapatillas negras, como lengüecillas recatadas, atisbando, escondiéndose y asomándose de nuevo a cada paso, por debajo del dobladillo de la falda hinchada, que estaba húmedo de la hierba alta, y salpicado de semillas de heno y del polvo de la hierba velluda. El señor Kasperl se paró y alzó la cabeza y miró a su alrededor, hacia el cielo, hacia los árboles oscilantes, chupando caviloso el puro, cuyo olor yo podía captar incluso a aquella distancia. La chica continuó andando un trecho, pero luego también ella se paró y se quedó mirando al vacío, los brazos colgando a los costados. Les rodeaba a ambos una sensación de agobio, de desasosiego sofocado, como si estuviesen cautivos y aquél fuese su sorbo diario de libertad. Yo sentía un cosquilleo de emoción, acechando allí en la oscuridad en medio de los aromas carnosos de las hojas y el humus. Luego algo se movió cerca de mí y me dio un vuelco el corazón. A menos de diez metros, apoyado en un árbol, o enroscado en él, como parecía a primera vista, había

un joven, que debía estar allí desde el principio, observándome, mientras yo observaba a los otros. Era delgado, con una cara afilada de zorro y los pómulos altos y una barbilla larga y puntiaguda. Tenía la piel pálida como papel, el pelo de un rojo intenso. Vestía un traje mil rayas astroso, que había sido hecho para alguien más robusto que él, y una camisa blanca mugrienta sin cuello. Se separó del árbol y vino hacia mí, examinándome con afable interés.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó.

—Swan, señor.

Retrocedió un paso con una mirada extravagante, poniéndose una mano en el pecho.

—¿Swan señor?

—No, señor. Swan.

—Ajá, un cisnecito, por Jove.

Sacó una caja de lata abollada mediada de colillas, eligió una con cuidado y la encendió. Tenía la dentadura muy estropeada y le temblaban las manos. Fumó en silencio pensativo, la cabeza ladeada, mirándome con un ojo cerrado.

—Yo me llamo Félix —dijo.

Sonrió, enseñando un colmillo ennegrecido. El hombre gordo y la chica habían cruzado el prado y estaban ahora debajo de nosotros al borde del bosquecillo, inclinándose hacia adelante un poco para evitar el resplandor del sol y mirando hacia arriba, hacia nosotros con atención impasible. El rostro largo y acorazonado de la chica estaba levemente ladeado, como si la mitad izquierda se hubiese desplazado una fracción, dándole una expresión triste y ávida al mismo tiempo. Era mayor de lo que me había parecido al principio, una mujer, casi. Félix se volvió hacia ellos y gritó:

—Swan, dice que se llama.

Ellos no contestaron, y él volvió a mirarme y me hizo un guiño.

—Ése —dijo, señalando con el pulgar—, ése es el señor Kasperl.

Yo inicié la retirada. La chica me sonrió de pronto y tocó al hombre gordo en el hombro e hizo un gesto complicado con las manos, pero él no le hizo ningún caso. Félix, mientras observaba mi retirada, tiró la colilla y deslizó las manos en los bolsillos y sonrió.

—Adiós, niño ave —dijo.

Yo corrí por la avenida bordeada de árboles abajo, presa de una especie de agitación desbordante. Aún podía ver claramente los ojos de gaviota del señor

Kasperl, las muñecas blancas y sin vello de Félix, la súbita sonrisa de la chica. Aullaba el viento entre las copas de los árboles, como algo que pasase a toda prisa decidido a sembrar el desastre en otra parte. Llegué a la carretera y no miré hacia atrás. Cuando llegué a casa todo parecía alterado, como si hubiesen extraído quedamente algo pequeño y familiar.

Luego vi a Félix y al hombre gordo en el Hotel Black, donde mi tía era la encargada. Era por la mañana y olía a resaca. En el bar las sillas estaban colocadas sobre las mesas y había un barman en mangas de camisa con las piernas cruzadas, apoyado en el mango de una escoba. Arriba, en alguna parte, cantaba una sirvienta con voz ronca. Recorrí como un fantasma los pasillos silenciosos. Era como estar dentro de los escenarios de un montaje teatral grande y chapucero. Divisé al señor Kasperl, sentado, solo, junto a una ventana en la que daba el sol, en un comedor desierto, tomando café y mirando hacia la calle con aire ausente. Tía Philomena estaba en el cubículo que ella llamaba su despacho. La atmósfera era densa por el hedor a colorete y a humo de cigarrillo rancio. Era hermana de mi padre, una mujer alta, desgarrada, que parecía una araña con su falda negra y su conjunto negro, las piernas flacas y el trasero grande y unos ojos relumbrantes y enloquecidos. Había ido a decirle, vamos a ver, a decirle... oh, qué importa, no se me ocurre nada. Cuando estaba a punto de irme ya, Félix asomó la cabeza por la puerta y empezó a hablar despreocupadamente, llamando a mi tía por su nombre de pila. Al verme, se detuvo. Hubo un silencio que duró un segundo, y luego dijo:

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí.

Tía Philomena sonrió frenéticamente y se ruborizó recogiendo cosas de encima de la mesa y volviendo a ponerlas en el mismo sitio.

—Oh, éste —dijo, como alegando una circunstancia atenuante—, éste es el chico de mi hermano.

Félix enarcó una ceja.

—No me digas —dijo.

Me había reconocido inmediatamente, claro.

Volví sobre mis pasos por los pasillos silenciosos, crucé el bar con su barman y el comedor con su ocupante solitario y salí por una puerta trasera a una claridad cegadora. En el patio había un carromato de un cervecero, que había entrado reculando, y había hombres con delantales de cuero descargando barriles en la bodega. Al captar la fetidez biliosa de los

escurridos de cerveza, me acordé de pronto de un día que había estado allí jugando, en otoño, años atrás, con un niño risueño que vestía traje de marinero, alojado allí en el hotel con sus padres. Había cazado una rana, que tenía metida en una lata de galletas. Mira esto, me dijo, y le metió una paja a la rana por el gáznate y se puso a hincharle la barriga como si fuera un globo. Recuerdo el olor musgoso y otoñal del patio, el cuadrado de cielo azul sobre nosotros con nubecitas de un pálido dorado. Recuerdo la cara de duende del niño apretada por la risa, y su lengüecita húmeda voluminosamente encajada en una esquina de la boca, y me acuerdo también de la rana, el vientre pálido e hinchado, las patas temblequeantes, los ojos que parecían a punto de saltar de las órbitas. El niño seguía soplando y dejándola deshincharse de nuevo. ¿Puede ser posible eso? Es lo que recuerdo, qué importa si es posible o no. El animal parecía incapaz de morir. Al final cayó al suelo con un ruido húmedo, como un guante empapado. Y se refugió en un rincón, intentando escapar. ¡Oh, no, ni hablar!, dijo el niño, y soltó una carcajada y dio un pisotón fuerte con el talón de su zapato de charol. Y hubo un ruido como un eructo fuerte y algo color rosa salió volando haciendo un arco y salpicó en el suelo a mi espalda. Bill, ése era el nombre del niño, acabo de recordarlo. Bill, sí, pero ¿zapatos de charol?, ¿un traje de marinero?

El señor Kasperl llegaba de Ashburn al hotel todas las mañanas y se sentaba en el comedor y estaba allí sentado una hora tomando café y cavilando junto a la ventana. Los que pasaban por la calle le miraban, no inquisitivamente sino con una sonrisa desvaída y soñadora, olvidándose de sí mismos. Era como si se llevase mucho tiempo esperando algo como él, y ahora hubiese llegado por fin, y sólo fuese un poco decepcionante. A veces venía con él Félix, y rondaba por el hotel con las manos en los bolsillos, hablando con las camareras y el personal de la cocina, y las chicas que hacían las camas. Las hacía reír. Hablaba como un actor, en apartes, como si dijésemos, como si se dirigiese a un público invisible. Fingía voces diferentes además, resultaba difícil saber cuál era la suya. Cuando contaba un chiste se reía y se reía y seguía riéndose después de que todos los demás guardaban ya un silencio incómodo, como si tras el chiste hubiese algo muchísimo más divertido que sólo él supiese. Era un caso, lo decía todo el mundo. Sólo el señor Kasperl parecía impermeable a su ingenio. El hombre gordo le miraba inexpresivamente, en silencio, y Félix se giraba y se iba con paso quedo, doblándose en callado regocijo, una mano tapando la boca, las cejas coleando.

Tía Philomena estaba cautivada. Félix y el señor Kasperl eran tan distintos a la clientela habitual del hotel, los viajantes y los tratantes de ganado

cuelligordos, tan toscos, tan prosaicos. Aquella pareja era como algo que podría haber inventado ella misma, pues era dada a fantasías, y siempre se imaginaba en el centro de algún drama imposible. Compartía la casa de la familia de Queen Street con el tío Ambrose. Ahora, cuando venía a nuestra casa, tenía una expresión triunfal, como si con la llegada de Félix y del hombre gordo todos sus viejos ensueños se hubiesen justificado al fin, de algún modo. Nos explicaba los pequeños hábitos del señor Kasperl, que le gustaba el café fuerte e hirviendo, y cómo algunos días se animaba de pronto y pedía una copa de coñac y se la bebía de un trago con un movimiento brusco de la cabeza.

—¡Y ese abrigo! —exclamaba—. ¡Y los chanclos!

El inglés del señor Kasperl no era bueno, resultaba difícil entenderle. Su acento hacía que las cosas que decía pareciesen a la vez profundas y pintorescas, como antiguas proclamas. Era muy educado, lo había estudiado todo, filosofía, ciencia, en fin, todo. Pero ya había dejado todo eso. Al decir esto, mi tía ponía una expresión trágica, como si también ella hubiese renunciado en sus tiempos a cosas importantes y supiese todo lo que había que saber sobre ellas. Yo pensaba en el señor Kasperl sentado solo junto a la ventana resplandeciente en el hotel, contemplando lúgubrementemente el pueblo como un dios decrepito que supervisase un mundo, hartado de su propia obra, pero apegado a ella.

—¿Y qué es lo que está haciendo aquí? —preguntó mi madre—. ¿Qué es lo que quiere?

A mi madre no le gustaba nada en absoluto la idea de que aquella gente se instalase en Ashburn, en su Ashburn. La tía Philomena frunció el ceño, apretó la boca color bermellón.

—No sé lo que quiere —dijo con dignidad—. ¿Qué iba a querer de aquí?

Nadie pudo contestar a esto. Ella lanzó una mirada zumbona a su alrededor.

—En realidad —dijo—, él tiene algo que ver con las minas...

Jack Kay resopló.

—Extranjero, ¿verdad? —dijo—. Debe ser una especie de judío, me imagino.

El tema había provocado en él una cólera latente misteriosa. La tía Philomena le ignoró delicadamente.

—Es ingeniero, creo —dijo con suavidad.

—¡Ingeniero, una mierda ingeniero! —gritó Jack Kay, y aplastó el puño contra el brazo de su mecedora.

Luego miró furioso a su alrededor. Se le había precipitado por el mentón abajo un hilillo de saliva. Lo sorbió iracundo. Hubo un silencio. Tía Philomena carraspeó y enarcó las cejas, acariciando con la yema de un dedo su impermeable negro azulado, el dobladillo de la falda, el lunar de su labio superior húmedo.

—¡Bueno! —dijo suavemente, con un suspiro, y se levantó altanera, como el mascarón de un barco, y salió de la casa con paso majestuoso.



YO iba a Ashburn un día tras otro, y me acuclillaba en el bosquecillo encima del prado iluminado por el sol. Y allí fue donde me encontró la chica, como yo esperaba, no, como sabía que ella haría, apareció detrás de mí silenciosamente una tarde y me puso una mano en el hombro. Me volví, consciente de mi cara muequeando enloquecida. Se quedó quieta muy cerca de mí, examinándome atentamente con su sonrisa desequilibrada y apremiante, y emitió una especie de maullido desde el fondo de la garganta. Yo tuve la sensación de estar frente a frente con una criatura del bosque, un ciervo quizás, o un pájaro grande, delicado, sin miedo. Empecé a decir algo, pero ella movió la cabeza y se tocó con un dedo rápidamente una oreja y los labios, para indicarme que era sorda y no podía hablar.

Se apartó de mí metiéndose entre los arbolitos, mirando hacia atrás y haciéndome gestos de que la siguiera. Yo vacilé, y ella movió la cabeza vigorosamente, haciéndome señas y sonriendo. Llevaba la misma falda de flores de la primera vez que la había visto, y una blusa blanca manchada de sudor en los sobacos. Subimos atravesando el prado. Era un día cálido, con una brisa lánguida. Todo parecía temblar levemente, el aire, la hierba, hasta los troncos mismos de los árboles, como si todo hubiese sido alcanzado por un soplo suave e inmenso. Miré a la chica y vi que me inspeccionaba ávidamente, con un brillo en los ojos y con los labios sonrientes apretados, como si hubiese cogido algo que se propusiese retener. La casa, entrevista a través de los árboles, con el sol centelleando en las ventanas, me lanzaba su señal impasible. Llegamos a un camino de carros y ella cogió un palo y garrapateó su nombre en la tierra pedregosa. Sophie. Se señaló, intentando decirlo, la pulpa pálida de la lengua colgando entre los dientes.

Llegamos a la casa y subimos las escaleras hasta la puerta de entrada. Sophie extrajo una llave de hierro inmensa de un bolso de la falda. En el vestíbulo dormitaba un rombo de sol en el suelo como un acróbata tumbado. El empapelado colgaba en tiras, estremeciéndose ahora con la corriente de la puerta abierta como una fronda de hojas de palma descoloridas. Había un olor seco y amarronado, como de algo que hubiese acabado de pudrirse y se

convirtiese en polvo. En el umbral pareció romperse ante mí una barrera, una membrana invisible. La atmósfera era fresca y seca. No había ningún signo de vida. Había polvo por todas partes, una materia plumosa de un gris arratonado, como una capa de fieltro, que amortiguaba nuestras pisadas. Entramos en una habitación grande y oscura. Estaban cerradas las contras, erizadas de bordes sesgados de luz. Hubo un roce de pequeñas garras en un rincón, luego silencio. Sophie abrió las contras. La habitación saludó la claridad súbita con una exclamación muda de asombro. Había un sillón reclinado, echado hacia atrás, los brazos alzados, en una actitud de sorpresa y sobrecogimiento. Nos quedamos un momento mirando alrededor, luego, de pronto, Sophie me cogió de la mano y me arrastró tras ella fuera de la habitación y por unas escaleras anchas arriba. Corrió delante de mí a través de dormitorios con las contras cerradas, abriéndolas de golpe al día radiante. Se reía a carcajadas, nerviosa, emitiendo ruidos extraños, la barbilla alzada y la mandíbula adelantada como para impedir que se le derramara algo de la boca. Yo sentía aún, como un fragmento de información secreta, la huella fresca y húmeda de su mano en la mía. La seguí de ventana en ventana. La hoja de bisagra de una contra se me quedó en la mano cuando la cogí, como un ala gris inmensa y petrificada, otra se desplomó en una suave explosión de madera podrida y escamas de pintura y vainas quebradizas de larvas de carcoma. Subíamos más y más, la casa se convertía en un sector estilizado de naturaleza libre a nuestro alrededor, con toda aquella luz inundándola, y aquellos techos altos sombreados del color de las nubes, y las ventanas atestadas de verdor y de cielo.

La buhardilla era una conejera de habitaciones pequeñas y bajas que se abrían unas a otras como una imagen que se repitiese a sí misma en las profundidades de un espejo. El aire estaba estancado y hacía calor allá arriba bajo el tejado. Fuera, chillaban vencejos como flechas lanzadas al azar, entrando y saliendo de los aleros. En lo que había sido un aula escolar posé la mano en un globo terrestre e inmediatamente, como si hubiese estado esperando su oportunidad, la bola lacada cayó del pedestal y rodó por el suelo con un pequeño estruendo. Sophie me mostró una habitación estrecha de techo inclinado y con una ventana circular, como un ojo desorbitado. Había una cama y una silla de madera y un palanganero con una jofaina y una palangana esmaltada desportillada. Bajo una bombilla sin pantalla tejían en el aire perezosamente dos moscas: aquella era su habitación. La ventana enmarcaba un panorama de copas de árboles y de campos lejanos. Seguimos por un pasillo oscuro. Miré a través de una puerta entreabierta y vi al señor

Kasperl tumbado en una cama enorme y desordenada, con el chaleco y las botas, fumando un puro y estudiando lo que parecía ser un gran plano o mapa. Parecía ser, me gusta eso. Me miró brevemente, sin sorpresa, luego volvió a su trabajo.

Sophie se lanzó escaleras abajo una vez más. Aún la recorrían pequeños temblores de emoción. De vez en cuando una nota de flauta pequeña y aguda, como el suspiro de alguien de sueño inquieto, brotaba de su garganta por propia iniciativa. Me mostraba las cosas que había encontrado por allí, una casa de muñecas hecha con mucho detalle, un maniquí de modista sobre un soporte, rígido como un signo de admiración, una caja de marionetas con cuerdas enredadas y extremidades flácidas, como un montón de ahorcados en miniatura. Entró a gatas en un armario que había debajo de las escaleras y sacó a rastras un baúl de disfraces mohosos. Me observó ávidamente, con intensidad, los ojos fijos en mi rostro, en mis labios. Luego frunció el ceño y apartó las marionetas y cerró la tapa del baúl y se puso en cuclillas y lanzó un suspiro, como si aquellas cosas, aquellas muñecas y aquellos vestidos y aquellas piezas de seda, fuesen cosas que ella estuviese contándome y yo no reaccionase ni le contestase. Pero al cabo de un momento se había incorporado nuevamente y corría por el pasillo abajo haciéndome señas de que la siguiera. Abrió una gruesa puerta claveteada que daba a un cuartito adaptado como estudio fotográfico. Estaba atestado de piezas de cámaras antiguas y paquetes de productos químicos manchados y pilas de negativos de vidrio. La luz era densa y quieta. Sophie se sentó en un banco con un paquete de fotos granuladas con las esquinas dobladas en el regazo. Dio una palmada a su lado invitándome a sentarme. Había un ronroneo vago y febril en el aire caliente, y un sabor acre y químico. Examiné muy serio las fotos según iba pasándomelas una a una. Ella las había visto antes, tenía sus favoritas, un primer plano de un bebé gordo con la cabeza de un César de ojos blanquecinos, una toma torcida de un asno con un sombrero de paja, un retrato formal de criados colocados como una orquesta en las escaleras de entrada de la casa en alguna tarde remota de verano. Hacia el fondo del montón los temas cambiaron. Había una vista desde atrás de una dama grande en movimiento, apoyada en una barandilla, con un caballero de patillas detrás que miraba en animada conjetura el melocotón gordo y hendido que ella tenía en la mano y estaba a punto de morder. Había estudios de la misma pareja. Él en leotardos caídos y ella sólo en corsé, posando en un ornado lecho en posiciones libidinosas y extrañamente decorosas a la vez. Había algo triste en ellos, aquellos espectros azabache y gris perla, cuyo futuro era ya nuestro

pasado. La última foto era de la mujer sola, que estaba desnuda, sentada a horcajadas en una silla de respaldo recto, sonriendo a la cámara, las manos en las voluminosas caderas, y las piernas muy separadas. Su sexo, indefenso y conmovedor, era como alguna intrincada criatura taraceada extraída de las profundidades secretas del mar. Carraspeé y miré de reojo a Sophie. Ella me observaba de nuevo con aquella sonrisa tensa y expectante. Había sombras violáceas debajo de sus ojos. Y había otra además, suave y oscura, bajo su labio superior. Emanaba un aroma lechoso, con algo acre en él, como el olor de las ortigas machacadas. Su pelo era una masa densa y caliente, podía sentirlo, su peso obscuro, su densidad. Dejé a un lado las fotos y salimos del estudio y entramos en una habitación grande y larga con librerías encristaladas cubriendo las paredes y molduras de yeso en el techo. Las librerías estaban vacías. Unas puertaventanas daban a la claridad de aquel día sofocante, haciendo que la habitación pareciese una tienda de campaña enorme y oscura. Había habido intrusos allí, había un cristal roto y hojas muertas sobre la alfombra y en un rincón, en el suelo, un cerote herrumbroso y enorme. Abrí las ventanas de par en par y me quedé mirando afuera. Unas escaleras de piedra bajaban a un jardín hundido con hierba alta hasta la cintura. Palpitaba el aire, preñado de calor. Un pajarito marrón revoloteó arriba en un árbol sin ruido. Sophie puso un disco en un gramófono antiguo y accionó la manivela. Hubo un farfulleo y un silbido y una orquesta insegura inició un vals. La música se mecía en el aire estival pintoresca y alegre. Sophie se arrodilló en un sofá hundido, con las manos en el respaldo y la barbilla en las manos, observando cómo el disco daba vueltas y vueltas. Me pregunté si podría sentir la música, una especie de zumbido beodo en su cabeza, como alguien tocando con un papel y un peine muy lejos. El vals concluyó vacilante y Sophie quitó el disco y volvió a ponerlo con mucho cuidado en la funda. Aún puedo verla, aquella escena, el brazo reluciente del gramófono, curvado y gordo como el brazo de un niño pequeño, y la boquilla de cromo centelleando en el centro de la placa giratoria, y las manos esbeltas de Sophie quitando el disco. ¿Qué más? Cómo el plato giratorio siguió girando silenciosamente, con una prisa cómica y endemoniada, como un perro persiguiéndose el rabo. ¿Qué más? La etiqueta rojo borgoña del disco. El dibujo que había en la etiqueta del perro pequeño persiguiéndose el rabo, no, oyendo, con una oreja doblada. ¿Qué más? La funda de papel marrón, doblada en una esquina. ¿Qué más? ¿Qué más?

Félix estaba sentado en la cocina, ordenando una colección de llaves viejas de todas las formas y tamaños esparcidas ante él en la mesa. La cocina

era estrecha, con el techo alto y las ventanas bajas, los alféizares a nivel del trozo descuidado de césped de afuera. Había una fregadera desportillada y una cocina de aspecto colérico negra de hollín. La fregadera estaba llena a rebosar de cacharros sucios, y había algo borboteando perezosamente en una cacerola abollada al fuego. Félix me miró y sonrió.

—Vaya —dijo—, pero si es él. Dulces señor Swanseñor. No puedes separarte de nosotros, ¿eh?

Sophie se asomó a la cacerola humeante y arrugó la nariz. Sacó platos y tazas y los puso en la mesa, apartando las llaves de Félix a un lado sin ceremonia. Félix se echó hacia atrás con un suspiro perezoso, examinándome lentamente, un brazo apoyado en el respaldo de la silla y la boca delgada estirada en una sonrisa. Oí un paso a mi espalda. El señor Kasperl había aparecido en la puerta.

—¡Y el muerto despertó y se apareció a muchos! —murmuró Félix.

El hombre gordo se sentó a la mesa, depositando su masa sobre la silla que chilló furiosa al recibirlo. Se restregó los ojos con un nudillo, luego se quedó quieto mirando sombríamente el plato.

—Reposando un poco, ¿eh? —gritó juguetonamente Félix, cabeceando en su dirección por encima de la mesa—. ¿Un sueñecito, eh?

Sophie trajo la cacerola del fuego y sirvió una masa humeante de guiso de un marrón oscuro en cada plato. Félix me hizo señas con un brazo cordialmente invitándome a que me sentara con ellos. Me senté frente al señor Kasperl.

Sophie sirvió té de un puchero ennegrecido. Al fondo de mi taza había un pequeño nido de telarañas. El señor Kasperl tosió húmedamente una, dos veces, y luego una tercera, inclinando una oreja, como si comprobase algo dentro de él. El calor canturreaba, sofocando la casa, Cantaban pájaros débilmente fuera. La cocina alta y estrecha se balanceaba sobre nosotros como si estuviésemos al fondo de un pozo profundo. Una araña escaldada afloró a la superficie de mi té, girando en lentos círculos. Percibí la mirada del señor Kasperl dirigida hacia mí. Nos miramos un momento. Creí ver algo agitarse, como un pez aletargado, en las profundidades muertas de sus ojos. Dejó de pronto de masticar y, frunciendo los labios, extrajo un trozo de ternilla de la boca y lo posó muy deliberadamente en un lado del plato. Yo aparté la vista. Sophie estaba observándome y Félix también. Los tres estaban observándome, con una atención apacible y un tanto remota, como si se hubiesen vuelto a mirar hacia atrás, hacia mí, desde el fondo lejano del valle, esperando a ver si yo cruzaba y me unía a ellos.



UN día me encontré a Félix en el pueblo. Venía caminando por Owl Street con las manos en los bolsillos, silbando. Sentí un espasmo de la misma emoción, una especie de miedo anhelante, que había sentido la primera vez que le había visto, en el bosquecillo, encima del prado. Pensé desviarme pero él ya me había visto. La calle era estrecha y pendiente, atravesaba un cerro que había encima del puerto. La aguja de la iglesia de la Ascensión se alejaba sobre los tejados, como si volase. Oía a algas y a un hedor acre del patio de un pollero que había al final de un callejón.

—Qué hay, chaval —dijo—. ¿Llevas mi camino?

—No —dije—, yo...

—Bueno, entonces seguiré yo el tuyo.

Sonrió.

Bajamos por la cuesta hacia el puerto. La luz del sol cubría un lado de la calle, encajada al pie de una profunda diagonal de sombra. Había poca gente. Un viejo harapiento cruzó la calle apoyado en una muleta. A cada paso laborioso aposentaba el pie izquierdo en el asfalto con un zapatazo furioso. Se paró en el bordillo y esperó atentamente, jadeante, hasta que pasamos. Desde aquel sitio alto podíamos contemplar todo el pueblo. Un amasijo de oscura geometría que se desplegaba ante nosotros en la bruma estival. Félix se paró y sacó una colilla de su caja y la manipuló melancólicamente, retirando fragmentos chamuscados de tabaco de la punta ennegrecida.

—He estado hablando con tu tía. Dice que eres un mago con los números.

Encendió una cerilla y mantuvo la llama suspendida y me miró de reojo.

—¿Es cierto? —preguntó.

En el puerto sonaba y sonaba una sirena. Sentí cómo la sangre me inundaba la cara. Continué caminando rápidamente y Félix me siguió. Detrás de mí el lisiado daba zapatazos con su casco y, a menos que me lo imagine, se reía.

Entramos por Goat Alley. Félix ya sabía orientarse bien por aquellas calles retiradas. Me condujo a través de un patio soleado que había detrás de una pescadería y luego por un tramo estrecho de cenagosas escaleras de piedra. Huyó delante de nosotros una rata arrastrando en los dientes una cabeza de pescado. De pronto llegamos al muelle. La marea estaba alta, el

mar se mecía perezosamente como la espalda lisa, pálida y encorvada de algo vivo. Un piquero de bronce, que brillaba sombrío bajo la luz del sol, señalaba con un antebrazo de gruesas venas la dirección que había que seguir para llegar a la estación ferroviaria. Oíamos deslizarse y chapotear abajo suavemente la marea. Félix lanzó al agua la colilla, que emitió un pequeño silbido. Tenía el blanco de los ojos manchado a aquella luz cruda del mar, y la piel alrededor de los ojos tensa, como abrasada y marcada con unas arrugas pequeñas que eran como grietas en un vidriado de porcelana. La brisa me trajo un soplo de su aliento, cargado del olor a humo y del gusto metálico de su dentadura enferma. Me llegaba también el olor de su ropa, bañada de sol, la chaqueta de rayas lustrosa de bolsos colapsados y lánguidas solapas, los pantalones de acordeón, unos zapatos como barcas.

—El señor Kasperl estuvo preguntando por ti —dijo—. Quería saber quién eras. Se lo conté. Le dije, es un prodigio, ese chico. Se interesó.

—¿Por qué —dije yo—, por qué preguntó por mí?

—¿Eh? Oh, no sé, surgió el tema. Escucha, éste es muy bueno. ¿Cómo aguanta la bebida una dama? Por las orejas. ¡Ja!

Seguimos caminando. Nuestras pisadas aporreaban las tablas embreadas, el mar sorbía y chapoteaba. Félix hablaba y hablaba. Adoptaba sus voces especiales, explicaba impresiones, volvió a contar historias extrañas. Habló de la guerra, de los alemanes y los japoneses, y de las bombas de azufre que habían tirado en Dresden. Conocía todos los datos, las cifras. De pronto se detuvo y adoptó una pose, una mano en el corazón y la otra señalando hacia el cielo, y cantó alegremente:

*¡Oh, los judíos clavaron a Jesús,
pero Jesús los atornilló bien!*

Elucubró sobre el último secreto de Fátima, que es tan terrible que el papa lo mantiene guardado en una cripta del Vaticano. Quizá, dijo, quizá tuviese algo que ver con los tres días de oscuridad que anunciarán el fin del mundo, cuando sólo puedan alumbrar las velas benditas hechas de cera de abeja. Dio una palmada y cacareó jocosamente.

—¡Saca de ahí esa vela! —gritó—, le dijo a la monja la madre superiora.

Dejamos el muelle y subimos cruzando el pueblo. La calle mayor estaba animada. Félix sonreía a todo, como si todo, la calle, la gente, los escaparates adornados con corsés y herramientas de carpintero, todo se hubiese desplegado concretamente para su diversión. Las amas de casa que hacían la compra nos miraban con interés. Todas conocían a Félix. Él las saludaba

afablemente, con gestos e inclinaciones, quitándose un tricornio imaginario, y haciendo comentarios despectivos continuos sobre ellas dirigidos a mí, entre dientes. Pasamos junto al almacén de malta, por esa parte en que el río Horse corre por debajo de la carretera y luego llegamos a nuestra plaza. Paramos bajo los árboles, junto al abrevadero de los caballos, una tina metálica coronada por un cisne de hierro pintado de blanco que lanzaba un débil chorro de agua a través de un pico herrumbroso.

—Allí está el cisne —dijo Félix, señalando—. Ja, ja.

Allí era donde solía sentarse años antes el enano en su triciclo y hablarme, pasándose una mano por el pelo lleno de brillantina y exhibiendo los puños immaculados de la camisa. Félix se recostó contra la tina, brazos y tobillos cruzados. Y de pronto me entraron ganas de decirle algo, cualquier cosa, de confiar en él, el ansia era tan fuerte que durante un segundo me cosquillearon lágrimas bajo los párpados y se me hizo un nudo en la garganta. Él me observaba con una sonrisita, los ojos entrecerrados por el sol.

—Me da la impresión de que somos muy parecidos, ¿sabes? —dijo—. Tú y yo.

Una bandada de estorninos levantó el vuelo en los árboles y voló sobre nuestras cabezas en un bullicio de alas, oscureciendo brevemente el aire. Mi madre salió a la puerta de nuestra casa y se quedó allí plantada con las mangas subidas, observándonos. Félix recibió su mirada hosca con una sonrisa burlescamente exculpatoria, yo le volví la espalda. Entró otra vez en casa dando un portazo. Félix se estiró, bostezó. Consideró el cielo, los tejados, el verde delicado de los árboles.

—Pero en serio —dijo—, los números, sí, eso es muy interesante. El señor Kasperl está muy interesado, de verdad.

Cuando entré en casa mi madre no dijo nada. Subí a mi habitación. Mis libros, papeles, lápices, estaban sobre la mesa, junto a la ventana, tenían como un aire de complicidad.

Después de esto empecé a ir con regularidad a Ashburn. Mi presencia se aceptaba sin comentarios, era como si fuese parte de la casa. Félix y yo jugábamos a las cartas en la mesa de la cocina y comíamos los guisos de Sophie. Paseaba también con ella por los alrededores o explorábamos juntos la casa. El señor Kasperl no me prestaba la menor atención, salvo algunas veces que nos tropezábamos de frente de forma inesperada y me lanzaba una

de sus miradas remotas y sombrías y fruncía el ceño como si pensara que pudiese conocerme vagamente.

Mi madre quería saber dónde pasaba el tiempo ahora. Le parecía preferible lo de antes, cuando me encerraba en mi habitación, aquel silencio sobre su cabeza había sido menos alarmante que aquellas ausencias inescrutables. Pero en casa yo me sentía por entonces como un exiliado que hubiese vuelto para una visita breve y fastidiosa. Qué pequeño parecía todo, qué circunscrito. En Ashburn el horizonte era ilimitado. Allí me movía en un medio nuevo, una materia densa, plateada, que centelleaba y rielaba, que no parecía aire en absoluto, sino un fluido puro que mantenía las cosas fijadas y temblando, como el agua en el chorro desbordante de una fuente.

Yo cavilaba sobre Sophie como si se tratase de uno de los rompecabezas más difíciles del señor Pender. No había modo de resolverlo. Sophie tenía un fallo, un pequeño desequilibrio, que no dejaba que saliera la ecuación. Se apreciaba en la inclinación de sus hombros, en su rostro delgado, largo, desequilibrado. Sus andares eran un nadar en el aire rápido y vigoroso. Favorecía el lado izquierdo, de manera que parecía a punto de virar a cada paso impetuosamente hacia la derecha, como si hubiese cosas allí clamando suavemente para que atendiese a ellas. Siempre estaba en movimiento, siempre delante de mí, conocía íntimamente los huecos como conchas que tenía detrás de los huesos del tobillo, la porcelana hendida de la parte posterior de las rodillas, el lento aleteo sincopado de sus omoplatos. Parecía hecha no de huesos sino de alguna estructura más flexible. Tenía dos articulaciones en el pulgar. Podía coger cosas con los dedos de los pies. Era dada a arrebatos de violencia juguetona, se giraba bruscamente hacia mí con una risa gangosa y me daba un empujón o un golpe fuerte en el hombro con su puño pequeño y puntiagudo. Se quedaba tiesa de pronto también con un grito sofocado y parecía abrazarse con sus propios brazos, como si quisiese impedirse explotar. Incluso cuando estaba más quieta emitía ondas de excitación, como una cazadora preparada tras una columna con el arco tenso. Era una vasija sellada, precaria, volátil, llena a rebosar de todo lo que había que decir. Podría no haber sido muda, estar simplemente esperando, conteniendo el aliento. Su sordera parecía vigilancia. Se fijaba en la cosa más trivial con una atención arrobada, como si cualquier cosa pudiese, en cualquier momento, empezar a hablarle, con una voz pequeña, desde aquel mar sin olas de silencio en el que estaba suspendida. Comunicaba en un lenguaje aéreo, insubstancial que no consistía en palabras sino en formas móviles, transparentes pero precisas y definidas, como formas de cristal en el

aire. Cuando me separaba de ella no podía entender cómo se las arreglaba exactamente. Raras veces recurría al lenguaje de señas, y cuando lo hacía era con impaciencia, con una mueca irónica, como si la hubiesen obligado a gritar. Sin embargo, aquellos despliegues rápidos y diestros siempre me sorprendían y me impresionaban. Parecían como un juego de manos, hábil y vagamente jubiloso. El señor Kasperl, aunque parecía entender lo que decía, le hacía poco caso, se quedaba ante ella con la cabeza baja, mirándola con los ojos en blanco desde debajo de la frente, sus misteriosos pensamientos en otra parte. Félix se limitaba a reírse de ella, agitando los brazos para mantenerla a raya, como si estuviese pidiéndole cosas ridículas.

—¡Óyela! —me decía alegremente—. ¡Está loca, loca!

Y también ella se reía y fingía enfadarse, agitando un puño jugueteón en la cara de Félix.

Félix estaba siempre ocupado, de un modo vago e impreciso. Nunca parecía terminar nada, ni empezar en ninguna parte, sino que siempre estaba simplemente haciendo. Las llaves aquellas que estaba ordenando la primera vez que fui a la casa estuvieron varias semanas en la mesa de la cocina. Él llegaba y se quedaba mirándolas, con las manos en los bolsillos y la barbilla hundida en el pecho y lanzaba un suspiro histriónico y cansino y luego pasaba a ocuparse de alguna otra tarea oscura. Se pasaba horas rondando por el piso de arriba, hurgando en los armarios y debajo de las camas, o recorriendo los roperos que se alzaban, como anchos sarcófagos, en vestidos húmedos y tocadores descoloridos, atestados aún de ropa, reliquias apolilladas de generaciones de Ashburns. Salvaba fragmentos de atuendos antiguos, unos pantalones de golf a cuadros, un esmoquin mohoso, un sombrero flexible de árbitro de cricket, y se los ponía y andaba por la casa con suave aplomo con ellos puestos. Un día me encontré con él fuera de la casa, paseando entre los árboles con unos pantalones de *tweed* muy holgados y una chaqueta *norfolk* y una escopeta oxidada.

—Me apeteció salir a tirar a los pájaros, qué te parece —dijo—. ¿Quieres ser mi ayudante?

Había estado lloviendo y brillaba un sol fuerte. El bosque empapado resplandecía. Seguimos un sendero tortuoso. Había crujidos y roces por todas partes a nuestro alrededor en la hierba bajo las hojas. No había conseguido librarme de un desasosiego vago en su presencia. Contestaba siempre a sus comentarios con excesiva vehemencia, sonreía demasiado rápidamente a sus

chistes, como para mantenerle a distancia. Él se burlaba de todo. Le hacía muecas al señor Kasperl a sus espaldas, imitando sus andares de matrona. Echaba hacia atrás la cabeza y fingía sonoras carcajadas, como si alguien hubiese dicho algo maravillosamente divertido, hasta que Sophie, con la astucia torpe del sordo, empezaba a reírse con él, entonces él levantaba una mano y se tapaba la cara, y se reía entre dientes, haciéndonos guiños al señor Kasperl y a mí. Sin embargo, no eran sus burlas lo que yo temía. Llegamos a un campo muy verde. El verdor rielaba. Había un pequeño rebaño de corzos pastando y nos vieron y huyeron silenciosamente hacia un bosquecillo. Nos detuvimos y Félix miró a su alrededor, encantado.

—Qué paraíso parece, de todos modos —dijo—. A veces me pregunto si merecemos este mundo. ¿Qué piensas tú, niño ave?

Soltó una carcajada y continuó caminando, sopesando el fusil en el brazo doblado. Seguimos por el margen de un campo hasta que llegamos al seto alto y al camino de coches. La casa estaba preciosa iluminada por el sol, con las ventanas relumbrando. Descendían pájaros por el aire lavado, los grandes árboles se alzaban inmóviles como si escuchasen. Durante un instante experimenté una felicidad pura y penetrante, inexplicable, fugaz, como una cascada de luz. Por el camino subía detrás de nosotros un recadero en su bici, pedaleando apaciblemente, con una mano en el manillar y las rodillas abiertas. Le conocía. Se llamaba Clansy, y era un muchacho bajo y musculoso con una mata de áspero pelo negro y la mandíbula torcida y un ojo estrábico. Llevaba unas botas grandes de clavos y un mandil largo a rayas. Había ido a mi clase en la escuela años atrás. Era un tonto y se sentaba en un pupitre solo en un rincón. Los profesores se reían de él, enseñándonos sus cuadernos para que viésemos sus torpes trabajos, mientras él se encogía en su asiento y nos miraba con aire asesino con su ojo estrábico. En estas ocasiones había veces que se desmoronaba y empezaba a llorar, escandalosamente, como un adulto, de dolor y de rabia, lanzando sollozos irregulares, y apretando los puños manchados de tinta desesperadamente en el regazo. Al verme allí delante de él, dejó de silbar bruscamente y la rueda delantera de la bici se bamboleó. Félix se detuvo y esperó, observándole. Él desmontó y cruzó al otro lado del camino y siguió lenta y laboriosamente, inclinado y empujando la bici, frunciendo el ceño para sí como si acabara de ocurrírsele una idea importantísima. La bicicleta era una máquina negra y sólida con unas ruedas gruesas y pequeñas, y tenía delante un cesto de mimbre enorme lleno de paquetes.

—Eh, oye —dijo Félix imperiosamente—. ¿Quién eres tú?

Clansy se detuvo y atisbó a su alrededor con un aire artificioso de sorpresa. Solía esperarme en el camino de casa a la escuela y derribarme y aporrearme sentado sobre mi pecho y echándome a la cara su aliento fiero. Su furia parecía siempre una especie de pena. Con el tiempo se había creado entre nosotros una intimidad cálida y sobrecogedora. Ahora, llenos de turbación, evitábamos mirarnos a los ojos, como si hubiésemos cometido un pecado alguna vez los dos juntos. Abrió la boca, la cerró, luego tosió y volvió a intentarlo. Miraba la escopeta que Félix llevaba en el brazo.

—De Walker, señor —dijo torpemente—. Con los encargos.

—¿Encargos? —preguntó Félix—. ¿Qué encargos?

Clansy empezó a sudar. Se lamió los labios y señaló los paquetes del cesto.

—Ésos, señor. Los encargos que hicieron.

Félix se volvió hacia mí.

—¿De qué habla este tío? —dijo—. ¿Tienes idea?

—Los encargos de la tienda —dijo Clansy alzando la voz—. Los que...

—Ah, de la tienda —dijo Félix con una risilla—. Ya entiendo, sí. Bueno, entonces, ¿tienes la lista?

—¿Qué, señor?

Félix miró al cielo y suspiró.

—¡La lista, qué va a ser! La lista que se dio a la tienda. ¿La llevas?

Clansy parpadeó lentamente y se limpió la nariz con un nudillo.

—Creo que la tengo, sí, claro —dijo cautamente.

Colocó la bici sobre su soporte y sacó un puñado de papeles arrugados del bolsillo del mandil y empezó a repasarlos acongojado con un pulgar gordo.

—Venga, léelo, hombre —gritó Félix—, ¡léelo!

En la frente picada de viruelas de Clansy afloró un oscuro rubor. Se lamió los labios otra vez y se inclinó sobre sus trozos de papel, repasándolos con una mirada estólida y desesperada. Félix lanzó un gruñido de impaciencia.

—¡Venga, hombre! —dijo—. ¿Pero qué te pasa?

Clansy, la cara ardiendo, me miró al fin, como un animal herido, con furia y con una especie de súplica. No podía leer. Pasó un momento. Aparté la vista de aquellos ojos suplicantes. Félix rió entre dientes.

—Oh, vamos, venga —le dijo a Clansy—, rodea la casa y lleva eso por la puerta de atrás.

Clansy se metió los papeles en el bolsillo y montó en su bici y se alejó hacia la casa, encogido sobre el manillar como si luchase contra una tormenta.

Félix sonrió, moviendo la cabeza. De pronto, me tiró la escopeta. Me sorprendió su peso.

—Vamos, Barrabás —dijo—. Dispara.



EMPEZARON a llegar trabajadores a la casa, de uno en uno, con un puño en un bolsillo y un brazo en tenso balanceo, o bien hombro con hombro en grupos silenciosos de dos o tres. Sophie y yo los observábamos desde las ventanas del piso de arriba. Iban escorzándose progresivamente a medida que se aproximaban, como si viniesen vadeando. Llamaban una vez con los nudillos en la puerta de entrada y retrocedían, con la gorra en la mano, totalmente pacientes, esperando. Vestían chaquetas informes y camisas blancas con el cuello desabotonado y pantalones mechados de mugre. Les brillaban las caras y el cogote, me los imaginaba inclinados sobre fregaderas en estrechas trascocinas a la primera luz, frotándose hasta dejarse la piel en carne viva. Uno tenía una calva rosa limpia con una tonsura. Eran peones camineros y trabajadores eventuales y unos cuantos eran obreros despedidos temporalmente por falta de trabajo de la fábrica de ladrillos o de la fundición. El señor Kasperl los entrevistaba en una de las grandes habitaciones vacías del piso de abajo. Se sentaba a un maltrecho escritorio con la parte de arriba forrada de cuero, ante la ventana, jugueteando con un trocito de lápiz, mientras Félix paseaba arriba y abajo y se encargaba de la charla. Los hombres, de pie en un nudo en medio del piso, evitaban mirarse entre ellos, como si les diese vergüenza. Fingían despreocupación, se subían los cinturones y miraban a su alrededor las paredes manchadas de humedad y las molduras que se desmigajaban. Félix los arengaba jovialmente, como un charlatán de feria.

—Bueno, venga, vale —decía—, enseñad esos músculos. Sólo queremos tipos grandes y fuertes, que estén deseando trabajar. ¿Verdad, jefe?

El señor Kasperl le miraba en silencio, jugueteando con el lápiz en sus manos gordas. Los hombres sonreían y cuchicheaban, arrastrando los pies.

Al final los contrataron a todos, incluso al de la calva. Una mañana llegué y los encontré reunidos delante de la casa, con palas al hombro, fumando cigarrillos y cuchicheando entre ellos. En el camino había un camión con el motor en marcha, un modelo antiguo y destartado con una especie de chimenea saliéndole por un lado y sin guardabarros. Temblaba como un caballo enfermo, eructando chorros negros de humo por el escape. La compuerta de atrás de la caja tenía una costra de restos de estiércol, la señal

de una vida anterior. Félix se bajó de detrás del volante y ordenó subir a los trabajadores a bordo. Me hizo un guiño y reveló agotamiento, dejando caer los hombros y dejando suelta la mandíbula hacia un lado. El señor Kasperl, con guardapolvo y chanclos, se detuvo delante de la casa y miró a su alrededor contemplando la mañana luminosa con ojos severos y despectivos. Luego bajó las escaleras con su paso remilgado y se izó, con un gruñido, en la cabina. Félix accionó la palanca de marchas y giró el volante y el camión partió entrecortadamente en una nube de polvo y de humos de diésel. Uno de los trabajadores, de pie en la caja, lanzó un débil alarido y luego sonrió bovinamente y miró con firmeza hacia adelante. El ruido del motor fue apagándose en dirección a Coolmine, y afloró en el silencio el canto despreocupado de un tordo que había estado allí todo el tiempo.

Había una sensación de vacío espacioso en la casa. Subí las escaleras como si subiese por una cuerda hacia el cielo. Sophie estaba sobre mí en el descansillo, mirando hacia abajo, hacia mí, las manos apoyadas en la barandilla, la cara suspendida en una bóveda de aire, como una trapecista dispuesta a saltar. Vagamos por el desván. Los suelos estaban tensos como trampolines bajo nuestros pies. Pensé en todas aquellas habitaciones que había debajo de nosotros sin nadie en ellas. El cielo ocupándose de sus enormes y furtivos asuntos en las ventanas, el sol avanzando milimétricamente en su compleja geometría a través de los suelos polvorientos.

En la habitación de Sophie nos sentamos en la cama. Yo había intentado enseñarle algo sobre los números allí, le enseñé juegos de cerillas, y trucos con el álgebra, desplegando mi regalo ante ella sobre el edredón. Había albergado grandes esperanzas. ¿Cómo podía resistirse ella a aquellas cosas, a su simplicidad y elegancia, a cómo iban desarrollándose paso a paso las pautas, como cristales ordenándose en el aire claro y frío? Pero no había nada que hacer, ella miraba los números y me miraba a mí, los ojos vacuos, la cara una máscara sonriente. Su silencio era una especie de ausencia. Y al final renuncié. Entonces ella se alzó sobre una rodilla, estirándose para atisbar por la ventana redonda que había sobre nosotros. Había traído la caja de las marionetas y estaba arreglándolas, las marionetas estaban esparcidas por el suelo entre botes de pintura y brochas y tarros de cola. Me tocó en un hombro, queriendo que mirase algo abajo en el camino. Cuando intenté levantarme ella perdió el equilibrio un momento y cayó contra mí en una agitación de manos y aliento y cabello revuelto. Tenía la piel fresca, sentí de pronto el calor de mi propio rostro ruboroso que me llegaba reflejado desde su frente lisa y sus

mejillas sombreadas. Se apartó de mí con una risilla gorgoteante. Me había besado, o yo la había besado a ella. No sé, tan leve, tan fugazmente. Al principio pensé que lo había imaginado. Se me tambaleó el corazón, como algo que se columpiase al borde y estuviese a punto de caer. Ella se había incorporado hasta la ventana de nuevo y miraba hacia afuera. Se volvió y sonrió, no a mí esta vez, sino en dirección a la puerta. Félix estaba allí, mirándonos con un centelleo irónico.

—Por favor, no se levanten —dijo taimadamente—. Sólo soy yo.

Entró en la habitación, lanzando una mirada de soslayo hacia las marionetas del suelo. Yo no había oído regresar al camión. Tenía las botas manchadas de barro negro y había chorros negros y leves, como rastros de pintura de guerra, en su frente y su mandíbula. Dijo:

—Un infierno ese pozo allá abajo, amigo.

Sophie tiraba de él nerviosa hacia la ventana. Félix se acercó y se colocó detrás de ella, estirando el cuello para ver lo que señalaba. Abajo, en la grava frente a la casa, estaba Jack Kay, con sombrero, traje de los domingos, apoyado en su bastón de roten. Miraba hacia arriba, y me pregunté si podría vernos, si podría ver nuestras tres cabezas amontonadas en la ventana vigilante, allá arriba encima de él. Félix volvió la cara hacia mí, un indio sonriente.

—¿Quién es ése, eh, lo sabes? —dijo—. Parece una cara familiar, creo.

Jack Kay subía las escaleras, luego oímos su llamada distante en la puerta de entrada. Félix se llevó un dedo a los labios, se sentó en la cama y Sophie se sentó detrás de él, apoyándose ávidamente sobre su hombro. Félix hurgó en un bolsillo de su chaqueta, luego le mostró la mano y la abrió despacio. En la palma había un ratoncito marrón encogido, los bigotes y la punta rosada del hocico temblando. Se giró a un lado y a otro, olisqueando el aire con pequeños tirones de la cabeza. Sophie, encantada, intentó coger en su mano a la criatura, pero Félix la mantenía torturadamente fuera de su alcance, hasta que ella consiguió capturarla en una arremetida. La alzó hasta la cara y ratón y muchacha se estudiaron mutuamente. Luego Sophie se inclinó hacia adelante en un gesto rápido y tocó con los labios fruncidos levemente el hocico tembloroso. Félix se echó a reír.

—Ajá, ¡mira! —exclamó—. La bella y la bestia.

Jack Kay martilleaba allá abajo en la puerta de la casa. Félix lanzó un suspiro.

—¡Está bien, está bien! —murmuró.

Salió y luego le oí abajo en las escaleras con Jack Kay. El viejo alzaba la voz. Sophie se acuclilló en la cama con el ratón en el regazo, dándole golpecitos rítmicos con la yema del dedo, de la cabeza a la cola, haciendo un surco en la piel delicada. A cada golpecito suave la hendidura rosada de la punta del pequeño hocico afilado de la criatura se abría una fracción y se cerraba de nuevo húmedamente. Sophie inclinó la cabeza, el cabello oscuro cayéndole sobre la cara. La uña del dedo, brillando en medio del pelo separado, relucía como una cuenca afeitada. La habitación estaba silenciosa. Jack Kay gritaba. Se oyó un portazo. Sophie alzó la vista hacia mí con una sonrisa tensa y atenuada. Como si se sintiese vagamente incómoda. El ratón yacía mansamente en su regazo, con una palpitación minúscula. Di un paso hacia adelante, pareció una especie de caída repentina, y extendí una mano para tocar a la pequeña criatura. Inmediatamente saltó del regazo de Sophie y se escurrió por un lado de la cama. Félix entró de nuevo en la habitación diciendo alegremente:

—Ah, tú no sabes el truco. Tendremos que enseñarte, ¿eh?

Se agachó junto a la cama y consiguió con halagos que el ratón volviese a la palma de su mano. Se acercó con él a la ventana y miró hacia afuera.

—Allá va —dijo—. Un viejo con malas pulgas, desde luego. Venía a buscarte, cisne, ¿sabes? Le dije que no habíamos oído hablar nunca de ti. «Aquí no hay ningún Cisne, amigo mío», dije. «Nuestros cisnes son todos gansos». ¿Hice bien?

Me miró a mí y luego a Sophie y de nuevo a mí. Hubo un silencio. Yo oía desmayadamente el rumor de las botas de Jack Kay alejándose por la grava. Sophie se levantó de la cama, sacudiéndose la falda. Me miró vagamente, como si no pudiese recordar del todo quién era yo. Félix le ofreció el ratón, pero ella pasó por delante de él como una sonámbula y salió de la habitación. Él la miró alejarse y luego volvió hacia mí su sonrisa taimada.

—Todas estas criaturas mías —cuchicheó alegremente, girando los ojos.

Abrió la mano y me enseñó el ratón, que yacía inmóvil y de costado, las patitas delanteras dobladas, una burbuja de sangre rubí en el hocico.

En casa me encontré a Jack Ka, sentado de lado en la mesa de la cocina, pálido de cólera, un puño plantado entre las tazas de té y el otro apretando el mango del bastón. Por segunda vez en su vida le habían echado de Ashburn Park. ¿Quién se había creído que era aquel extranjero gordo y aquel cabrón pelirrojo? ¿Qué derecho creían tener? Miró furioso a su alrededor, los

nudillos blancos, desafiando a cualquiera a contestar. Félix se había reído de él... ¡se había reído, de él, de Jack Kay!

—Dios le maldiga, hijo de puta —murmuró con voz apagada, y golpeó el suelo con su bastón.

Me traspasó con una mirada inyectada de sangre y gruñó, frunciendo el ceño. Mi madre no decía nada. Había sido ella, claro, quien le había enviado a él a Ashburn. Ahora tenía un aire melancólico y arrepentido. Llevó mi té a la mesa y se plantó ante mí; furiosa, y sin embargo amilanada. Aquel día había sentido el roce de algo frío y cruel, una especie de malevolencia, como si hubiese penetrado en ella una enfermedad. También ella había perdido dos veces Ashburn, una vez de muchacha cuando se fue de casa, y luego una segunda vez con el advenimiento del señor Kasperl y su familia. Ahora pretendían arrebatarme una cosa más, a mí. Pero no se lo permitiría... ¡No, no les dejaría! Le tembló la mano, la taza y el plato repiquetearon. Los posó precipitadamente, con un pequeño estrépito.

Reviví aquel momento en la cama de Sophie tantas veces en mi mente que los detalles se desgastaron, se hicieron huecos, sin solidez. Sólo yo era siempre real allí, sólo yo estaba siempre intensamente presente. De pronto tuve una sensación fuerte de mí mismo. Me sostuve tranquilo, equilibrado en el aire, como si fuese una cosa valiosa y bruñida que hubiese sido colocada en mis manos con cuidado ceremonial. No era el beso lo que importaba tanto, sino lo que parecía significar. Ante mí se había abierto un mundo desordenado, peligroso y extraño. Y por primera vez en mi vida me sentía extraño y a gusto.

Pero cuando vi a Sophie la vez siguiente experimenté una pequeña sacudida de sorpresa. Tanto había vibrado en mi imaginación que ahora, al enfrentarme a la persona real, era como si acabase de separarme de su doble más deslumbrante. Ella debió captar un chispazo de aquella sorpresa en mi mirada, pues sonrió con una sonrisa extraña y dio la vuelta y se alejó despacio, mirando hacia atrás, hacia mí por encima del hombro. Ése fue el día que me llevó a la habitación del señor Kasperl. Yo no me di cuenta de que me llevaba a ella. Estábamos simplemente rondando por la casa sin propósito, como hacíamos muchas veces, pero cuando empujó la puerta del cuarto del señor Kasperl recuerdo que sentí una náusea vaga, casi placentera, como si me estuviesen seduciendo, suavemente, con taimados halagos, hacia el peligro. Él no estaba allí, él estaba en la mina. Era una habitación amplia, de techo alto, llena de muebles grandes y feos, un escritorio, una cómoda, la enorme cama arrugada, había una atmósfera callada y vigilante, como si

hubiese estado pasando algo y se hubiese interrumpido al entrar nosotros. Fuera llovía, se preparaba una tormenta de verano. Sophie se acercó a la ventana chorreante y apoyó la frente en el cristal, mirando hacia fuera soñadoramente, al mundo líquido y verde. Yo miré los papeles del señor Kasperl esparcidos por la cama, sus libros, sus mapas del estado mayor, sus planos de las obras subterráneas de Coolmine. Había un cuaderno grande negro, grueso como el libro de un mago, con una tapa de tela gastada y páginas dobladas en las puntas. Lo cogí perezosamente y lo abrí y comenzó a hablarme de inmediato con una voz fuerte, clara, familiar. Me senté muy despacio en el borde de la cama. Era el trabajo de años. Las páginas estaban una tras otra llenas de cálculos, de diagramas, de fórmulas algebraicas, todo anotado con una letra cuadrada y minúscula. Mucho de lo que había allí escrito yo no podía entenderlo. Cálculos del cuaternio, teoría matricial, numeración transfinita, de aquellas cosas apenas había oído hablar. Vi que teníamos cosas en común, sin embargo, un apego especial por la simetría, por ejemplo, por las equivalencias de espejo y por las series palindrómicas. Pero su juego era un juego de gran maestro, y yo era un novicio. ¡Qué complejidad, qué elegancia! Seguí leyendo, extasiado. Todo lo que había más allá de la cama se hizo borroso, como si hubiese caído una especie de obscuridad luminosa. La muchacha parecía revolotear por la habitación. Estaba allí un instante y al instante siguiente ya no estaba, como un vago acompañante visto desde un lecho de enfermo. Durante un rato estuvo de pie a mi lado, rozándome negligentemente con la cadera en el hombro, pero cuando se alejó fue como si yo lo hubiese imaginado, aquella calidez, su sombra, su mano en el costado. Llegó la tormenta, rodaron por el cielo repiques de truenos haciendo retemblar las ventanas. El aire tenía un brillo sulfuroso. Luego, de pronto, volvió a reinar la calma, y yo alcé la vista a la ondulante luz de la lluvia y vi al señor Kasperl plantado en la puerta, con su guardapolvo empapado, observándome.

Entró en la habitación lentamente, enjugándose la lluvia de la frente con un pañuelo rojo grande. Se quitó el guardapolvo y se lo entregó a Sophie, sin mirarla. Cesó la lluvia y salió el sol de pronto, con un crujido casi audible, relumbrando en la ventana. Cerré silenciosamente el cuaderno y volví a dejarlo sobre la cama. El señor Kasperl no me hizo ningún caso, pero su actitud no era hostil. Sophie trajo una percha para el guardapolvo y lo colgó en la ventana a secar al sol. Él se desplazaba de un lado a otro por la habitación, con aquellos andares lentos y deliberados, como si tuviera bolas en los pies, abrió una caja de puros que había encima del escritorio, eligió

uno, lo olió, cortó la punta y lo encendió. Pensé en escabullirme silenciosamente. Él fue encendiendo el puro sin prisa, procurando que se prendiera bien por todas partes. Luego se volvió al fin y vino hacia la cama. Yo me levanté. Se detuvo, sin mirarme aún, y dibujó una cuenta en el cuaderno negro, un ojo medio cerrado, como si fuese un objetivo lejano, luego lo cogió y fue pasando páginas. Encontró lo que buscaba y se volvió hacia mí, señalando la página con un dedo. Era una serie de ecuaciones de campo, elegantes pero enigmáticas, sus soluciones disipándose todas hacia el infinito. Las contempló un instante con lo que parecía una satisfacción severa, luego puso el cuaderno abierto en mis manos y se apartó de mí, dejando humo de puro y un vago olor a ropa húmeda y a carbón. Me senté de nuevo en la cama. Se abrió la puerta y asomó la cabeza Félix. Me miró con su leve sonrisa, achicando los ojos.

—Yo, buscándote —dijo—, y aquí estás tú en el templo, todo el rato.

Siguió a su cabeza al interior de la habitación, una mano en el bolsillo, rascándose la ingle. El señor Kasperl pasó por delante de él y salió, encorvando la espalda silenciosa al cruzar la puerta. Sophie se volvió de nuevo a la ventana. Yo aparté el cuaderno.

Jack Kay cayó enfermo. Estaba sentado en la cocina en su mecedora, una manta plegada sobre las rodillas. Tenía frío, decía, frío, mirando resentido el río de sol que entraba por la ventana de la cocina. Sus grandes manos blancas yacen inmóviles en el regazo, como un par de torpes herramientas que se le hubiesen desprendido. No comía. Empezaron a aparecer charcos color ámbar en el suelo debajo de su mecedora. Llamaron al médico y éste ordenó que le acostasen. Le levantamos de la mecedora, mi padre, el tío Ambrose y yo, y le llevamos al piso de arriba. Se apoyaba en nosotros inerte y rígido, una gran estatua de tiza, muda y furiosa. Era sorprendentemente liviano. Los años habían ido minándole en secreto, ahuecándole. Le depositamos en la cama apoyado en un banco de cojines y retrocedimos, frotándonos las manos. Él nos miraba temeroso, como un niño, moviendo la boca, los dedos apretados en el pliegue de las sábanas contra el pecho como si fuese el borde de un parapeto tras el cual estuviese cayendo lenta e inexorablemente. Días, dijo el médico, una semana como mucho. Pero las semanas pasaron y aún seguía allí tumbado, contemplando la luz de la ventana, el cielo furtivo. No hablaba con nadie, se desesperaba en silencio, como un hombre traicionado. Le salieron úlceras de estar echado tanto tiempo y tuve que ponerle de costado mientras

mi madre le pringaba con pomada. Tenía la piel seca pero flexible, como papel de envolver, con algo blando dentro, y yo pensé en aquellos paquetes blandos que mi madre me hacía llevar a casa de la carnicería cuando era pequeño. En aquella cama estrecha parecía inmenso pero insustancial. Una gran vaina muerta y descolorida, dentro de la cual el hombre vivo seguía aún encogido, atisbando a través de los ojos lleno de pánico y de una especie de asombro. Estaba terminando el verano, pero aún se mantenía el buen tiempo, como si quisiese burlarse de él. Empezó a divagar. Se pasaba horas hablando solo en voz baja y furiosa. A veces gritaba de pronto, y daba tirones de un lado a otro, moviendo las sábanas, como un borracho al que no le sostienen los pies e intenta incorporarse y luchar. Un día se cayó de la cama, le encontramos en el suelo en un lío de sábanas, moviendo los brazos débilmente como para defenderse de un atacante. Había volcado el orinal.

—Oh, mira lo que has hecho. ¡Mira, mira!

Él la miró furioso, suspicaz, desconcertado, temeroso.

—Madre —dijo confusamente—, ¿estás ahí, madre?

Luego soltó un gruñido. Aquella inmensa confusión en la que había caído no tenía salida. Nos dejó subirle a la cama y se quedó echado sobre las almohadas mansamente. Giró la vista hacia la ventana y sobre la vena lívida que palpitaba allí se veía descender desde la sien un desgarrón lúgubre.

En el funeral mi madre no podía llorar. Observó con melancólico interés cómo depositaban el ataúd en la tumba. Mi padre estaba a un lado tocándose la corbata. La sombra violeta de una nube barrió un prado lejano. En el borde del pequeño círculo de asistentes había aparecido un individuo, medio oculto entre un grupo de lápidas, las manos en los bolsillos, una lametada de taimado flequillo aplastada sobre la frente estrecha. Me sonrió y me hizo un guiño y un pequeño signo, alzando tres dedos y bosquejando una especie de bendición rápida. Tras él se cernía un sucio serafín con las alas de mármol extendidas.



EXTRAÑOS los paisajes que la memoria, esa vieja maestra, elige como telón de fondo, las lejanías crepusculares con ríos serpenteantes y musgosos peñascos pardos y pequeñas figuras disfrazadas haciendo algo inexplicable a mucha distancia. Cuando pienso ahora en aquel otoño, veo en un relampagueo el almacén de malta, no sé por qué. Era una fortaleza de piedra gris con tejado de losas y una hilera de pequeñas ventanas enrejadas arriba bajo los aleros. De una abertura que había sobre el arco de la entrada brotaba una polea que era como el brazo de una compleja horca. Secaban allí la malta antes de enviarla a las fábricas de cerveza. Por las ventanas escapaban día y noche vestigios de vapor y empapaba el aire el hedor acre y cervecesco del grano hirviendo a fuego lento. El trabajo de mi padre debía llevarle allí a menudo, pero yo nunca le veía... en realidad, ahora que lo pienso, allí nunca veía absolutamente a nadie. Al lugar donde se alzaba el almacén le llamaban el Folly, y era un ángulo batido por el viento entre la parte trasera de dos humildes calles. Imperaba una atmósfera de abatimiento, como de una sabiduría marchita. Siempre parece que es octubre allí, un octubre frío y nublado. Vuelan hojas secas, como manos de pianistas muertos, rozando el suelo con un ruido áspero. Cuchichea en los árboles el viento. Paños de pálidas y grumosas nubes caen silenciosos precipitándose por un rectángulo inclinado de cielo. Ladra un perro a lo lejos, hay algo que cruje monótonamente y me detengo y me quedo inmóvil, expectante, como si todo pudiese estar a punto de congregarse y dirigirse a mí.

La escuela resultaba grotesca ya, era un embrollo absurdo y vergonzoso. Me había pasado ya la edad de todo aquello, del ruido, de los olores, el tedio. Todas las tardes, en cuanto sonaba la campana, me iba inmediatamente a Ashburn. En Coolmine habían reparado la verja y había un cartel de aviso, con una calavera y dos tibias cruzadas. Desde la carretera podía ver a los obreros arriba en la bocamina, trajinando como hormigas. A veces veía también al señor Kasperl paseando solo por allí, o con Félix, examinando planos extendidos sobre el capó del camión. Ya no dejaban entrar a las viejas al rebusco, me las encontraba, con sus rostros borrosos, sus piernas achaparradas envueltas en trapos, vagando desconcertadas por la carretera, junto a la nueva valla de alambre de espino.

Al ensombrecerse el tiempo también la casa se fue haciendo sombría, se alzaba escueta contra un cielo de color cuchillo, una confusa bandada de grajos volando en círculo sobre las chimeneas. Los primeros vendavales de la nueva estación desmantelaron la mitad de los árboles del parque, abriendo pistas insospechadas. Dentro era como estar en un gran barco en el mar, las ventanas golpeaban y atronaban en sus marcos alabeados y bañaba los techos un resplandor oceánico y gris. Por debajo de los crujidos y de los golpeteos, había un silencio profundo, submarino. Éste era el medio de Sophie. Era como si hubiese dejado algo desconectado, como las luces en la casa de un ciego. Sophie estaba tan silenciosa que resultaba difícil encontrarla. Yo subía furtivamente al piso de arriba y recorría los pasillos, el corazón palpitándome fuerte sin motivo visible, y me la encontraba en una de las habitaciones vacías, inmóvil, de pie en la ventana, los brazos cruzados y la frente apoyada en el cristal, tan quieta y silenciosa, parecía que llevase allí horas, sin moverse. Al sentirme detrás, se volvía lentamente y lentamente sonreía, parpadeando con sus ojos oscuros de muñeca.

Me la encontraba también a menudo con el señor Kasperl, sentada y silenciosa en la habitación de él en una vieja tumbona, sentada sobre las piernas y con las manos apoyadas en el regazo como una pareja de pálidos pájaros, mientras él, tumbado en la cama, leía o trabajaba en sus planos. La habitación estaba a oscuras y hacía calor en ella. Parecía el cubil de un carnívoro grande e indolente. Él estaba en chaleco, sin cuello, con los cordones de las botas desatados. Apenas si se fijaba en mí. Su silencio era profundo, un lugar lejano al que nadie más podía llegar. A veces trabajaba en el cuaderno. Se quedaba cavilando ceñudo sobre una página largo rato sin moverse, luego se inclinaba de pronto con un bufido y escribía una línea o dos, conduciendo el lápiz laboriosamente, con precisión inexorable. Me dejaba ver cosas, ciertas sutilezas insolubles, pero de un modo tan artificiosamente casual e indirecto que todo podría haber sido puro accidente. Dejaba el cuaderno abierto cerca de mí y se iba, caminaba silenciosamente de un lado a otro por la habitación, mientras yo miraba de reojo, ávido hacia el lugar donde él había estado trabajando. Siempre era alguna paradoja, alguna tautología. Le fascinaban las cosas que sólo podían tener en el mejor de los casos una solución no concluyente. Le divertían las geometrías extrañas, sus mundos curvados donde no es posible ningún paralelismo. Donde no hay ningún infinito, donde todas las perpendiculares a una línea se encuentran en un punto loco. Se acercaba y se colocaba a mi lado y consideraba aquellos extraños axiomas, con un suave jadeo, doblando suavemente sus dedos

gordos, y a mí me parecía oír, dentro de él, muy hondo, una risa oscura y leve.

Salía de estas experiencias envuelto en una especie de fiebre, la cabeza zumbándome, como si escapase a una seducción. Las cosas se estremecían y centelleaban minuciosamente, en un brillo fosforescente. Los detalles se destacaban de sus planos de fondo, como si se les hubiese enfocado de pronto con una lente y avanzaban con vehemencia, con una insistencia muda, imponiéndome algún significado misterioso y enorme. Una capa de luz de sol sobre una pared alta y blanca, matorrales exuberantes brotando por las ventanas de una casa en ruinas. Un perro en la cuneta olisqueando delicadamente un trozo sucio de periódico, estas cosas me golpeaban con una fuerza extraña. Eran como recuerdos, pero de cosas que no habían sucedido aún. Cuando regresaba andando a casa atravesando el pueblo en aquellos anocheceres brumosos de otoño, y pasaba ante las tabernas iluminadas y los obreros en sus bicis y la afabilidad un tanto siniestra de tenderos gordos plantados a la entrada de sus tiendas, sentía un estremecimiento de presagio, no por lo que hubiese allí en aquel momento, la desesperanza acogedora de mi casa, sino por aquel mar peligroso y enorme que se extendía ante mí, resplandeciente y vagamente cambiante, en la oscura lejanía.

Una tarde de noviembre divisé el coche del tío Ambrose bajando por el camino hacia Ashburn. Me oculté detrás de un árbol mientras pasaba. Cuando llegué a casa estaba allí, sentado muy erguido en la mesa del té, mirando a su alrededor con una sonrisa pasmada, su cabecita brillante girando despacio y la nuez saltando.

—¿Un qué? —estaba diciendo mi padre, con lo que en él pasaba por una carcajada—. ¿Un chófer?

El tío Ambrose asintió sonriendo, aturdido aún, asombrado de su propia audacia. Dijo:

—De Ashburn a Blacke's, justo, y luego hasta la mina.

Mi madre se había parado detrás de él y estaba mirándole al cogote.

—¿Qué? —dijo con aspereza—. ¿Qué? ¿Eso cuándo?

El tío Ambrose disparó la barbilla hacia adelante, metiéndose un dedo por dentro del cuello de la camisa.

—Oh, todos los días —dijo—. De lunes a viernes. Y llevarle de nuevo a su casa por la noche.

—A su casa —dijo mi madre—. ¡Ja, ja!

El tío Ambrose inició en seguida su tarea. Iba con el coche a Ashburn todas las mañanas puntualmente y paraba delante de la puerta de entrada con

un discreto bocinazo. No se atrevía a entrar, sino que esperaba pacientemente en el coche, allí sentado, inmóvil detrás del volante mirando impasible por el parabrisas, con un aire de rectitud desinteresada que vestía como un uniforme. Era frecuente que pasase una hora o más antes de que apareciese el señor Kasperl. Al tío Ambrose no le importaba. En ningún sitio estaba más cómodo que en su coche. Era un sedán inmenso, negro, anticuado, con un capó largo e inclinado y una joroba atrás, como un coche fúnebre. Algunos días volvía temprano de la mina y paraba (debió de decírselo el señor Kasperl) y me recogía cuando iba a la casa después de la escuela. Yo iba sentado atrás con el hombre gordo, la cartera apretada sobre las rodillas. Nadie hablaba. El señor Kasperl miraba por su ventanilla, los brazos plegados y las piernas macizas cruzadas, fumando un puro. De vez en cuando captaba la mirada del tío Ambrose por el espejo retrovisor e inmediatamente ambos apartábamos la vista, con un sobresalto culpable. Conducía muy despacio, girando el volante con atención prudente, como si fuese el volante de una caja de caudales. Cada vez que cambiaba de marcha accionaba el embrague un momento y el coche experimentaba una ondulación hacia adelante en un salto breve y liso, cabeceando un poco, y el señor Kasperl y yo nos veíamos alzados unos centímetros y luego caíamos otra vez suavemente sobre el asiento alto y blanco. En cuanto nos deteníamos ante la casa, el tío Ambrose se deslizaba elegantemente fuera del coche y daba la vuelta, en un movimiento continuo, girando sobre el talón en la grava y abría la puerta al señor Kasperl, mientras yo salía por el otro lado y corría como una liebre escaleras arriba. A veces Félix le hacía llevarme a casa también. Esos viajes eran los peores. Yo iba sentado en el asiento delantero, sudando, mientras el tío Ambrose se aferraba al volante en un silencio atroz, como un tartamudo atascado a mitad de palabra.

Félix raras veces viajaba en el coche, prefería caminar incluso en invierno, con las manos en los bolsillos y el abrigo desabrochado y balanceante. Pero estaba encantado con el tío Ambrose, y le examinaba entusiasta, aquel hombre grande, moreno, lacrimoso, con su sonrisa delicada y sus trajes ceñidos y su aureola de polvos de talco y de dolor. Algunas mañanas que el señor Kasperl se retrasaba, Félix bajaba y se apoyaba en la ventanilla del coche y le intimidaba alegremente, con guiños picaros y golpes. El tío Ambrose respondía con una mueca desconcertada, aterrada, asintiendo y mascullando. Félix me miraba a mí abriendo mucho los ojos, con asombro burlón.

—¡Cuántos parientes tienes! —decía—. Están en todas partes, ¿eh?

Tía Philomena no sabía si estar celosa de tío Ambrose ahora o enorgullecerse de él. ¡Ambrose, en Ashburn! ¿Quién lo habría pensado? Envalentonada, intensificó sus asaltos a la pétrea soledad del señor Kasperl, pero en vano, él se sentaba solo con sus pensamientos junto a la ventana en el comedor del hotel como había hecho siempre, sin hacer caso a nadie. Luego se centró en Félix, que andaba por allí esperando al señor Kasperl en lugares apartados del hotel, sentado muy derecho con el cuello estirado y los labios fruncidos, una taza de café junto al codo, un cigarrillo con un buen trozo de ceniza firmemente sujeto entre dos dedos tensos y trémulos. Félix la escuchaba atento, con una sonrisa suave y soñadora.

—¡Oh, Ambrose! —decía ella, con un bufido despectivo—. Las cosas que podría contarte del pobre Ambrose...

Y seguía cotorreando, en tonos crecientes de sinceridad vehemente, mientras se le formaba en el café una película arrugada y el cenicero de la mesa baja que tenía delante rebosaba con una espesura de colillas manchadas de carmín, las menos dañadas de las cuales Félix recogía y guardaba cavilosamente en su lata de tabaco.

El estudio fotográfico, una tarde de invierno, el fuego de gas silbando. Me gustaba aquello, el desorden, la calma, el olor a productos químicos, la luz granulosa que parecía, en aquel extremo muerto del año, descender del techo, un elemento denso y extraño, como pálido humo. Allí se extendía a mi alrededor por todas partes otro mundo, un revoltijo de imágenes. Qué precisas eran, qué claras, aquellas imágenes del mundo de los muertos. Las examinaba minuciosamente, una a una, como buscando a alguien al que conociese, un rostro familiar, con una sonrisa borrosa y un copete extraño, mirando desde aquella mesa de merienda campestre, en verano, bajo el sol, entre árboles. Creo que no me habría sorprendido nada si aquel rostro hubiese sido el mío, tan real parecía aquel mundo, y tan fugaz parecía, no sé por qué, el mundo real. Sophie, sentada junto al fuego, volvió la vista hacia la puerta con una sonrisa expectante. Yo no había oído nada, entraba Félix.

—Hola, Hansel —dijo—. ¡Vaya, y también está aquí Gretel!

Miró a uno y después al otro, sonriendo. Traía un vestido blanco enrollado voluminosamente al brazo.

—Mirad lo que encontré —dijo.

Era un vestido de novia, lleno de complejos bordados, la gruesa seda deshilachada y corroída por los años. Sophie se levantó con un grito gozoso y

se lo quitó y se lo puso por encima y se echó a reír, girándose a un lado y a otro. Félix se llevó una mano al corazón y exclamó:

—¡Oh, tú, novia aún intacta del silencio!

Luego sacó un velo blanco arrugado y se lo puso en la cabeza con un gesto teatral. Ella se echó a reír de nuevo, haciendo rodar la lengua sobre el labio inferior, y salió corriendo de la habitación. La oímos subir a toda prisa las escaleras y recorrer los dormitorios, buscando un espejo. Félix, riendo entre dientes, se acercó al fuego de gas, se frotó las manos ante la llama, los ojos alzados hacia la ventana. Un puñado de lluvia azotó el cristal con un estrépito apagado. Los grajos chillaban fuera en los árboles ensombrecidos. Félix tarareó la marcha nupcial y me miró sonriente por encima del hombro y cantó con suavidad:

*Aquí llega la novia,
pensando en una cabalgada...*

Volvió a reírse y paseó lánguidamente por la habitación, cogiendo cosas y echándolas a un lado. Luego me miró burlón y dijo:

—¿Qué estás pensando, niño ave?

—Nada.

Yo estaba pensando que siempre le tendría un poco de miedo a Félix.

—¿Nada, eh? —dijo—. Bueno eso es mentira, lo sé. Estás pensando cosas sucias, ¿verdad?

Puso cara de mono y se acuclilló y cabrioleó, aullando suavemente. Tuve que reírme. Entonces volvió Sophie, arrastrando tras ella el baúl de los disfraces del armario de debajo de las escaleras. Se había puesto el vestido de novia sobre su propia falda, y también un maltrecho sombrero de copa que Félix había encontrado en el desván. El vestido le quedaba demasiado pequeño y le colgaba torcido, atascado en una cadera, le sobresalían los tobillos y las muñecas. Hurgó en el baúl y sacó un frac polvoriento y unos pantalones grises a rayas y me los ofreció. Pero Félix tenía otros planes. Le hizo un rápido signo y ella se rió y se quitó el vestido y se lo dio. Él se volvió a mí.

—Vamos, queridito —dijo—, tú eres la novia.

Yo retrocedí pero él me siguió, riéndose, y me echó por la cabeza el vestido como una red. Me estremecí ante el frescor resbaladizo de la seda. De los pliegues y dobleces secretos se alzaba un olor a alcanfor y a cera y algo más que era indescriptible, un olor rancio y vago y femenino. El corpiño me

pellizcaba los sobacos, las faldas colgaban pesadamente contra mis rodillas. Sophie se puso a reír y a dar palmadas.

—*¡Salve!* —exclamó Félix—. *¡Salve, vagina coeli!*

Me colocó el velo en la cabeza y Sophie sacó un lápiz de labios y me pintó la boca frunciendo el ceño concentrada y mordiéndose la punta de la lengua. Luego rebuscó de nuevo en el baúl y sacó un elegante par de zapatos blancos de tacón alto. Luego se arrodilló y me quitó los míos y alzó la cara hacia mí sonriendo, asiendo mi húmedo talón en su mano.

—*¡Tarara!* —gorjeó Félix—. *¡El zapato le vale!*

Me aventuré vacilante con aquellos zapatos larguiruchos, las pantorrillas temblando. Me sentía sofocado y aturdido. Se alzó en mi interior un estremecimiento de agitación que era en parte placer y en parte repugnancia. Era como si dentro de aquel vestido no estuviese yo mismo sino algún otro, otra carne, flexible, dócil, completamente a mi merced. Cada paso tembloroso que daba era como el espasmódico culebreo de un cautivo al que tuviese firmemente apretado contra mi corazón implacable. Capté mi imagen reflejada en un fragmento agrietado de espejo en la pared y durante un segundo me miró otra persona, sonriendo desconcertada y demencial, desde detrás de mi rostro.

—Radiante —dijo Félix, llevándose las manos al pecho—. Sencillamente radiante. En fin, la propia señorita Havisham no estuvo jamás ni la mitad de arrebatadora.

Sophie se puso la chaqueta del frac e inclinó la chistera hacia un lado en un garboso ángulo, cogiéndome del brazo. Félix nos hizo una reverencia, bendiciendo al aire y mascullando.

—En nombre del pajillero, el maricón y el puerco sagrado, yo os declaro patatas y pollo. Aleluya. Que a lo que el perro ha unido, ningún hombre le arroje jamás un cubo de agua.

Se inclinó de nuevo solemnemente y cerró los ojos, moviendo los labios en una invocación silenciosa, luego nos dio la espalda y alzó los brazos y entonó:

—*Hic est hocus, hoc est pocus.*

Luego un pedo sonoro.

—*Nunc dimittis. Amén.*

Sophie me apretó el codo con fuerza a su costado y apoyó la cabeza contra la mía, estremeciéndose de risa. Yo con los tacones era tan alto como ella. Capté su aroma cálido a lilas. Félix se frotó las manos.

—Ya está —dijo—. Ahora la foto.

Sacó una cámara de caja de madera montada en un trípode y la colocó delante de nosotros y se inclinó y atisbo a través de las lentes, meneando el trasero y arrastrando los pies.

—¡Mirad el pajarito, ahora! ¡Ya está! Se acabó.

Retiró la cámara a un lado y se dirigió bailando hacia la puerta.

—Vamos, caballeros —gritó—. ¡Vamos, Cenicienta, mueve esos pies con audacia!

Abrió la puerta de par en par y salió de espaldas al pasillo con los brazos alzados, dirigiéndose a sí mismo en su canción.

¡Tum tumty tum!

¡Tum tumty tum!

Avancé tambaleándome con los tobillos temblequeantes. Sophie, estremecida por la risa, se apoyó en mi brazo, pensé que íbamos a caernos los dos. Giré la cabeza y la besé rápida y torpemente en una esquina de la boca. Se echó a reír, lanzando su aliento cálido contra mi cuello.

—¡Eh, eh! —dijo Félix, blandiendo un dedo—. ¡Nada de besitos! *Das is verboten.*

Seguía retrocediendo delante de nosotros, cantando y moviendo los brazos descontroladamente. Tras él apareció un hombre de abrigo de pelo de camello que salió de la biblioteca y se quedó parado, mirándonos fijamente. Sophie me clavó las uñas en el brazo. Ante el silencio súbito, Félix se detuvo y miró detrás de él y su sonrisa se volvió un borrón. Dejó caer los brazos.

—Vaya —dijo entre dientes—, pero si es el Príncipe Encantado.

Era un hombre alto, joven, de cabello oscuro, hombros anchos y pies pequeños y una cabecita lisa. Llevaba unas gafas de cristales gruesos, con las que los ojos parecían mirar fijamente hacia adelante en seria conjetura. Tenía la nariz grande y pálida y un bigotito negro como una huella dactilar tiznada. Los zapatos negros y caros eran estrechos y estaban muy limpios y brillantes. El abrigo parecía como demasiado ocupado, como si hubiese un hombre alto encogido dentro de él con un acompañante pequeño e imperioso sentado en sus hombros. Salí del vestido con un forcejeo y lo tiré detrás de mí. Su mirada pasó de mis pies descalzos a la chistera de Sophie, las cejas enarcadas, luego clavó sus ojos saltones en Félix y dijo:

—El señor Kasperl.

Félix hizo una especie de inclinación serpenteante, riendo entre dientes y frotándose las manos.

—Oh, no —dijo—, no, yo no soy Kasperl.

La mirada seria se hizo aún más seria.

—Quiero decir dónde está, ya sé que no es usted.

Félix se inclinó de nuevo entre risas.

—Ah, ya entiendo —dijo—, ya entiendo. Bueno, yo creo que está en la mina.

Hubo una pausa. El joven alto se metió las manos en el bolsillo del abrigo y echó un vistazo al pasillo.

—La mina, ¿eh? —dijo.

Parecía escéptico. Su mirada se posó en las tiras colgantes del empapelado y frunció el ceño. Se volvió otra vez a Félix.

—¿Usted sabe quién soy?

Félix sonrió obsequiosamente.

—Sí, creo que yo...

—El nombre es D'Arcy. Estoy aquí en representación de determinados intereses. ¿Me entiende?

—¿Determinados...?

—Sí. Determinadas partes. Acabo de llegar.

Mantuvo sus ojos de pez centrados en Félix un instante, con una mirada enérgica y significativa. Félix rió entre dientes. Hubo otro silencio. Sophie se estremeció y lanzó un suspiro muy leve, soltándose el brazo.

—Bueno, entonces —dijo D'Arcy, súbitamente activo—, echaremos un vistazo, ¿no?

Giró sobre los talones y avanzó por el pasillo adelante. Félix hizo una mueca a su espalda, balanceando la cabeza y sonriendo, la lengua colgando. Sophie pasó por delante de él y siguió a D'Arcy al salón.

—¡Huh! —dijo Félix—. ¡Contemplad a la sirvienta del Señor!

En el salón, Sophie estaba abriendo las contras. Se volvió a D'Arcy con una sonrisa luminosa, como si hubiese dejado entrar la luz sólo para él. D'Arcy la miró dubitativo.

—¿Y usted —dijo—, cómo se llama?

Ella se encogió de hombros, sin dejar de sonreír. Félix tosió y se llevó la mano a la boca y dijo:

—Sorda, me temo.

En la frente pálida y lisa de D'Arcy apareció una arruga.

—¿Sorda?

Félix asintió con una expresión triste.

—Como una tapia, sí, y también muda.

D’Arcy miró hacia mí.

—¿Y...?

Félix asintió de nuevo.

—Muy triste —dijo—. Mucho.

D’Arcy le miró escrutador en silencio un instante, luego se giró con un gesto brusco y salió de la habitación. Sophie le siguió presurosa. Félix, doblándose en una risa muda, me cogió del brazo.

—¡Oh, Dios mío —susurró—, qué imbécil!

Pero no estaba tan tranquilo como aparentaba.

D’Arcy se había ido al piso de arriba, con Sophie pisándole los talones. Le seguimos. Iba de dormitorio en dormitorio, lanzando a su alrededor una mirada reprobatoria ante el polvo y el desorden, resoplando severo por la nariz.

—¿Y ustedes viven aquí? —preguntó incrédulo.

Félix señaló hacia el techo.

—Allá arriba.

—¿Arriba?

—En el desván. Esta casa tiene varias mansiones.

Se echó a reír. La mirada de D’Arcy era fría.

—¿Ah sí? —dijo.

—Es ventilada, ¿sabe? Hay unas vistas maravillosas. Y luego, las estrellas de noche, como..., como...

D’Arcy se acercó a la ventana y se quedó mirando afuera, al crepúsculo, las manos unidas a la espalda. Félix hizo otra mueca grotesca, se metió los pulgares en las orejas y movió los dedos, sacando la lengua. Sophie le miró ceñuda.

—Esto no es satisfactorio —dijo D’Arcy casi con suavidad, como para sí—. Esto no es satisfactorio, ni mucho menos.

Se volvió a Félix.

—¿No es así? —dijo—. No se ha hecho nada, ninguna reparación, hay basura por todas partes, gente vestida con andrajos, descalza.

Félix sonrió alzando las manos vacías.

—No es el paraíso, lo admito —dijo—. Pero a nosotros nos basta, señor.

—No me interesa lo que le baste a usted —dijo D’Arcy, con una mirada terrible.

Bajamos las escaleras todos de nuevo, tras la estela de D'Arcy. Se paró en el vestíbulo y se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo blanco immaculado. Sus ojos retrocedieron bruscamente en el cráneo, dos cuentas brillantes y minúsculas. Nos miró ciego, las gafas relumbrando en las manos.

—Ha habido informes —dijo—. Sobre un asunto de dinero, una especie de acuerdo particular. Tengo que hacer investigaciones.

Se puso las gafas solemnemente y nos miró con dureza uno a uno.

—Tendrán noticias nuestras, desde luego.

Se dirigió hacia la puerta principal. Sophie llegó antes que él, la abrió lentamente, sonriendo con avidez y mirándole a la cara. Él eludió su mirada y salió a la lluviosa oscuridad. Su coche aguardaba en la grava, una máquina grande ostentosa y dorada, el techo punteado de lluvia. Se abrochó el abrigo.

—Explíqueselo al señor Kasperl —dijo por encima del hombro—. Tendrá noticias nuestras.

—Oh, lo haré —dijo Félix—, se lo explicaré.

D'Arcy titubeó, mirando la chistera de Sophie, la sonrisa atenta de Félix, los rastros de lápiz de labios de mi boca. Estaba a punto de decir algo más pero una gota gorda de lluvia del canalón le cayó por la parte de atrás del cuello de la camisa y se estremeció, le temblaron los omoplatos como alas. Se volvió y bajó las escaleras rápidamente. Sophie estuvo diciéndole adiós hasta que las luces traseras del coche se perdieron de vista por el camino abajo. Félix frunció el ceño, golpeando con el puño de una mano en la palma de la otra.

—Cómo llegó aquí —murmuró—, ese...

Se dio cuenta de que yo le observaba y sonrió.

—Problemas arriba en la mina, ¿eh? —dijo, con un guiño—. Y con ellos, también.



TUVE un sueño en que aparecía D'Arcy, un ser inmenso que bajaba lentamente a través de un agujero del tejado de Ashburn, embutido en su lujoso abrigo dorado, los ojos vidriosos mirando fijamente y los brazos cruzados sobre el pecho. Caía la lluvia tras él a través del agujero y pájaros muertos y ramitas y trozos de papel. Ahora, pensé, ahora cambiará todo, todo se acabará. Pero no pasó nada. Un día llegó una carta para el señor Kasperl, en un sobre grueso y blanco con el nombre de D'Arcy y la dirección de un gabinete jurídico grabada en relieve en el reverso. Félix se la llevó a la oreja y la movió cautelosamente, con ansiedad burlona. El señor Kasperl la leyó impasible y la tiró a un lado. Sophie la recogió reverentemente. Entre las marionetas alineadas en la pared de su habitación, una había adquirido un abrigo y gafas pintadas y una peluca rudimentaria de lana negra pegada con cola.

Mi madre se enteró de la visita de D'Arcy a través de tío Ambrose. Cabeceó sombríamente. Pronto se aclararía aquel embrollo, dijo, oh sí. Miró a su alrededor buscando asentimiento, luego frunció el ceño y se giró. Todos estaban contra ella. Primero la había abandonado tía Philomena, luego tío Ambrose. La muerte de Jack Kay había sido también una deserción. Y ahora estaba sola. Nunca mencionaba Ashburn o a sus inquilinos por el nombre. Era siempre ese lugar y ellos, la boca tensa se le ponía blanca. Luego se quedaron todos en silencio mirándose las manos, como si hubiese dicho algo estúpido o de mal gusto y sintiesen apuro por ella. ¿Cómo podía ser que no entendieran? Se estaba destruyendo algo, pisoteando. Pensó en el pasado. De niña había trabajado en una mercería del pueblo. Había sido feliz en aquel santuario oscuro. La áspera textura de la vida tal como la conocía en la casa de labranza de Ashburn había dejado paso allí a la suavidad de las sedas y las telas. Los mostradores resplandecientes, los accesorios de metal, hasta los espejos, tenían un tacto satinado bajo sus dedos, suntuoso y fresco. Lo que más le gustaba era la primera hora de la tarde, cuando había poco trabajo y podía simplemente estar allí en medio de toda aquella paz, escuchando las voces apagadas de las otras dependientas que cotilleaban en el departamento de lencería, mientras en el lejano extremo de la tienda el mercero, un hombre gordo con gafas de medio cristal, sacaba rollo tras rollo de tela e iba

desplegándolos con un golpecito diestro y una mano blanca, mirando sonriente por encima de las gafas a la clienta que tenía delante, plantada allí, las medias arrugadas y un sombrero de plumas, canturreando pensativa con un dedo en la mejilla. Pero le gustaban también los sábados a última hora, cuando todo era ruido y bullicio, y los cilindros de madera de los cables de arriba zumbaban a un lado y a otro desde la oficina de cobros, y sazonaba el aire un suave aroma de sudor. Su sección había sido la de mercería. Tenía un mostrador para ella sola, provisto de varios cajones minúsculos y paneles de cristal y muestrarios de terciopelo, como una caja de juguetes muy complicada. Acariciaba soñadoramente las baratijas que tenía a su cuidado, los carretes de hilo, los botones de marfil, de hueso, de nácar, los paquetes de alfileres y de agujas alineadas resplandecientes, y pensaba en aquel paraíso de gracia y de tranquilidad que había vislumbrado tras los verdes parterres de Ashburn.

Luego se había casado y un día de principios de primavera el mercero la llamó a su despacho particular que quedaba detrás de la oficina de cobros. Ella se quedó inmóvil ante el escritorio, intentando encoger un vientre ya abultado. Observaba cómo se movían los labios del mercero. No quería mirarla a los ojos. Cuando acabó, ella no dijo nada. Él tiró el lápiz sobre la mesa.

—Después de todo —exclamó petulante—, esto es una tienda de artículos de moda, hija mía, ¡y mírate!

Ella recorrió la larga extensión de la tienda, pasando el dedo por el mostrador, hasta la puerta y el día gris de marzo, sintiendo un centelleo de dolor dentro de sí como una espada llameante.

Éstas son las cosas en que ella pensaba, éstas son las cosas que ella recordaba.

Cuando volvía de Ashburn me paraba a veces en Coolmine. Me gustaba vagar entre los montones de tierra y los lagos de cristales rotos, había algo lúgubramente satisfactorio en aquella enorme extensión de basuras. Los camiones de las fábricas habían construido una rampa de arena y escombros, por los empinados taludes de la cual vagaba yo, sintiendo un estremecimiento de pánico cuando todo el terraplén en varios metros a mi alrededor empezaba a moverse y a deslizarse. Afloraban toda clase de cosas en estos desprendimientos y se hundían de nuevo lentamente en los escombros removidos, muelles oxidados y placas de metal troqueladas, y volutas de virutas de acero con los bordes plegados y un brillo desnudo y subterráneo. Habían vuelto los quincalleros. Pero les había pasado algo. Ya no buscaban

chatarra, sino que se sentaban por allí en grupos, desconcertados, peleándose y quejándose, bebiendo de grandes botellas marrones. Cuando pasaba yo me gritaban, llamándome jodido mierda y ofreciéndome un trago. Tenían las caras devastadas y unos ojos enloquecidos e inyectados en sangre. A veces uno de ellos se levantaba y venía saltando detrás de mí, intentando decirme algo, agitando un brazo harapiento. Recuerdo sus bocas, agujeros suaves e informes, como heridas a medio curar.

El trabajo en la mina iba despacio. Había habido desprendimientos e inundaciones. Los hombres no estaban contentos, me los encontraba arrastrando los pies camino de casa al anochecer, hoscos y sombríos, el blanco de los ojos centelleando. Félix estaba harto.

—Es hora de largarse —decía—. Aquí no queda nada. Mira.

Estábamos al borde de la rampa, encima de la bocamina. Salían hombres del agujero, otros bajaban. El camión estaba aposentado beodamente a un lado de una pista sucia de tierra donde se había parado un día, para no volver a ponerse en marcha. Podíamos ver al señor Kasperl sentado en la cabina, con sus planos y con su puro. Un viento gris levantaba un enjambre de polvo de la ladera cenicienta, trayendo hasta nosotros una vaharada de azufre de los patios del ferrocarril que quedaban al otro lado de la carretera. Enfrente había una amplia salina, y tras ella, a lo lejos, el mar. Todo impropio, sin embargo, ciertamente, en aquella geografía, o debo decir topografía. No importa. Félix batió palmas en el frío.

—Sí —dijo—, es hora de irse.

Seguimos caminando por la rampa. Debajo, al pie del terraplén, se deslizaba entre orillas de liso barro azul un chorrito de agua. Yo había visto una vez un martín pescador allí, un centelleo de seda opalescente, rozando la superficie. Ahora el agua reflejaba un cielo de acero.

—¿Y tú qué, niño ave? —dijo Félix—. ¿Te gustaría venir con nosotros? Podrías estar con tu Leda. Podríamos ir, bueno, a cualquier parte. Sitios extranjeros. Ver cosas. Caballos salvajes en la llanura de Moscovia, comitivas de camellos en el Sahara. La selva. Chicas negras pataleando alrededor de un fuego en pelota. ¿O qué te parece el lejano norte? Las mujeres esquimales son resbaladizas como anguilas, y meten la lengua en cualquier parte.

Se echó a reír.

—¿Qué me dices?

Yo no decía nada. Bajamos por el terraplén y seguimos por la pista en dirección a la entrada. Yo estaba pensando en..., bueno, en nada. No pensaba

en nada. De pronto Félix se echó a reír sonoramente y me dio una palmada en el hombro.

—¡Oh Malvolio! —exclamó—. ¡Qué cara tienes!

El señor Kasperl estaba mirándonos a través del sombrío parabrisas. Félix le hizo señas alegremente.

—Hay que apartarse de él también —dijo—, de su servicio.

Me cogió del brazo.

—Y tú —añadió—, tú deberías apartarte de él también. Te lo digo en serio. Es demasiado..., demasiado negativo. Yo ahora estoy por las cosas positivas, reglas, orden, seguridad. Eso es lo que nos gusta, a ti y a mí. ¿No me crees? Bueno, ya lo verás. El mundo es grande. Tengo planes.

Entonces oímos la explosión, o la sentimos, más bien, una especie de temblor bajo los pies. Después, durante un instante, todo se quedó quieto.

—¡Epa! —dijo Félix suavemente, y soltó una risilla boba.

Surgió un griterío confuso. Ascendió rápidamente en el aire por encima de la bocamina una bocanada de humo, giró sobre sí misma. Parecía algo extrañamente festivo. El señor Kasperl se estaba bajando ya del camión. Habían empezado a aparecer tambaleantes sobre los escombros, sobre piernas de goma, individuos que salían de la bocamina. Corrimos hacia ellos. Yo lo que quería era escapar de allí a toda prisa, pero no pude evitarlo. Qué impresionante resultaba la sangre en sus rostros ennegrecidos. Emitían un ruido extraño, quejumbroso. Un hombre al que le habían volado los pantalones con la explosión se arrodilló en el barro, llorando, las manos unidas como si rezara. Otro estaba de pie y maldecía, blandiendo los puños contra todos los que se le acercaban. Me di cuenta de que había perdido un ojo, donde había estado el ojo había sólo una masa violácea. Brotaba humo de la mina y abajo en las profundidades alguien chillaba firmemente, en cortos estallidos, como un bebé, ¡ay!, ¡ay!, ¡ayyyy! El señor Kasperl estaba rígido e inmóvil encima de un montecillo de pizarra, en una actitud estatuaria, los puños cerrados a los costados y la cabeza echada hacia atrás, contemplando la escena que se desarrollaba en torno suyo con una expresión que más que de sorpresa parecía como de escepticismo, como si todo fuese un espectáculo montado para engañarle, y él se hubiese dado cuenta. Volvió la vista receloso hacia Félix, que alzó las manos y retrocedió con una risa, moviendo la cabeza.

—No me mire a mí, jefe —dijo—. Yo tengo una coartada.

En uno de los túneles había explotado no sé qué tipo de gas. Habían muerto dos hombres y había docenas de lisiados. La noticia salió en todos los periódicos. Escribían mal el nombre del señor Kasperl. A Félix no le mencionaban, lo que provocó uno de sus accesos de rabia, y estuvo varios días sin hablar con nadie, encerrado en un silencio hosco y ofendido.



LA primavera llegó pronto aquel año... no, me equivoco, llegó tarde. Pero cuando llegó fue gloriosa. Recuerdo los junquillos floreciendo en el césped de Ashburn. En la mina se habían paralizado todos los trabajos. Los postes del entibado se pudrieron. La gente decía que el lugar estaba embrujado, se oían estruendos espectrales bajo tierra y a veces se veía centellear de noche sobre la mina un resplandor azulino. Tío Ambrose llegaba todas las mañanas a las nueve en su coche y se pasaba una hora sentado fuera de la casa. Luego, lenta y tristemente, se iba otra vez. El señor Kasperl no salía, bajaba y subía las escaleras rechinantes y recorría las habitaciones vacías. Me lo tropezaba en rincones extraños, de pie inmóvil, como un autómeta paralizado, con la mirada vidriosa, ausente. Se había apoderado de él una especie de parálisis. Se quedaba sentado en su habitación con el cuaderno negro abierto en las rodillas, mirando con los ojos en blanco las páginas. Tenía un aire extraño, distinto al resto de nosotros. Podría haber venido de un país en el que no viviese nadie más.

Una mañana temprano llegué al desván y me encontré a Félix acucillado en el pasillo a la entrada de la habitación de Sophie. Se llevó un dedo a los labios y señaló. La puerta estaba entreabierta. Ella estaba aún en la cama, de costado, con una mano bajo la mejilla y los ojos cerrados. En la ventana circular que había sobre ella se había posado una niebla blanca y luminosa, encendida por un sol pálido. Su ropa estaba tirada desordenadamente en una silla junto a la cama. El señor Kasperl estaba un poco separado de ella, como hundido en sus pensamientos, palpándose el grueso labio inferior con el pulgar y otro dedo. Fuera, bajo los aleros, emitió su nota suave y lasciva una paloma.

—¡Mira! —susurró Félix alegremente, apretándome la muñeca—. ¡Mira ahora!

El señor Kasperl avanzó un paso hacia el costado de la cama, y se detuvo, observando la cara de Sophie. Luego, laboriosamente, haciendo gruñir las botas, se arrodilló junto a la silla y cogió las ropas de Sophie en los brazos y enterró la cara en ellas, aspirando suavemente. Félix emitió un risilla y se tapó la boca con la mano. El señor Kasperl estaba absorto, con la nariz hundida en la masa de sedas, devorando sus fragancias secretas, con un temblor en los

hombros gordos y viejos. Sophie había abierto los ojos y le miraba muy tranquila. Luego miró hacia la puerta y nos vio allí, las caras pegadas a la rendija. Sonrió.

—¡Oh, mírale, mira! —cuchicheaba Félix en éxtasis—. ¡Oh, ese viejo animal asqueroso!

Félix también estaba de capa caída. Había habido una pelea en Blacke's, unos parientes de uno de los hombres que había muerto intentaron agredirle y tuvo que escapar por la puerta trasera. Estaba indignado. ¿Por qué le perseguían a él? No era culpa suya. Probablemente uno de aquellos brutos (quizás aquel mismo Paddy o el propio Mick, o como se llamase) hubiese encendido un pitillo allá abajo. Pero los ánimos estaban exaltados en el pueblo. Mi madre escuchaba todo lo que se decía y decidió que había llegado el momento de actuar. Llegué a casa una noche y la encontré planchando su mejor vestido, sus guantes blancos de algodón, aporreando con la plancha en la tabla con golpes furiosos. Estaba allí tío Ambrose, colorado y ceñudo, mirando fijamente al suelo e intentando controlar los temblores de las rodillas. Mi padre enarcaba una ceja cautelosa.

A la mañana siguiente tío Ambrose les llamó desde el coche. Mi madre estaba ya esperando, sentada junto a la ventana, en el gabinete, con el bolso y el sombrero y los guantes blancos. Era un domingo de mayo, recuerdo el sol en la ventana, el olor denso del colorete de mi madre. Mi padre, afeitado y cepillado, bajó renqueando por las escaleras, hablando entre dientes. Tío Ambrose se retorció las manos acongojado. Me lanzó una mirada furtiva, la nuez subiendo y bajando. Ashburn nos había seducido a los dos, en realidad. Parecía como fajado dentro de aquel traje tan ceñido. Los tres se pararon en la acera bajo el sol un instante, un poco desconcertados por la luz, la brisa alegre, los árboles que empezaban a florecer delicadamente. Luego tío Ambrose encabezó el cortejo camino del coche y se aposentó en el asiento del conductor con su cuidado habitual. Mantenía el volante a la distancia de un brazo, como si le tuviese miedo, y empezó a darle a los pedales y a accionar el regulador mientras subían los otros. Mi padre se sentó a su lado, mi madre ocupó el asiento de atrás. Me estaba diciendo algo, pero la ventana estaba cerrada y no podía accionar la manivela. Luego el coche chilló cuando tío Ambrose pisó sus partes inferiores y la última cosa que vi tras el decorado reflejado que se deslizaba sobre el cristal, fue el rostro borroso de mi madre hablando sin sonido mientras se la llevaban.

Fue tía Philomena la que vino a por mí. Al principio pensé que estaba borracha. Tenía la boca torcida, le colgaba una hebra de cabello sobre la mejilla. Cuando abrí la puerta ella estaba ya hablando. Tenía la voz apagada por algo que me pareció una risa demente.

—¡Yo no sé nada! —gorjeaba—. ¡Me telefonearon, no quisieron decirme nada!

Cruzamos el pueblo a toda prisa. Era domingo y las calles estaban desiertas. Un disco cegador de sol rodaba a nuestro lado en los escaparates de las tiendas. Tía Philomena se bamboleaba sobre sus tacones altos, sudando y murmurando. «¿Es usted pariente?», decía una y otra vez. «¿Es usted pariente?». Eso me preguntaba. Pariente, ¡es increíble! ¡Qué cara!

El hospital era un edificio alto y blanco sobre un cerro, impresionante bajo el sol de primavera, como un gran hotel de un país meridional. Las ventanas estaban infestadas del azul festivo del cielo. Allí existían otras especies, completamente distintas de tía Philomena y de mí, seres frágiles, descoloridos, ennoblecidos por sus heridas secretas. Hasta los visitantes que bajaban por las escaleras tenían un aire especial (pensativos, solemnes, un poco desconcertados) como si hubiesen entrado un poco achispados pero estuviesen despejados ya. El vestíbulo de entrada olía a té y a cera de suelo. En recepción había una monja con una complicada toca alada escribiendo en un libro contable. Tía Philomena y yo esperamos, plantados en el parquet resplandeciente, en medio de un silencio enorme. Por fin llegó una enfermera, una persona pequeña y pelirroja, con unos ojos muy bonitos, bordeados de rosa, y un reloj que le colgaba de una correa prendido en el pecho. Me fijé en sus zapatos blancos y limpios. Nos dijo su nombre, que yo olvidé inmediatamente, y nos estrechó la mano con ternura. Tenía una mano caliente y seca, me apretó con ella la mía como si me hiciese un pequeño regalo, mirándome en silencio, con una especie de fervor benévolo. Nos guió a lo largo de un pasillo y luego por un tramo curvado de escaleras arriba. Una ventana ancha daba por encima del pueblo a una faja lejana de mar azul oscuro. En el descansillo, en una hornacina, había una imagen de tamaño natural del Salvador que exhibía displicente un corazón rojo rubí ardiendo. El rostro era de dama barbuda, liso, cremoso y triste.

Entramos en un pabellón enorme lleno de luz y ruido, parecía un gimnasio. Mi padre y tío Ambrose estaban acostados en camas contiguas, inmóviles y pálidos como caballeros de mármol. Tenían los dos la mano derecha posada sobre el corazón y el brazo izquierdo extendido al costado y

conectado por un tubo a un frasco sujeto en un soporte. Tenían los dos el cráneo envuelto en un vendaje. Respiraban levemente al unísono. A tío Ambrose le brotaba la nariz de la cara como un hacha de piedra, nunca me había dado cuenta de que fuese tan grande. Abrió los ojos y nos miró a tía Philomena y a mí con un aire leve de sorpresa.

—¡Señor Swan! —gritó la enfermera con fuerza sorprendente—. ¡Tiene usted visita, señor Swan, mire!

Pero él no mostró ninguna reacción, y al cabo de un momento cerró los ojos de nuevo con un suspiro ondulante.

Mi padre siguió durmiendo tan tranquilo.

Apareció un médico, un joven corpulento de ojos inquietos con un lacio mechón de pelo pardo colgando sobre la frente. Había estado tomando el té, aún había migas en las solapas de la bata blanca y le olía el aliento cálidamente a tarta.

—El parabrisas —dijo, golpeando con el puño de una mano en la palma de la otra—. Así. Tuvieron suerte. Dice que se le metió debajo de la rueda un perro negro grande.

Tía Philomena se volvió a un lado con un sollozo sofocado, apretándose la boca con el pañuelo. El médico se miró los zapatos y arrugó el ceño. En una cama del pasillo de enfrente había un corpulento anciano de pijama a rayas sentado que nos observaba atentamente con unos ojos ávidos e inflamados.

—Bueno —dijo con viveza el médico—, querrán ustedes...

Tía Philomena, que aún estaba mordiendo el pañuelo, movió la cabeza violentamente, lanzando otro sollozo ahogado.

Seguí al médico fuera del pabellón, escaleras abajo, más allá de la imagen de la sonrisa boba y de la ventana panorámica. Subía por la escalera un ruido de teteras y un tintineo de loza. El médico caminaba parsimoniosamente delante de mí, las rodillas oscilando hacia afuera como codos, la bata blanca hinchándose. Me dijo su nombre, pero también ése lo olvidé. Un portero jorobado con bata verde de hospital cruzó al fondo de las escaleras. El médico le llamó y se paró y alzó la vista hacia nosotros cauteloso, una mano apoyada airoosamente en el bolsillo de la bata, como si empuñase una pistola. Tenía el cabello, negro y áspero, muy untado de brillantina y gafas de cristales gruesos y de montura grande que parecían una parte de él, como un armazón de hueso que le hubiese crecido en el cráneo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El médico habló con él discretamente, y él asintió y nos guió por un pasillo, sacando del bolsillo un manojito enorme de llaves que colgaban de un

aro de metal. Yo no podía apartar la vista de su joroba. Entramos en un pasadizo en curva de un verde fosco con ventanitas redondas como portillas en lo alto de la pared y llegamos a una puerta metálica gris, y allí nos detuvimos y esperamos a que el portero buscara entre sus llaves. El médico echó hacia atrás la bata y metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Domingo —dijo, encogiendo los hombros exculpatoriamente—. Lo cierran todo.

La puerta se abrió a un cuarto pequeño iluminado por una bombilla balanceante. Había un gran armario de puertas de acero empotrado en la pared. El portero lo abrió de un empujón, desplegando tres cadáveres congelados limpiamente apilados en repisas móviles. Contemplé la parte superior de sus cabezas, las orejas descoloridas festoneadas de jirones de humo escarchado. El portero se inclinó y leyó las etiquetas de los nombres de las repisas, torciendo los ojos detrás de los gruesos cristales de las gafas y exhibiendo los dientes laterales.

—No —dijo—, aquí no.

Cerró el armario y se dirigió con paso indolente a otro cuarto que había más allá, indicándonos que le siguiéramos. Había una fregadera en un rincón y una mesa con un taburete y una ventanita por la que entraba un haz de sol ancho e incongruente. Nuestras pisadas rechinaban en el suelo de goma. Un carrito. Un cuerpo tapado. El médico eructó suavemente en el puño.

—Hay un trámite, lo siento —dijo, en un tono confidencial—. La identificación. Tenemos que hacerla en un caso como éste. Basta que digas que es ella y ya está. ¿De acuerdo?

El portero retiró la sábana.

—Bueno —dijo, con un pequeño carraspeo profesional.

La mujer del féretro se parecía algo a mi madre. Era más vieja, tenía la frente estrecha y el pelo era también distinto, pero había un parecido, pese a todo, y no supe qué pensar por un momento. ¿Podía ser que aquella fuese de verdad mi madre y que por alguna razón le hubiesen colocado mal la cara? ¿Era por eso por lo que necesitaban identificarla, para poder introducir los reajustes necesarios? Cerré los ojos. No, no, imposible. Luego estaba el problema de qué decir. La turbación abrió sus mandíbulas y me echó en la cara su cálido aliento. Me sentí un imbécil, como si de algún modo misterioso fuese todo culpa mía. El instante se estiraba, más delgado, más y más. El médico estaba empezando a impacientarse. Retrocedí un paso. Tuve que toser para conseguir que la voz funcionase. No, dije, no, creía que no, debía pasar algo, no era aquella... El médico pestañeó.

—¿No...?

—Mi madre. No.

Se volvió rápidamente al portero, que se rascó la cabeza y frunció el ceño. Luego abrió la boca.

—Oh, que idiota —dijo—, un momento.

Cruzó el cuarto y de detrás de un biombo, casi con un floreo, sacó rodando sobre sus ruedas de goma otro carrito, en el que estaba echado el cuerpo de mi madre, envuelto en una manta a cuadros. Tenía las manos unidas. Aún llevaba un guante blanco. Tenía la cara girada hacia un lado, la mejilla apretada contra el hombro. Los ojos no estaban cerrados del todo. No pude ver más señal del choque que un pequeño corte en la frente. Pero había algo en cómo estaba echada, toda envuelta de aquella manera, como si la hubiesen agarrado y sacudido violentamente y dentro de ella todo estuviese roto y hecho pedacitos. Capté un vago aroma de su colorete. El médico se cernía sobre mi hombro. Asentí torpemente, identificando lo que no estaba allí, pues aquello no era mi madre, sino algo que ella había dejado atrás, como un guante perdido.

Las cosas son confusas después de eso. Hay vacíos. Me acuerdo de estar sentado en un cuartito lleno de gente, creo que era un dispensario, con una taza de té gris enfriándose en la mano. Había láminas de colores en la pared a mi lado que mostraban secciones de pulmones y estómagos desbordantes y un enorme corazón carmesí con todas sus válvulas y ventrículos a la vista. Yo sentía una calma profunda, como después de una proeza audaz y agotadora. Parte de mi mente había estado todo el tiempo laborando sola fuera de allí, y de pronto me vino, como si brotara de la nada, una solución a una de las ecuaciones del cuaderno negro del señor Kasperl, en tres suaves saltos simplificadores, brincando a través de la oscuridad en mi cabeza como un rutilante acróbata que ejecutase un salto mortal triple impecable. En el pasillo estaba la enfermera No Me Acuerdo hablando con el doctor Olvidado. Me eché a llorar de pronto. Era como sangrar por las narices. Aquellos sollozos eran una especie de caída inexorable hacia dentro, como si se hubiese abierto dentro de mí un hueco enorme y estuviese cayendo de cabeza por él. La tormenta cesó tan bruscamente como había comenzado. Me sequé los ojos, asustado, un poco avergonzado, y lúgubrementemente orgulloso de mí mismo, sin embargo, de aquel dolor tan absoluto, tan espléndido. Luego se iba el médico y yo le seguí. Subimos por la escalera curvada otra vez. Estaba anocheciendo

ya, me costaba trabajo creerlo. Un crepúsculo enorme y chillón se hundía en el horizonte, como un desastre en el mar. Mi padre y tío Ambrose aún seguían durmiendo. Tía Philomena tenía la cara manchada y torcida. Se apoyó en mi brazo y salimos del pabellón. El vestíbulo de entrada ardía con una densa claridad. La monja de la toca ya no estaba, se había ido volando con sus alas, dejando el libro abierto allí en la mesa. No, no había ninguna monja, la inventé. Volvimos a casa despacio recorriendo las calles desiertas. El cielo, de un azul pálido, acanalado de rojo, estaba muy alto, inmensamente alto. Tía Philomena resollaba y suspiraba. Yo estaba deseando perderla de vista. Los árboles de la plaza estaban floridos, rosa y marfil y blanco purísimo. Pasó por encima aleteando bajo un cuervo con un carraspeo. La llave estaba debajo del felpudo.



LA enterraron en el cementerio viejo de Ashburn, en la misma tumba que su madre y que Jack Kay. Yo iba andando detrás del coche fúnebre. Era un día cálido y brumoso, uno de los primeros del verano. El espino estaba cargado de flores, y había aguileña en las zanjas, y amapolas y madreselvas silvestres. Apareció gente que no había visto nunca, mujeres grandes y corpulentas de feos sombreros y medias con elásticos, y viejos encorvados, ágiles como silvanos, que daban codazos para conseguir hacerse un sitio entre las lápidas cubiertas de hierbas, ansiosos por no perder detalle. Había una pala clavada en ángulo en el montón de tierra de al lado de la tumba. El sacerdote era un individuo bajo, fornido, de cara rojiza. Su voz subía y bajaba con una cadencia quejumbrosa. Trasudaban los campos en torno. La atmósfera estaba cargada de fragancias de heno y polvo y estiércol. Tía Philomena lloraba ruidosamente, plantada allí, los hombros encogidos, los codos pegados a las costillas, como si quisiese impedir que se le desmoronase algo por dentro. Mi padre y tío Ambrose estaban los dos hombro con hombro al pie de la tumba. Las frentes vendadas les daban cierto aire vago de piratas. Tío Ambrose sonreía para sí, murmuraba entre dientes. El choque le había dañado algo en la cabeza, nunca se arreglaría.

Miré alrededor buscando a Félix, pero si estaba allí yo no le vi.

Volvieron todos a casa, las mujeres gordas y los viejos, y se sentaron en el gabinete a beber cerveza y tazas de té y a comer platos de fiambre que había preparado tía Philomena. Había una atmósfera de frivolidad contenida. Era como una fiesta cuyo invitado de honor se hubiese ido a casa pronto. Tía Philomena había traído un ramo de las rosas que tenía mi madre en el jardín y las había puesto en un cuenco en la mesa, colgaban allí en medio de todos nosotros, desnudas, labiadas y húmedas, como los delicados órganos internos de alguna criatura fabulosa, olvidada. Tío Ambrose estaba encaramado en una silla de respaldo recto en un rincón, las manos sobre las rodillas. Era como un muchacho afable y grande engalanado para la ocasión con el traje de tres piezas de otro. No hacía más que mirar alrededor con una sonrisilla taimada,

los labios en silencioso movimiento. Era como si le hubiesen revelado al fin un gran secreto que todo el mundo salvo él supiese desde siempre.

«Ha perdido el juicio», cuchicheaba tía Philomena, los ojos muy abiertos. No podía reprimir un temblor de emoción en la voz. Allí había un drama mucho más espléndido de lo que hasta ella hubiese podido atreverse a soñar.

Por fin se fue la gente y se asentó en la casa un silencio inmenso y consternado.

Tía Philomena subía de Queen Street todos los días para cuidarse de mi padre y de mí. Al principio era todo vivacidad, se remangaba y se lanzaba a hacer las cosas, pero pronto empezó a acusar la tensión. Tío Ambrose no mejoraba. Le habían quitado los puntos de la cabeza, le dijeron que estaba ya perfectamente, pero aún no hacía más que quedarse sentado y sonreír, platicando consigo mismo encerrado en una especie de asombro feliz. A veces era preciso levantarlo de la cama y vestirle. Tenía accesos de incontinencia. Ella le daba de comer con una cuchara.

—¡No sé qué hacer! —decía—. No sé qué hacer.

Y se sentaba de pronto, lívida, y encendía un cigarrillo con una mano que temblaba.

Mi padre estaba siempre en el gabinete. Las horas pasaban blancas, lentas, silenciosas, como icebergs en un mar cristalino. El vendaje de la frente había sido sustituido por un cuadrado de gasa sujeto por dos tiras cruzadas de esparadrado rosa. Empeoró del asma, el aire le zumbaba y ronroneaba en el pecho como el sonido de un reloj oxidado que se dispone a dar las horas. Sus manos apretaban los brazos del sofá, los pies calzados con zapatillas se aposentaban fijos en el suelo. Estaba atento, dispuesto, era como si estuviese esperando que llegara alguien y le explicara cosas, cómo había pasado todo aquello, por qué.

Yo me sentaba en la mesa junto a la ventana en mi habitación, con la cabeza apoyada en la mano, como en los viejos tiempos, lo que me parecían ahora los viejos tiempos. Vivía allí arriba. Encontraba restos de comida olvidados debajo de la cama, o echados debajo del armario de una patada, podridos, convertidos en una pulpa enorme con mechones de pelusa gris azulada. La habitación adquirió un olor rancio, amarillento. Abría la ventana de par en par. El aire estival penetraba por encima del alféizar, vago, sedoso, como aire de otro mundo. Trabajaba perdido en un sueño de números puros. Qué apacibles eran, qué plácidas, aquellas blancas noches de junio. Alzaba la

vista y descubriría que el día se había ido, que la noche se agolpaba resuelta en torno mío, sofocante pero también radiante. Yo era un sonámbulo, que despertaba a una luz extraña en un jardín de estatuas sin ojos, confuso, acongojado, deseando recuperar el sueño interrumpido. Allí todo había sido armonía, la soledad había sido domada, las cosas rotas volvían a estar enteras. Allí, además, en realidad, nunca había estado solo.

Oh, sí, trabajaba. Ashburn, Jack Kay, mi madre, el perro negro, el choque, todo esto, no era como los números, pero también debía tener reglas, orden, algún tipo de pauta. Siempre había pensado en números cayendo en el caos de las cosas como escarcha cayendo en el agua, las bullentes partículas domadas y ordenadas, los cristales articulándose, el frío reticulado expandiéndose en todas direcciones. Lo percibía en mi mente, el crujir de cosas que se paran, la quietud chirriante, el aire blanco aturdido. Pero aunque pudiese ordenar los factores, ya no había ecuación. Todo era oscilación y flujo y sacudida súbita. Superficies que habían parecido sólidas empezaban a ceder bajo mis pies. No podía sostener nada en las manos, todo se escurría entre los dedos inexorablemente. Cero, cantidades negativas, números irracionales, el propio infinito, de pronto estas cosas se revelaban como lo que habían sido en realidad, siempre. Me sentía aturdido. La luz retrocedía. Silbó un mirlo en la oscuridad centelleante. Me tapé la cara con las manos, también eso fluía y se escapaba, los rasgos se fundían, también las cuencas oculares se llenaban, hasta que no quedó más que una máscara lisa y vacua de carne.

Se puso raro el tiempo, nieblas todo el día y ni un soplo de aire, el sol era un pequeño disco pálido colgado en el centro de un cielo lechoso. Al anochecer la niebla se convertía en llovizna, cubriéndolo todo con una capa inconsútil de espuma gris. Las sirenas atronaban y gruñían toda la noche en el mar. Algo estaba pasando debajo de tierra. En las calles se fundía la brea, aparecían finas grietas en las aceras. Los jardineros volteaban terrones humeantes en los que bullían larvas y babosas gordas y ganglios de gusanos gruesos y rosados. La vegetación se desmandaba. Surgían hongos enormes por todas partes, en los parterres de césped, bajo los setos, en los abrevaderos, entre los surcos de las patatas, abriéndose camino a ciegas a través de la tierra tibia igual que cráneos blandos plateados. Empapaba el aire un olor rancio. Las miasmas cubrían la salina en Coolmine. Cuando estaba alta la marea, la bocamina lanzaba géiseres de vapor ennegrecido. Corrían rumores de incendios súbitos, de misteriosos hundimientos. Un niño que jugaba en el

jardín de su abuela cayó por un agujero llameante que se abrió a sus pies en la tierra y lo encontraron chamuscado y gritando, asido a las raíces al descubierto de un árbol, pataleando sobre fauces ardientes.

Yo deambulaba por el pueblo, día tras día. Vi el coche de D'Arcy, y luego un día al propio D'Arcy, sentado junto al ventanal de Black's, muy serio, en el lugar donde el señor Kasperl solía hacer su vela matinal. Empecé a ir de nuevo por la carretera de Coolmine. Vi el sitio donde tío Ambrose había estrellado el coche, a mitad de camino de Ashburn. Había una piedra derribada en el muro, un poste de telégrafos raspado. Aquello era tan poco que me sorprendió. Los camiones estaban utilizando de nuevo el vertedero. Se habían caído las verjas de la puerta, las viejas estaban trabajando con sus sacos de nuevo entre la escoria.

Fui a Ashburn, claro. Anduve rondando por allí, evitando la casa, como solía hacer. Luego un día me encontré a Sophie, como sabía que pasaría. Iba caminando bajo los árboles. Llevaba un cesto de paja al brazo, tapado con un paño. Estaba más delgada, con la cara más pálida, los ojos hundidos. Pero me sonrió con la alegría de siempre, como si me hubiese visto el día anterior. Fuimos hasta la casa. Yo le llevé el cesto. Estaba lleno de ortigas.

Félix estaba sentado en la mesa de la cocina, de espaldas a la puerta, cantando.

*No es ningún secreto
lo que Dios puede hacer,
lo que ha hecho por otro
puede hacerlo por ti...*

Se volvió cuando entramos, y al verme desplegó su sonrisa taimada, y alzó las manos y gritó:

—¡Vaya, mira quién está aquí! Tráeme el ternero cebado inmediatamente.

Sacó su lata de tabaco y encendió una colilla, examinándome con una atención afectuosa. Llevaba el traje de rayas grasiento y un sombrero de cazador. Se había anudado al cuello una bufanda roja de seda. En la mesa había un reloj de fanal abierto por la parte de atrás y con las tripas a la vista. Lo señaló y dijo:

—¿Crees que me darían algo por él?

Sophie estaba echando las ortigas en una cacerola con agua y un puñado de huesos. Félix se rió melancólicamente.

—Ya ves a lo que nos vemos obligados...

Alzó el reloj y lo agitó melancólicamente, produciendo un leve tremolar sonoro, como el tintineo lejano de unas campanillas.

Comimos la sopa de ortigas. Temblaba en la mesa junto a mi muñeca un rombo de sol. Sophie me observaba sonriendo por encima de la cuchara. El señor Kasperl entró parsimoniosamente y se sentó. Me miró una vez y luego apartó la vista. Félix hablaba y hablaba.

—Está ardiendo todo alegremente ahí abajo, al parecer. Y el pueblo está sentado encima. Será un infierno lo que habrá que pagar. ¡Será un infierno!

Me sonrió.

—¿Qué dices tú, niño ave? ¿Es hora de volar?

Sophie recogió la mesa y Félix propuso una partida de cartas.

Jugamos los tres y el señor Kasperl siguió sentado allí, los brazos gordos cruzados y la barbilla hundida en el pecho. Se oyó llegar un coche por el camino arriba. Félix se llevó un dedo a los labios. Oímos llamar ruidosamente en la puerta de entrada y la voz de D'Arcy gritando. Al cabo de un rato se fue. Félix jugó un triunfo. Dijo:

—La pulga común, o *pulex irritans*, que es el nombre que le damos nosotros los científicos, puede sobrevivir viva largo tiempo sin alimento. Le gusta una sabrosa gota de buena sangre roja, de hombre o de doncella, a ella le da igual. No muerde, ¿sabéis?, por divertirse. En realidad, no muerde, sino que pica, más bien, succiona una gota rubí y luego se larga. Su prima, *xenopsylla cheopis*, o pulga de rata, es otra cosa muy diferente, ya que a esta amiguita no le gusta absolutamente nada la sangre humana, en realidad la hace vomitar, lo que es una lata para una personilla tan dinámica. Pero cuando su anfitriona, la rata negra, *rattus*, estira la pata, ella no tiene más elección que perseguirnos. La pobrecilla tiene el proventrículo lleno a rebosar de unos bacilos pululantes, que se llaman *pasteurella pestis*, ¿necesito decir más? En fin, como se mueren de hambre, supeditan la repugnancia a la necesidad y buscan con toda rapidez un organismo humano. Y penetra la aguda probóscide y la faena está hecha, aspira hasta el proventrículo una gota de sangre. Una vez saciada, la Enana Saltarina se relaja, pero, ay queridos míos, parte de esa sangre vuelve, llena de bacilos por desgracia, y penetra directamente por el agujerito practicado. La víctima frunce el ceño y se rasca, mientras la *pasteurella pestis* se encamina atropelladamente a la región de los testes. Transcurre una semana y las bubas se hinchan, hay fiebre, estupor, y, por supuesto, un olor como si el pobre desdichado estuviese ya muerto. Luego lo coge su mujer, también el bebé, luego Fred el cartero, sí, y Fred, el hijo del cartero, luego en un abrir y cerrar de ojos se muere la mitad del pueblo. Vuela

como humo negro, abatiendo a los débiles y a los fuertes, pronto caen en sus garras continentes enteros. Y todo es obra de su majestad, nuestro señor del desgobierno, su majestad la pulga. Así que recordadlo bien, cuando sintáis un picotazo es un honor en realidad y no una ofensa. El rey ha muerto, viva el príncipe, y... ¡y ahí va la sota! La baza es para mí. Y la partida.

Sophie montó un espectáculo de marionetas. Había despejado la mesa de trabajo en el estudio fotográfico e instalado un escenario hecho con cajas de cartón. La parte interna del escenario estaba forrada con fotos. Estaban allí el bebé imperial, y el burro con el sombrero de paja, y el caballero del leotardo y la dama desnuda sentada a horcajadas en la silla, las piernas rollizas bien abiertas. Félix se inclinó para examinarla y lanzó un silbido sordo y me dio un codazo.

—Vaya, vaya —dijo—, esto va a estar muy bien.

Las marionetas daban sacudidas y chacoloteaban, se inclinaban y se balanceaban. Las cuerdas no parecían conducir las sino estorbarlas, como si tuvieran una vibrante vida propia, como si estuviesen intentando escapar. Lo que estaban explicando era mi historia. Allí estaba todo, el encuentro encima del prado, mi primera comida con ellos, la visita de D'Arcy, Jack Kay, el beso, todo.

—¡De primera! —exclamó Félix, aplaudiendo como una foca—. ¡Sí señor, de primera!

Sophie salió de detrás de la mesa e hizo una inclinación. El señor Kasperl estaba en la puerta, balanceando los brazos. Sophie se fue con él.

Fui a dar una vuelta por los alrededores con Félix. Brillaba un sol débil en un cielo blanco. Resplandecían los árboles, aceitados de niebla. Llegaba hasta allí el olor del mar, su gris fetidez. Félix iba mordiendo un mendrugo de pan. Llevaba el sombrero de cazador y un impermeable pardo sucio y una corbata a rayas llena de chorretes.

—Mi atuendo para irme —dijo—. ¿Te gusta?

Tiró el mendrugo. Una gaviota enorme bajó volando de la niebla con alas restallantes y lo cazó en el aire. Félix siguió andando un rato en silencio, chupándose los dientes.

—Sí —dijo—, hay que irse. Esa mina...

Se quedó cavilando un momento, luego rompió a reír.

—El pequeño inversionista, lo he descubierto, carece de sentido del humor. Es un mal perdedor, en todos los sentidos.

Se paró y se volvió hacia mí. Íbamos por el camino de coches. Las copas de los árboles quedaban ocultas en la niebla.

—Escucha —dijo—, ¿quieres saber la verdad, eh? ¿En el principio fue el acto y todo eso? Pues bien, vamos, ven, voy a enseñarte una cosa.

Entramos en la casa, subimos al desván, fuimos hasta la habitación del señor Kasperl. Félix empujó silenciosamente la puerta abriéndola un centímetro. La habitación estaba llena de una luz blanca y plácida. Zumbaba una mosca contra un cristal. El señor Kasperl estaba tumbado en la cama boca arriba, los ojos cerrados, la boca abierta, parecía una gran criatura marina varada en la playa. Tenía las piernas sorprendentemente flacas, con nudosas venas violáceas. Le relumbraba el vientre enorme pálidamente, subiendo y bajando, cubierto de una leve aureola de vello rojizo. El sexo colgaba en la espesura de su nido, lívido, infantil, flácido. Sophie estaba a los pies de la cama, poniéndose la combinación. Alzó los brazos por encima de la cabeza, durante un segundo antes de que la vaina de seda cayese vi sus axilas sombreadas, los pechos plateados, la pequeña mancha de pelo negro que tenía entre las piernas. Luego se volvió y me vio. Sonrió y vino hacia nosotros, una media en la mano. Yo retrocedí y Félix cerró diestramente la puerta.

Abajo buscó en el flácido bolsillo de su impermeable y sacó el reloj de fanal y lo miró.

—Querido mío —dijo—, ¿es esta hora?

En el vestíbulo había una maltrecha maleta de cartón. La cogió.

—Bueno, me voy. Después de veranear alegremente, ¿sabes? ¿Te importa acompañarme al tren?



FÉLIX iba silbando por la carretera de Coolmine, balanceando la maleta garbosamente. Brotaba humo de la bocamina hacia un cielo pálido como albero. Cruzaba la entrada un camión cargado de ladrillos rotos. Un grupo de quincalleros iban caminando por el borde del terraplén de escombros, figuras sombrías y desamparadas contra el cielo blanco. Las rebuscadoras estaban muy atareadas. Colgaban sobre la marisma masas de niebla. Félix se detuvo a observar la escena. Alzó un brazo en un sardónico saludo y dijo:

—¡Adiós, campos felices!

Pasamos junto al muro roto, el poste de telégrafos raspado. Él fingió no darse cuenta y no dijo nada.

Las calles del pueblo estaban mojadas y olían a légamo marino. No había mucha gente, pero de todos modos Félix continuó caminando circunspecto, siguiendo por la derecha, junto al muro. En Black's se detuvo.

—Hay tiempo para echar un último vistazo, ¿no crees? —dijo—. Oh, sí, vamos, arriesguémonos, si tú quieres yo quiero. Soy un viejo sentimental, lo sé.

Nos sentamos en la mesa de Kasperl, junto al ventanal. Félix de espaldas a la calle, ocultando la cara con la mano. Le conté que había visto a D'Arcy allí. Se encogió de hombros.

—Oh, ése —dijo—, no te preocupes por él. No es más que un recadero.

Llegó la camarera, una aldeana de cara tosca. Félix se frotó las manos. Tenía hambre, quería una fritada.

—Unas lonchas —dijo—. Salchichas. Una ración de hígado.

La chica le sonrió con miedo, mordiéndose el labio.

—Tengo orden de no servirle —dijo.

Félix la miró indignado.

—¿Eh?

—La señorita Swan dice...

—¿La señorita Swan? ¿La señorita Swan? Dígale a la señorita Swan que iré a verla personalmente ahora mismo.

Se fue rápidamente, aún con la sonrisa nerviosa. Félix me hizo un guiño. Yo miré hacia la calle, más allá de nuestras vagas imágenes reflejadas en el ventanal. Me tocó en el brazo.

—Mira, amigo mío, tú no te preocupes —dijo—. No vale la pena, créeme. Olvida lo que ha pasado, ése es mi lema. Cancela, cancela y empieza de nuevo.

Yo no estaba celoso, ni ofendido siquiera, en realidad. Me sentía excluido. A través de la rendija de la puerta había vislumbrado un mundo, sutil, intrincado, insospechado, al que nunca podría acceder. Félix encendió una colilla y fumó en silencio un rato, mirándome con aire contrito.

—Fue por tu bien —dijo—. Además, tú podrías haberla tenido también. ¡Las indirectas que solté! De todos modos, mejor que no te metas en eso, con ésa. Tengo razones para saberlo bien, fui yo quien la encontré. Ésa era la clase de trabajo que tenía, así que no es raro que me vaya, ¿verdad?

Me miró a los ojos y soltó una risa furtiva.

—Sí, ya lo sé —dijo avergonzado—, también te encontré a ti para él.

Pensé en las marionetas, dando sacudidas en sus cuerdas, esforzándose por ser humanas, sus sonrisas barnizadas, cómo extendían los brazos, rígidas, implorantes. Aquella vehemencia, aquel anhelo. Las comprendía, yo, pobre Pinocho, contando y cabrioleando, intentando ser real.

Félix tamborileó furioso en la mesa con los nudillos y se levantó.

—¡Bueno! —dijo, alzando la voz—. ¡Si no me sirven no me quedaré!

Tiró la colilla en la alfombra y la aplastó con el talón y cogió la maleta con un floreo arrogante. En la puerta nos encontramos a tía Philomena, con la camarera sonriente detrás. Félix retrocedió un paso, alzando el sombrero.

—Ah —dijo, con una risa débil—, señorita Swan, así que está usted aquí.

Ella tenía la cara rígida, las manos apretadas, miraba al suelo, junto a los pies de él. A mí me ignoró. Le colgaban de las cerdas en las comisuras de los labios grumos de colorete. Despició a la camarera con un gesto del hombro. Tenía los nudillos blancos. Dijo:

—Hay un asunto que quiero discutir contigo.

Félix le ofrendó su mejor sonrisa.

—Pues claro, cómo no —dijo—. Pero ahora es imposible. Tengo prisa. He de coger el tren.

Hubo un silencio. Ella no se apartaba de la puerta. Sin alzar la vista del suelo giró el hombro perentoriamente en mi dirección unos centímetros. Me escabullí. La camarera, rezagada en el vestíbulo, me hizo un guiño conspiratorio. Detrás de mí Félix decía:

—¿Qué? ¿Ahorros? ¿Qué? Oh, pero querida mía, lo siento, se trataba de una inversión, creí que lo entendías. No eres la única, después de todo...

Esperé en la calle hasta que salió por fin moviendo la cabeza.

—¡Puf! —dijo—. ¿Comprendes lo que quiero decir? No hay sentido del humor. Quieren meterse a toda costa en un asunto y luego en cuanto va mal sacan los cuchillos aullando por su trozo de carne.

Se echó a reír y me dio una palmada en el hombro.

—Pero tú no, ¿eh? —dijo—. No, tú no.

Subimos por Owl Street, bajo la aguja volandera. Cacareaban las gallinas en el patio del pollero. El pueblo se adentraba en la niebla delante de nosotros.

—Ven conmigo —dijo Félix—, ¿por qué no? Podríamos formar una buena pareja, tú y yo. Él dice que tienes un gran futuro, realmente espléndido. Él tiene que saberlo, también tuvo un brillante futuro, una vez. ¡Ja!

Me guió por Goat Alley, por las escaleras cenagosas abajo, hasta el muelle. El mar estaba tranquilo, tenía color de cieno.

—Por cierto —dijo—, te traje una cosa.

Abrió la maleta sobre una rodilla y sacó el gran cuaderno negro del señor Kasperl.

—Consérvalo —dijo—. Como una advertencia terrible. Y escucha, sigue mi consejo, no te acerques a él. Está acabado. Ya pasó su hora. Los dos, acabados.

Llegamos a la estación. Su tren ya estaba en la vía. Subió ágilmente a bordo de un brinco, alzó la maleta con un balanceo, y se giró y se asomó a la ventanilla. Sonó el silbato.

—Adiós —dijo, con un guiño—. *Auf Wiedersehen*.

Luego el tren arrancó con una sacudida, y se lo llevó por el andén abajo, diciendo adiós, sonriendo, más allá de la garita de señales y de la señal y por la curva de Coolmine abajo.

Cancela, sí, cancela y empieza de nuevo.

Ashburn estaba silencioso. Recorrí las habitaciones vacías, bajo los altos techos en sombras. Una contra rota, tablas del suelo podridas, una vista de árboles. En el estudio estaban las marionetas tiradas donde las había dejado Sophie, desmadejadas bajo su dosel de cartón. Qué bien había sabido sacarles parecido, el pelo de D'Arcy, la cabeza relumbrante de tío Ambrose, mi máscara en blanco y los ojos del señor Kasperl, aquellos ojos azules que me observaban ahora, impasibles como siempre. No, no impasibles, sino como si

mirasen desde muy lejos, desde tan lejos que apenas si podía distinguirme. Ella era la misma, aquella misma mirada remota. Sonreía. Se puso de pie con un crujido, un repiqueteo apagado. El señor Kasperl colgaba tras ella, resollando. Hablé. No podían contestarme. ¿Cómo iban a poder? Qué silencioso estaba todo, de pronto, oscilando allí en el borde mismo. Luego se inició una especie de tecleo debajo de mis pies, leve al principio pero que fue haciéndose más fuerte en seguida, un gran tamborileo que salía de la tierra. El suelo se pandeó con un gruñido y se desplomó con estrépito. El hombre gordo y la chica se hundían lentamente como si lo hiciesen en el agua en vez de hundirse en llamas. Los ojos azules de él. La sonrisa de ella. Me ardía el pelo. Brotó del agujero un rojo estruendo y volé en alas llameantes, sujetando mi cuaderno negro, a través de humo y polvo y cristal astillándose, en el aire frío, inmenso.

II. Ángeles



OH LAMIA, mi querida, mi encantadora Lamia, mi amor. Qué diligente eras, qué bien me cuidabas. Aún puedo verte, tu lisa piel de tiernísimo malva, tus interiores blancos como la blancura, tu nombre con una letra maravillosamente clara, diminuta, y aquella «R» tímida, encerrada en un círculo, como un lunar en tu mejilla satinada. Te fundías debajo de mi lengua, te arrollabas alrededor de mis nervios. ¿Qué habría hecho yo sin mi Lamia, cómo habría podido soportar mi temporada en el infierno? Hubo otros que me auxiliaron, pero ninguno que me ayudase tanto. He ahí Oread, blanca ninfa de olvido, y los Lémures, los aliviadores, como pequeñas habichuelas negras, y la juguetona y amarillenta Empusa, duende de la reina de los espectros. Son ángeles de un orden inferior, pero de un valor precioso todos ellos.

Dormía, era una especie de sueño. Muy hondo, en la oscuridad, una brasa de conciencia alumbraba y se desvanecía, alumbraba otra vez. Entraba una palabra, o un chispazo de luz, y se ramificaba durante horas. Estaba tranquilo en general, no sentía nada. Fuera de la cúpula de entumecimiento en la que yacía percibía algo acechando, como un animal apostado en la oscuridad. Eso era el dolor. El dolor era la bestia que mis ángeles mantenían a raya.

Venían a mí, mis guardianes, bajaban en una hilera interminable su escalerilla transparente, hasta mi brazo, cuando abrí al fin los ojos vi el sol brillando sobre mí en la bolsa de plástico, una bola de fuego blanco derramándose en todas direcciones. La habitación era blanca, de un color crema denso, en realidad, pero a mis ojos les parecía blanco, tan acostumbrados estaban ya al negro. Chispeaban en las paredes y en el techo astillas de luz metálica que eran como reflejos de un mar resplandeciente.

Agua. La idea de agua.

Al principio era sólo una mente, girando en la oscuridad como una dinamo. Luego, gradualmente, retornó el resto de mí, remangándose y escupiéndose las manos con el entusiasmo sombrío de un torturador. Observaba el líquido en el tubo de plástico, una lágrima gorda temblando en

su cabo que se adelgazaba progresivamente. Luego se rompía el cabo, la gota caía. El dolor atacaba de pronto.

¿Cómo describirlo? Mejor no. Yo era Marsias, atado a mi árbol, el dios afanoso con el cuchillo, silbando entre dientes mientras trabajaba. Estaba solo, nadie podía ayudarme. La diferencia, la extrañeza. Aquél era un lugar en el que nunca había estado, que no había sabido que existiese. Estaba dentro de mí. Siempre regresaba un poco más iluminado. Ahora veía ya por primera vez el mundo a mi alrededor radiante de dolor, el cristal de la ventana padeciendo la espada implacable del sol, la cama como un buey herido arrodillado sobre las patas, aquella bolsa de linfa sobre mí, goteando, goteando. Hasta el aire parecía doler. Y luego las avispas que se morían, las polillas tanteantes y torpes en la ventana, el perro que aulló una noche entera. Yo nunca había sabido, ni soñado. Nunca.

La soledad. El estar al otro lado. Indescriptible. A donde yo iba nadie podía seguirme. Sin embargo alguien logró asir mi mano. Me aferré a ella, balanceándome sobre el abismo, ardiendo.

Nunca había sabido. Nunca había soñado. Nunca.

Manos quemadas, espalda quemada, espinillas abrasadas hasta el hueso. Calvo, por supuesto. Y mi cara. Mi cara. Un pedazo de masa lívida, hinchada y llena de ampollas, con nariz de payaso, sin barbilla, dos ojillos acuosos que atisbaban incrédulos. Sí, me dejaron verme. Eso fue más tarde. Me dieron un espejo de mano, me pregunto de dónde habría salido. Era redondo, con un mango de plástico rosa y la parte de atrás en forma de abanico como una concha marina. No creo, no, no creo que le perteneciera a ella, aunque fuese ella quien lo pusiese en mi zarpa hinchada. Cuando acabé de admirar mi rostro enfoqué el espejo hacia abajo y me quedé desconcertado por el brillo metálico.

—Papel de estaño —dijo el doctor Cranitch—. Para evitar la pérdida de calor. Una técnica nueva.

Pero eso fue mucho después.

Me gustaban las noches. El silencio era distinto al del día, en que no era silencio en realidad sino suspensión, como si las cosas que me rodeaban estuviesen conteniendo el aliento, sobrecogidas, mudas de asombro. De noche brotaba como una flor una gran nada. La habitación estaba débilmente

iluminada. Cuando giraba la cabeza, cuando podía ya girar la cabeza, podía ver la puerta abierta, y luego otra habitación, o el pasillo, a oscuras, en cuyo extremo lejano había una mesa y alguien sentado a ella, una persona vestida de blanco, que nunca se movía, pero mantenía su vela a lo largo de toda la larga noche. Sobre la mesa había una lámpara de pantalla verde, que desviaba sus rayos hacia abajo, sólo podían verse los hombros y las mangas de la bata blanca y algo que le brillaba en el cuello. Recorría el suelo encerado un sendero luminoso que era como resplandor de luz de luna sobre un agua negra.

De día mi puerta permanecía cerrada. Yo me esforzaba por captar el vago estrépito que había tras ella, voces y pisadas, el ronroneo de la maquinaria. Había unas escaleras cerca, y arriba caminaba gente a un lado y a otro, ¡Qué activos parecían! Una vez gritó alguien, un gemido largo y desolado que se elevó más y más, como un cohete rojo, luego osciló y fue lentamente reduciéndose a sólo un gorgoteo. Ése fue el apogeo de aquellos días, el día del grito. No estaba solo.

Yo aullé también, marcando el día de alguien, sin duda, llevándole un poco de solaz, una sensación de compañía. Se hizo evidente entonces que sobreviviría: si era capaz de gritar, viviría. Ella vino corriendo inmediatamente, con sus suelas de goma, y vació una ampolla de Lamia de doble potencia en mi gota a gota. Era de noche cuando desperté de nuevo. Ella estaba en su mesa, como siempre, descabezada por la luz de la lámpara. Yo suponía que siempre era ella. Todas las manos eran su mano, todas las voces su voz. Tardé mucho en empezar a distinguir a los demás, quiero decir a distinguirlos de ella. Me fijaba poco en ellos en sí. Era ella la que me había mantenido con vida. Ella me había asido y no había soltado, hasta que había conseguido por fin gatear, salir de aquel pozo.

Semanas, semanas. Veía que fuera pasaba el verano, los lentos días cayendo, uno tras otro. Al atardecer venían las visitas. Les oía recorrer lentamente el pasillo, su paso lento y balanceante. Me recordaban una procesión. A veces captaba incluso un soplo del olor de las flores que traían. No se quedaban mucho, y volvían a pasar, con paso más ligero. Había unos cuantos que se demoraban hasta que sonaba el timbre. Luego traían el té, las criadas cantando. Llegaba un rumor de la capilla donde rezaban el rosario. Yo escuchaba, casi sin respirar. Pensaba en los otros, pues sabía que tenía que

haber otros, aferrándose como yo a aquellos últimos sonidos, las últimas gotas escasas, que goteaban en la arena.

Ya no podía dormir, yo que había dormido tanto tiempo. Alzaba muros de números, ladrillo a ladrillo, para mantener al dolor a raya. Se desmoronaban todos. Las ecuaciones se partían por la mitad, los ceros se abrían como agujeros. Siempre acababa entre escombros, frente a la oscuridad.

Me visitó el padre Plomer. Abrí los ojos y estaba allí sentado al lado de mi cama, con las piernas cruzadas bajo las faldas negras y lustrosas de la sotana y las manos pálidas sin vello unidas sobre la rodilla. Me sonreía, cabeceando estimuladamente, como si fuese un hipnotizador y yo un sujeto de experimentación saliendo de un trance. No podía verle los ojos detrás de los cristales relumbrantes de las gafas. Se inclinó hacia adelante, con un aire confidencial, y habló suavemente.

—¿Y cómo estás, joven?

—Quiero morir —dije.

—¿Qué es eso?

Lo intenté de nuevo, forzando mis flácidos labios.

—Morir —dije—, quiero morir.

—Oh, vamos. Me dicen que vas muy bien.

Las sirenas me habían cantado en el sueño, aún podía oír su dulce canto.

—No te mueras —dijo el sacerdote, y sonrió suavemente, moviendo la cabeza en un gesto afable—. No es una buena idea.

Las enfermeras eran alegres, alegres y rápidas. A veces parecían preocupadas. Ella no. Ella se movía con una deliberada parsimonia, sin decir nada. Tenía las manos grandes. Era joven, muy joven, o al menos no era vieja. Era difícil saberlo. Se reían de ella a su espalda, le llamaban vaca. Ella les hablaba sosegadamente, en un tono rígido y formal, sin mirarles nunca a la cara. Sí, enfermera, decían remilgosos, los labios apretados. Y ella se daba la vuelta. Tenía la cara cubierta de pecas, grandes manchas de color café, el dorso de las manos también. Llevaba una cruz colgada al cuello con una delicada cadena de oro. Se balanceaba sobre mí el día que me cortó los envoltorios de metal. Llevó mucho tiempo. Movía las tijeras y luego el algodón, daba vueltas y vueltas. La expresión impasible, absolutamente concentrada. Yo no podía oír sonido alguno en ninguna parte a nuestro

alrededor, era como si hubiesen vaciado todo el hospital para la ocasión. Penetraba por la ventana la claridad plena del sol del verano. Centelleaba un plato de níquel. Crujía el papel de estaño, un capullo abriéndose. Lloré, gemí, tenía la sensación de una cinta de material rojo y en carne viva desenrollándose interminablemente de mi boca. Apareció sobre mí el doctor Cranitch, las manos en los bolsillos de la bata blanca.

—Bueno —dijo—. Lo has superado.



UNA cosa escindida, incompleta. Algo había quedado cortado cuando lo superé y salí a flote. No era ni esto ni aquello, una mitad aquí, otra mitad en otra parte. Extraviado. Todos los días al despertar tenía que rehacerme, que construirme a base de fragmentos y recortes, de recuerdos, sensaciones, conjeturas. Supe lo que debió de sentir Lázaro, plantado ante la luz cegadora del mediodía con la mortaja sucia, con jaqueca, confuso, receloso, recordando aún con toda claridad el otro lugar, sin saber seguro si se estaba mejor allí que aquí.

—Tuviste suerte —dijo el doctor Cranitch con su aire cansino—. Las quemaduras profundas como éstas destruyen los nervios.

—Pero yo siento —dije.

—¿Qué? ¿Dónde? Indícame.

Alzó las gafas y atisbo donde señalé.

—No, no —dijo—. Imposible. Eso es dolor fantasma.

Estaba sentado junto a mi cama en un taburete giratorio. Era la visita, vestía un traje de *tweed*, corbata con un nudo estrecho. Alto, delgado, pálido como un hueso lavado por el mar. Un aire risueño y remoto. La sonrisa desvaída, como si estuviese recordando un chiste viejo y malo. Posó sus manos frescas sobre mí, girándome a un lado y a otro, un escultor con una masa de arcilla. La persiana estaba bajada, la atmósfera era sofocante.

—Tenemos muchas esperanzas —dijo—. ¿No es verdad, enfermera? Sí, muchas esperanzas.

Ella no dijo nada. Una brisa punzante rozó mi espalda desollada.

—Mañana, pues. Mañana empezaremos.

Recuerdo el tintineo acerado de los instrumentos, el olor acre y químico, el grupo de luces facetadas sobre mí, como un claro sol que brillase a través de la lluvia. La atmósfera de aquella habitación alta tenía una calidad curiosamente neutra, como si hasta el aire hubiese sido tratado con un gas calmante. Una de las enfermeras le quitaba las gafas cada poco al doctor Cranitch y le limpiaba los cristales, mientras él se quedaba con los ojos perdidos, las manos fláccidamente alzadas. Luego se inclinaba de nuevo sobre mí, diestro, suave, vagamente abstraído, tarareando a veces entre dientes. Sus alumnos miraban, se empujaban furtivamente para ver mejor. Yo pensaba con

asombro en la gente que estaba fuera, en la calle, que iban a sus asuntos indiferentes. Así hacía yo también antes, mientras había mundos que se debatían en un calvario.

Injertos. Fórceps. Gasa. Esas palabras, todavía tiemblo.

Entonces llegó un nuevo tipo de dolor, el hermano mayor del dolor, me asía en su presa membruda y me zarandeaba de un lado a otro, no se andaba en bromas, hasta mis ángeles auxiliares alzaron las manos ante su imperiosa arremetida.

Era la recuperación.

—Sí —murmuró el doctor Cranitch—, se cose muy bien.

No podía alzar el brazo izquierdo más arriba del hombro, el derecho era un palo marrón con goznes. No tenía tetillas. La mitad de la piel del vientre había ido a remendar las piernas, la espalda. Mi cara había pasado a ser una máscara satinada de carnaval, con frente de porcelana y pómulos salientes, nariz aguileña, cuencas oculares muertas. Sobre ella el cráneo era un casco coriáceo con un copete arriba, la piel tensa y vidriosa, como limo reseco.

—Curará —dijo el doctor Cranitch—. Quedará como nuevo, prácticamente.

Pero no era lo mismo. Yo era otro, alguien a quien conocía y a quien no conocía. Me había asomado ya al espejo. Hasta a mí me asustaba. Aquella cara demencial. Aquellos ojos.

Mis primeros pasitos vacilantes. Me arrastré de lado hasta la puerta, las manos aleteando de miedo, me quedé allí jadeante, los ojos cerrados, luego me lancé otra vez aterrado y torpe hacia la cama, no llegué a ella, caí al suelo. Siguió un choque estremecido con la cuña. Pero durante unos instantes había olvidado el dolor. Ahora volvía, saltando y ladrando, y lamía mi rostro lívido volviendo a abrasarlo.

Ella me cogía de la mano, del codo. Su presa hombruna. Vigilaba mis pies, calzados con zapatillas grises de fieltro, que avanzaban centímetro a centímetro.

—Vamos —decía tranquila, entre dientes—. Venga.

Qué pareja debíamos hacer, aquella mujer grande, corpulenta, triste, y yo, doblado y renqueante, sin pelo como un niño de pecho.

—No puedo. No puedo.

Parado, inmóvil, no seguía adelante ni retrocedía. Ella esperaba, sin decir palabra, había visto todo aquello antes. Llegamos hasta la ventana. Subió la

persiana, el crujir de las lamas al doblarse me hizo rechinar los dientes. Fuera, claridad deslumbrante, un talud de hierba afeitada bajando hacia unas barandillas y un muro, luego a lo lejos la ciudad tremolando en una niebla azul. ¡La ciudad! Era demasiado, demasiado. En el alféizar de la ventana un arbusto fucsia con avispas. Demasiado. Estaba tirado en el suelo y sollozaba, apretando mi mejilla picada contra el fresco linóleo.

—Vamos, venga. Vamos.

Sus pecas, mis quemaduras.

Empecé a explorar mi pequeño mundo. Había un armario de madera al lado de la cama, una silla metálica, una papelería forrada con una bolsa de plástico. En una alcoba había un lavabo y un espejo atornillado a la pared. Corría a través del cristal una grieta plateada, profunda y suntuosa, que cortaba mi rostro en diagonal en dos desde la sien a la mandíbula. El armario estaba vacío, salvo por el esqueleto arrugado y marrón de una manzana y una medalla en un alfiler. Vi el cuaderno negro. La tapa estaba chamuscada. Cerré la puerta.

La señorita Barr era una mujer grande y rubia de mejillas coloradas y ojos saltones de un azul claro. Vestía una túnica blanca y unos pantalones blancos almidonados y botas blancas hasta el tobillo con gruesas suelas de crepé. El cabello, pajizo, lo llevaba sujeto firmemente atrás en un moño. La imaginaba, la primera cosa nada más salir de la cama cada mañana, recogiendo en aquel moño y dándole un buen cepillado firme, estirándose la piel en las sienes y haciendo sobresalir aquellos ojos. Olía a jabón, a gasas, a linimento. Solía soñar con ella. A mi yo dormido le daba miedo, le acobardaba la previsión de un daño exquisito. El primer día que entró en mi habitación se arremangó y dijo enérgicamente:

—Bueno, amigo mío. Fisio para ti.

Yo creí que estaba loca. No sabía de qué hablaba. Me agarró el brazo, la pierna, echó un vistazo.

—Caramba —dijo—, vaya cuadro. Pero no tengas miedo, pronto arreglaremos esto.

Nos arrastramos y estiramos entrelazados, como luchadores decrepitos, gruñendo. Era propensa a tirar pedos. Me habló de su niñez, que había transcurrido básicamente entre caballos. Me la imaginé inmediatamente, una

especie de centauro, volando sobre el césped, bufando. A veces me imaginaba también yo subido a ella, a horcajadas, la brisa dándome en la cara, oyendo el estruendo de los cascos, sintiendo martillear debajo su gran corazón. Me puso una rodilla en la columna, se me sentó en el pecho, me dobló apoyado en su hombro.

—¡Tira, tira! —gritaba—. ¡Estira esos tendones! Conseguiremos hacer de ti un hombre nuevo.

El día que dejé mi habitación. Fue un día memorable aquél. Me senté en la cama con las piernas cruzadas, las manos en el regazo, los ojos fijos en la puerta, luego me vi a mí mismo, como si fuese otro, levantarme y girar la manilla y salir. Un pabellón largo y bajo, con hileras de camas, con personas en ellas, incorporadas y mirándome. ¡Todos aquellos ojos! Yo había esperado un enorme vacío, pasillos inmensos, el individuo aislado y excepcional apartando la vista. Un hombrecito de zapatillas con una especie de delantal se aproximó a mí. Piel ahumada, globos oculares amarillentos, un mechón de cabello negro y aceitoso. Me saludó con familiaridad tranquila, sonriendo con un lado de su carita afilada.

—Bueno bueno —dijo—, nuestro hombre misterioso.

Me fue llevando por las camas, presentándome a sus ocupantes. No me preguntó mi nombre. Era un gracioso, con un tipo de chanzas rápidas. Los viejos se reían, los jóvenes sonreían. Todos procuraban no verme, no ver mis heridas.

—Yo también estoy esperando el cuchillo —dijo, indicando el delantal.

Por algunas camas pasaba en silencio. Cráneos vendados, rostros macilentos, ojos impenetrables, desconcertados.

—Casos cerebrales —cuchicheaba sombríamente—. Hay que andar con cuidado con ellos.

Él se llamaba Sykes, Stokes, algo así. Me ofreció un melocotón de una bolsa que tenía en su armario.

—Fue un accidente, ¿no? —dijo.

Al día siguiente cuando salí ya no estaba. Habían quitado las sábanas de su cama, la puerta de su armario estaba abierta. Sólo quedaba un hueso de melocotón, pegado al fondo de un cenicero de estaño. El cuchillo le había liquidado. Mi Cicerone. No, mi Virgilio. Porque esto es el infierno, en realidad.

Suspiros, gruñidos. Gritos en la noche. Un viejo vomitando gotas de una sustancia verde, apoyado en el costado de la cama, una enfermera joven le sostiene la frente. Toses lentas, húmedas, como el rumor de bombas de succión defectuosas laborando potentes. En los inmensos cuartos de baño de azulejos blancos, pequeños letreritos que exhortan a los pacientes a no escupir en los lavabos. Por todas partes la misma pintura cremosa y densa, lisa como esmalte, pegajosa como piel. Yo llevaba un batín de un color arratonado con un ribete rojo descolorido. Alguien había muerto en él, supongo, antes de que pasase a mí. Caminaba y caminaba renqueando por los pasillos vermiformes, arrastrando un pie. La gente apartaba la vista, sobre todo las visitas, los no iniciados. Los médicos jóvenes arrugaban el ceño, una especie de mueca blanda, como ante un espectáculo de mal gusto. Yo continuaba, arrastrando mi dolor detrás de mí.

El dolor tenía un olor liso, gris, vagamente dulce, me evocaba una mezcla de caspa y heces. Era así cómo reconocía a mis compañeros de sufrimiento, aquellos para los que el dolor era una presencia constante, una especie de segundo yo espectral. Estaba también el silencio, de un género especial. Nos sentábamos en lo que llamaban la sala de recreo, un grupo de nosotros, sin hacer nada, sin decir palabra, y sin embargo comunicándonos en cierto modo, como en una sesión de espiritismo.

A veces me imaginaba sólo un ectoplasma, flotando, transparente, invisible para los sanos. Un día me encontré en mi deambular en el pabellón de maternidad y me quedé plantado ante la pared de cristal de la *nursery*, contemplando boquiabierto las hileras e hileras de niños de cara de ciruela en sus cunas de plástico. Y me quedé durante un instante desconcertado, un viejo fantasma que tropieza con un nuevo mundo. ¡Ellos se parecían a mí! Apreté la frente contra el cristal, anhelante. Una madre de mañanita rosa alzó la vista de su bebé y lanzó un chillido y me sacaron de allí, temblando, mudo, aquel pie arrastrándose detrás de mí, en la tumba.

Pensé en todos mis muertos. Pensé en Sykes, o Stokes, que había perecido bajo el cuchillo. Ya no estaba por ninguna parte. Oh, parte de él estaba aún por allí, en el depósito de cadáveres, probablemente, y probablemente en mejores condiciones que yo, que tenía la mitad de la carne desprendida del hueso. Pero el resto de él, aquella sonrisa, aquella mirada aguda, los chistes, ¿dónde estaba todo aquello? Muerto. Eso era la muerte. No un desconocido sombrío y encapuchado, no un amigo amable, ni siquiera un espacio vacío, con todo el potencial que implica, sino ausencia, ausencia sólo. La nada, el vacío, el no estar aquí. Pero, ¿por qué entonces aquello, aquello que me

empujaba hacia adelante y me hacía alzarme irresistiblemente, como si penetrara por todas partes alrededor de mí un soplo grande y lento?

—No te mueras —decía el padre Plomer—. No es una buena idea.

Estaba sentado junto a la cama, mirándome alegremente, con las piernas cruzadas, balanceando un pie grande embutido en un zapato negro. Era el capellán del hospital. Le envolvía un aura de loción de afeitado y de vino caliente.

—Por supuesto —decía muy tranquilo—, la vida es una cosa desdichada, y prácticamente no merece la pena. Pero debemos vivir de todos modos.

Yo estaba harto de él, de su cara grande y lisa, de su voz pastosa, de su distanciamiento afable.

—¿Por qué? —pregunté.

Reír resultaba complicado, con mi cara, no lo hacía a menudo. Él sonrió, frunciendo los labios, como si mordisqueara una semilla pequeña entre los dientes.

—Cómo que por qué —dijo—. ¡Para hacer prácticas para la vida eterna futura!

Ahora le tocaba a él reírse, se echó hacia atrás, las gafas centelleando, ¡ja, ja, jaaa! Me asaltó una visión de su rostro despellejándose hasta el cráneo, el desprendimiento rojizo, los tendones, fluidos, el centelleo del hueso, los globos oculares girando.

—Creo que tenemos aquí un joven pagano, enfermera —dijo—. Oh sí, tendré que cuidarme de él.

Ella se paró detrás de él y le miró al cogote en silencio durante un instante. Luego apartó la vista. Él lanzó de nuevo su risa, una serie de rachas explosivas suaves, los labios fruncidos como si estuviese haciendo anillos de humo.

Me enseñó a jugar al ajedrez. Tenía un tablero de plástico de viaje, lo colocábamos entre los dos al borde de la cama. No tardé mucho en aprender. Era una especie de geometría móvil. Él jugaba de un modo desordenado, lanzándose precipitadamente sobre el tablero, haciendo movimientos súbitos e impulsivos y volviéndose atrás luego con una risilla, sólo para meterse inmediatamente en un lío aún peor.

—¿Estás mejor ahora? —me preguntó mirando ceñudo un laberinto de peones—. Quiero decir si estás mejorando. Bueno, jaque. ¿Es jaque? ¿No?

Miró solemnemente el tablero, canturreando contrariado entre dientes. El último alfil que le quedaba inició una fuga precipitada hacia la libertad. No se había dado cuenta de mi red.

—Sí —dijo distraído—, la vida, la vida es lo...

El rey retrocedió, desplazándose lateralmente, se paró de pronto.

—Mate —dije.

Lanzó un grito de sorpresa, levantando las manos.

—¡Vaya, sí que estamos buenos! —exclamó riendo—. ¡Sí que estamos buenos!

Sal, me dijeron. Da un paseo, sí, vete a la ciudad, contempla las vistas, mézclate con la gente. Cosas sencillas, normales. Todo está ahí, esperándote. Tienes derecho a ello. Sé uno de los vivos, un ser humano. Me dieron ropa, una camisa, zapatos, pantalones, una chaqueta. Cuando me vestí sentí una especie de repugnancia inquietante, como si me hubiese puesto no sólo el atuendo de otro sino también su carne.



ME paré en las escaleras del hospital. Caía sobre los tejados un anochecer de otoño alto y dorado. A partir de entonces siempre pensaría en la ciudad de ese modo, como un derroche de ruinas majestuosas, desplomándose. Me temblaban las manos, embutidas en aquellos bolsillos con los que no estaban familiarizadas. Aquel espacio, aquella distancia. Estaba mareado, tenía la sensación de que si caía caería hacia arriba, hacia el aire infinito. Zumbaba en mi cabeza un pánico de números desconectados. Hierba, árboles, barandillas, la calle. ¡La calle! Pasó disparado un autobús, que se balanceó en la curva. Podría haber sido un mastodonte. Iban llegando las visitas del anochecer. Aparté la mirada de ellas y me lancé por el camino abajo.

Oh, aquel primer otoño. Cielos tiernos y enormes, ramas negras de hollín contra el azul, una sensación de anhelo y de vago dolor en el aire denso y luminoso. Vagaba por las calles como un amnésico, todo era nuevo y sin embargo inexplicablemente familiar. Recuerdo sobre todo aquella breve hora en el final exhausto del anochecer, cuando los que trabajaban en las tiendas se habían ido a casa y todo estaba cerrado y se asentaba por todas partes una tranquilidad misteriosa. Cuando afloraban los mendigos y los borrachos, los que rebuscaban en los cubos de las basuras, las viejas frenéticas que vivían de lo que llevaban en bolsas de plástico, y aquellos jóvenes andrajosos pero extrañamente robustos de barbillas azules y ojos enloquecidos, que desfilaban impetuosamente por el centro de las aceras, balanceando los brazos y mascullando con furia. Parecían saber algo espantoso, todos ellos, algo secreto, cuyo peso había destrozado sus vidas. Y yo era uno de ellos, o casi, un aprendiz, digamos. Un acólito. Los acechaba horas y horas, holgazaneando tras ellos por los puentes de los canales, o bajos las arcadas, donde se contoneaban las palomas y giraban remolinos de polvo y trozos de papel, y todo estaba ajado y era gris y descorazonados. No me siento capaz de explicar el placer melancólico de aquellos momentos, de los que me despedía lentamente cuando la última luz del día se escurría del cielo y se encendían espasmódicamente las farolas en la azulada oscuridad otoñal.

Oh, las plazas, las avenidas, los parques. Una mañana humeante, iluminada por el sol, olor a aceras lavadas, a pescado, a cerveza rancia. Un caballo de tiro pasa resonante, soltando bolas de estiércol de un color oro oscuro. Gruñido del tráfico. Un súbito viento sombrío, que hace encogerse al día. Luego lluvia. En el parque los árboles goteantes giran despacio a mi alrededor, se paran cuando me paro. La cúpula frágil del quiosco de música se balancea, amenazadoramente. Sol de nuevo, una claridad empapada. Para en esta esquina, junto a este puente. Una carnicería, una verdulería, un banco de ladrillo rojo como una casa de juguete de un niño, con letras de oro en las ventanas y un gran reloj colgando. Un obrero con una escalera atada a la bici espera en el semáforo, silbando. Un camión se detiene con un estremecimiento y un chillido sofocado de frenos. ¿Qué es esto, esta sensación de algo inminente, como si un crimen estuviese esperando aquí su hora, esperando a cometerse? El semáforo cambia. Detecto la ruina lenta de las cosas, el infinito colapso progresivo.

Y luego las noches, plata y negro bruñido, los edificios en sombras agachados bajo una luna inclinada. Un anuncio de neón parpadea, se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, en un silencio extraño. En alguna parte una mujer ríe. En una calle barrida por el viento junto al río se pelean dos viejos andrajosos. Cabriolean débilmente, jadeando, balanceando los brazos, los faldones de la chaqueta volando. Torpe golpe de puño sobre carne y uno cae. El otro apunta, lanza el pie, golpea, vuelve a golpear, luego otra vez, fuerte. La calle mojada relumbra. Vuela por la acera un periódico. Se aplasta contra una rejilla. Una gaviota inmensa se posa en la calle, mirándome recelosa con un ojo redondo. Me paro en el quicio de una puerta, espero, ansioso y amedrentado. Está desvelándose aquí cansinamente una verdad pequeña y sucia. La gaviota mueve un ala, la pliega de nuevo. El vagabundo que está tirado en el suelo tose y tose tapándose la cara. El otro ha huido. Soplo hediondo del río, oscuro chapoteo de aguas sucias que se deslizan y chapotean de nuevo. ¡Chsss! ¿Qué espíritu conjurado...? ¡Chsss!

Estaba sentado en un banco del parque cuando me encontré. Era un anochecer de octubre, la hierba estaba gris del rocío. Yo estaba escuchando a los árboles, sus inquietos susurros. Él pasó caminando una vez, dio la vuelta y pasó de nuevo, volvió a dar la vuelta más despacio, se detuvo. Rostro afilado de zorro y un mechón en la frente y una sonrisa fina y burlona. Se metió las manos en los bolsillos, arqueó una ceja.

—Oye —dijo—, ¿no te conozco?

Me examinó, mi perfil de niño ave.

—Nunca olvido una cara, ¿sabes?

Se rió entre dientes. No me sorprendía verle. Se sentó a mi lado, bajándose las solapas de su viejo abrigo. Le conté mi historia. Él escuchó, inmóvil, las manos apoyadas en una rodilla huesuda, la oscuridad iba invadiendo el parque. Sonaban las campanas de la ciudad, cerca y lejos.

—Todo ese tiempo con los matasanos, ¿eh? —dijo—. Pero fíjate ahora, un hombre nuevo.

Revoloteaban murciélagos sobre nosotros en el aire violeta.

—Ayúdame —dije.

Él miró por encima del césped ensombrecido, cabeceando para sí.

—Ay, Caliban —dijo—, deberías haber venido conmigo cuando te lo dije. ¿No te expliqué que todo había terminado allí, no te advertí? Y mira lo que pasó.

Suspiró. Un grupo de niños enmascarados salieron corriendo de entre los árboles, chillando. Me tapé la cara con una mano.

—Ayúdame.

—Quieres ser un muchacho real, ¿eh?

Se retrepó en el banco, cruzó las piernas y alzó la vista hacia las ramas sombrías que había sobre él.

—Nos divertimos, de todos modos, ¿verdad? —dijo—. Fueron buenos tiempos. Parece tan lejano ya, todo aquello. ¿Aún sigues con las sumas?

—Sí.

Los niños volvieron y corrieron riéndose en un círculo alrededor de nuestro banco.

—Creo que te quieren de amiguito —dijo Félix.

Se levantó y huyeron hacia los árboles. Se quedó de pie un momento mirando pensativo alrededor en la oscuridad, luego sacó un trozo de papel y un pedacito de lápiz y anotó una dirección y me lo dio.

—Estoy ahí a veces. Por las noches. No está lejos.

Caminó un trecho, se paró, volvió.

—¿Has visto? —dijo—. Ya te lo dije, nunca olvido una cara.

Chandos Street era una extensión georgiana decadente con una iglesia protestante en un extremo y una plaza con un espacio verde cerrado con una barandilla en el otro. Yo haraganeaba por allí noche tras noche, paseando bajo las farolas, vigilando la casa, que formaba parte de una alta hilera de varias más unidas, con gastadas escaleras de granito y una puerta de entrada negra.

Iba y venía gente. No, nadie venía, nadie salía, nunca se abría la puerta. A veces había una puta coja sentada en las escaleras, cantando beodamente. Una vez me pidió una cerilla y me llamó cabrón cuando le dije que no tenía. No éramos los únicos que haraganeábamos por allí. Había una pareja que aparecía en la esquina junto a la iglesia a la misma hora todas las noches, un joven con aspecto de enfermo, con temblores, y el fantasma temblón de una chica, despeinada, las piernas como palitos de cerillas. Se pasaban una hora sentados allí, vigilando ansiosos la calle mal iluminada, luego se iban arrastrando los pies con aire triste. El joven dio en saludarme, lo hacía tocándose el tupé con un dedo garboso e intentando sonreír. Una noche me paró, me puso una mano temblorosa en el brazo, y miró hacia atrás recelosamente, como si estuviese a punto de revelar algún valioso secreto. Pero en vez de eso me pidió dinero. La chica miraba con los ojos en blanco hacia mi diafragma. Le di un puñado de pastillas de Empusa. Las miró con asombro y silbó suavemente.

—Cojonudo, tío —dijo—. Ofreceré una novena por ti.

Y había otra chica, flaca también, de piernas flacas y cara chupada y pálida y delgadas muñecas. Vestía un impermeable de plástico y zapatos blancos y aferraba un bolso de plástico blanco. Fumaba cigarrillos y paseaba de un tembloroso sector de farola a otro, observando la calle, las casas. Me ignoraba. El joven de los temblores se acercó a ella, con la mano extendida, ella le ignoró también. Fumaba y paseaba. Fumaba y paseaba. Una noche intenté seguirla. Después de recorrer una o dos calles giró hacia un lado de pronto y saltó a un autobús. Yo me encogí en la oscuridad y la observé mientras pasaba por delante de mí, sentada en la ventanilla muy derecha, la carita afilada muy blanca y el cabello corto negro como ala de cuervo.

Al cabo de una semana apareció por fin Félix; venía caminando calle arriba con el abrigo abierto y las manos en los bolsillos. La chica cruzó rápidamente y le abordó en las escaleras. Él se paró con el dedo alzado hacia el timbre y retrocedió un paso. Ella le habló quedamente, con fiereza. Yo crucé la calle y me paré debajo de ellos en la acera. Y la chica dejó de hablar inmediatamente. Félix miró por encima del hombro.

—Mi querido amigo, estás ahí.

La chica se giró unos centímetros en mi dirección, pero sin levantar los ojos. Hubo un silencio. Félix nos miró primero a uno y luego al otro.

—¿Estáis juntos? —preguntó—. ¿No? Qué coincidencia entonces.

Llamó al timbre, pero no salía nadie. Llamó otra vez. Esperó. Luego la chica abrió el bolso con un gesto furioso y sacó una llave. Félix le sonrió. Ella

metió la llave en la cerradura sin hacerle caso.

Un vestíbulo hosco y sombrío, paredes verdeoliva, una bombilla sucia en una pantalla de papel marrón. La alfombra de la escalera estaba raída. Subimos en silencio, a oscuras. Félix sonreía para sí, silbando suavemente. La chica iba delante de nosotros. El pelo alzado en mechones atrás, como si alguien hubiese intentado arrancárselo a puñados. Llamó a la puerta de la tercera planta, pero fue sólo un gesto. Tenía también la llave de aquella puerta. Dentro también estaba oscuro salvo por un leve brillo de sodio que se filtraba a través de la parte superior de las altas ventanas. Félix encendió una luz.

—¡Eh! —llamó—. ¿Estás ahí, amigo?

No contestó nadie.

Había cajas de cartón en el suelo al otro lado de la puerta, y pilas de libros y un abrigo negro y un paraguas colgando de una percha. La cocina olía a gas y a hule y a algo que se estaba pudriendo. Félix encendió la cocina, abrió un armario. La chica entró en la primera habitación. Yo la seguí. Se quedó en la ventana mirando hacia afuera. La aguja de la iglesia se cernía en la oscuridad recortada contra un cielo azul. Desorden allí también, más cajas, libros, platos sucios en la mesa. La chica estaba encendiendo un cigarrillo. La llama de la cerilla temblaba.

—Me seguiste —dijo—. Aquella noche.

Seguía mirando por la ventana. Su pensamiento parecía estar en otra cosa.

—No debiste seguirme.

Entró Félix, con una tetera.

—¡Venga! —dijo alegremente—. Una buena taza de té.

Llevaba un impermeable viejo y unos zapatos de puntera fina gastados. Posó la tetera en la mesa, echando a un lado sin contemplaciones los platos sucios y los cubiertos desparramados.

—Conociéndoos, vosotros dos, ¿eh? —dijo.

Llevó tres tazas hasta la chimenea y vació sus heces en la rejilla sucia.

—No quiero nada de esa cosa —dijo la chica.

Él frunció el ceño, mirando alrededor con un desconcierto exagerado.

—¿Cosa? —preguntó—. ¿Qué cosa? Ah, el té, quieres decir.

Oh.

Se rió para sí y volvió a la mesa, moviendo la cabeza. Sirvió tres tazas de té y le entregó una a ella. Ella la cogió.

—¿Sabías que aquí nuestro joven amigo ha estado también en el hospital? ¿Te lo contó?

Entonces ella me miró directamente por primera vez. Tenía unos ojos oscuros y pequeños, juntos, con un leve estrabismo. Me examinó un instante, mordiéndose el labio. Llevaba el impermeable de plástico abotonado hasta el cuello.

Se abrió una puerta detrás de nosotros y entró un hombre pequeño de aspecto feroz. Llevaba ropa interior larga de lana y una manta echada por los hombros. Le brotaba el cabello en mechones de cerdas bermejas, y tenía una barba rojiza de tres o cuatro días. Empezó a decir algo pero en vez de acabar de decirlo estornudó. Iba descalzo, tenía los pies pequeños, con unas uñas córneas y amarillentas.

—Vaya, profesor —dijo Félix—. Pensamos que estaría usted fuera.

El hombrecillo le miró furioso.

—Estoy enfermo —dijo.

Como para subrayarlo, volvió a estornudar violentamente. Félix señaló la tetera ennegrecida de la mesa.

—Un poco de té, profesor.

Esta vez el hombrecillo le ignoró. La chica había vuelto a la ventana. Él se tapó más con la manta, mirándola, y luego me miró a mí.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Félix tosió.

—Es aquel de quien le hablé —le dijo—, ¿se acuerda?

El profesor abrió la boca y cerró los ojos. Esperamos, pero el estornudo no llegó.

—Ah —dijo agriamente—. El prodigio.

Se llamaba Kosok.



¿HE mencionado los autobuses? Me gustaban, me gustaba cómo rodaban estruendosos por las calles, jadeando y retumbando, como animales grandes, serios, afanosos. Abordaba uno al azar e iba hasta el final de la línea encogido en el asiento delantero del piso segundo, viendo cómo se desplegaba a mi alrededor la ciudad, las avenidas con hileras de árboles y los pequeños parques, las cúpulas y torrecillas y fachadas con volutas. Pasaba deslizándose una valla publicitaria, luego una bruñida extensión de río. Luego una calle sin salida con coches aparcados y niños jugando a la pelota bajo un puente ferroviario oxidado. Llegué a conocer la mitad superior de las cosas, las plantas superiores astrosas de tiendas elegantes, las escaleras de incendios, las macetas de geranios en ventanitas cubiertas de hollín, los anuncios descoloridos sobre paredes de ladrillo, de jabón fénico y tabaco de liar y artículos navales. Y luego los suburbios, los eriales batidos por el viento de las urbanizaciones baratas, con jardines dispersos y niños pequeños chapoteando en el arroyo, y el centelleo súbito y mercurial de un espejo en las profundidades de la ventana de un dormitorio.

Cuando pienso en aquellos días sin objetivo, de ensueños, siempre pienso en la chica. Cuando se fue del piso aquella primera noche me fui con ella. Caminamos en silencio por las calles oscuras. Cuando llegó el autobús éramos los únicos pasajeros, salvo un borracho que estaba espanzurrado en el asiento corrido del fondo. Mirábamos cómo se deslizaba por la ventanilla la satinada oscuridad. Ella fumaba un cigarrillo. Se llamaba Adele. Me miró irritada.

—No soy una judía ¿sabes? —dijo—. No tienes por qué pensar que soy judía.

El revisor le dijo que no podía fumar. Ella no le hizo caso. Mantenía el cigarrillo en alto entre sus dedos blancos y finos, sacudiendo la punta con la uña mordida del pulgar. Íbamos siguiendo el río, bajo las sombras dentadas de almacenes y grúas. El borracho despertó y estuvo un rato gritando, luego cayó de nuevo en un estupor. El revisor paseó arriba y abajo entre las hileras de asientos, mascando una cerilla, nos echó un vistazo detenido, examinó mi rostro, el cabello frenético de ella, sonriendo para sí. Ella seguía con los ojos fijos en la ventanilla y sacudía el cigarrillo con un golpecito una y otra vez,

haciéndolo vibrar levemente, como si estuviese pasando a través de ella una corriente continua, tenue.

—Es odioso —dijo—. Ese pelo, cómo camina, como si no tuviese columna vertebral.

Yo entendía lo que quería decir.

De pronto se rió. Un breve grito psitácito. Luego frunció el ceño y se levantó rápidamente y pulsó el timbre. El borracho murmuró en su sueño. Nos bajamos en una esquina desierta, bajo una farola inclinada. Había un trozo de muro roto pintado de azul y una valla de madera alta y vacilante en la que había cosas dibujadas, nombres y tacos y corazones atravesados por flechas y una mujer hendida y vulvosa pintada con tiza. Adele miró a su alrededor con una expresión preocupada, apretando el bolso contra el pecho exiguo. Sus labios eran negros a la luz de la lámpara. El silencio de la noche se aposentó a nuestro alrededor.

—¿Es aquí donde vives? —pregunté.

Me miró sorprendida.

—No —dijo—. ¿Por qué?

Palpitó en mi brazo derecho un dolor sórdido, como un perro viejo tironeando de la correa. Tragué una píldora.

—¿Dónde las consigues, ésas? —preguntó.

Le ofrecí una. Un Oread. El último de mi reserva. Ella examinó la pastilla y se la metió en la boca y la tragó cuidadosamente, como si en vez de una pastilla fuese un pedacito de mi propio dolor lo que le hubiese dado. Me miró directamente por segunda vez.

—Gabriel —dijo—. ¿Te llamas así?

Nunca sonreía. Sólo tenía aquella risa y de vez en cuando una especie de mueca, de ojos dementes, enloquecida. Venía un autobús por el otro lado. Ella bajó la cabeza y se alejó de mí rápidamente cruzando la calle, los tacones de los zapatos blancos repiqueteando en el asfalto. Los faros del autobús la captaron brevemente. Subió a bordo y el autobús se alejó con un balanceo, trompeteando, en la oscuridad.

Volví a bajar hasta los muelles a la mañana siguiente, pero de día todo parecía distinto. No pude encontrar aquel rincón del muro azul y de la valla de madera. Las grúas y las fachadas laterales en blanco de los almacenes tenían el aire de cosas que apartasen la vista con una sonrisilla despectiva.

Félix fue conmigo al hospital a mi visita semanal. Tuvimos que esperar mucho tiempo sentados en una hilera de bancos de madera en el vestíbulo de los pacientes externos. Había madres con niños asustados, jóvenes de traje y de rostro tosco, y chicas como muñecas con peinados inauditos, las bocas pintadas de escarlata. Todos miraban al frente con la misma expresión de miedo, incredulidad y aburrimiento mezclados. De vez en cuando se abría una puerta que había frente a nosotros y aparecía una enfermera y decía un nombre y se levantaba un muchacho entablillado, o un viejo de ojos lagrimeantes con los temblores, y se dirigía dócilmente hacia allí. Luego todo cambiaba, se deslizaba lateralmente, y el que estaba en el extremo de cada hilera pasaba a ocupar presuroso el lugar que había quedado vacío en el banco de enfrente. Félix se reía.

—Como una capillita —dijo—. Vamos todos a confesarnos.

Él estaba sentado muy tranquilo con las piernas cruzadas y un brazo extendido a lo largo del respaldo del banco, mirando alrededor con una sonrisa los rostros lívidos de los que tosían y de las chicas pintadas. Me dio un codazo y murmuró:

—¡Qué colección! ¿Eh?

Cuando me llegó el turno se levantó rápidamente para acompañarme, pero la enfermera se lo impidió. Llegó hasta el umbral de la sala de consulta y consiguió echar un buen vistazo al interior antes de que le cerraran la puerta en la cara.

—¡Qué descaró! —dijo la enfermera.

Pero de todos modos sonreía.

Había como siempre mucha actividad allí dentro, ayudantes de bata blanca iban de un lado a otro presurosos con carpetas debajo del brazo, los médicos consultores estaban en sus mesas, magistralmente aburridos, y escuchaban a medias historias susurradas de terrores y sudores nocturnos y dolores súbitos y asombrosos. Estaban pesando a un viejo, que temblaba en la balanza, sujetándose la cintura de los pantalones con un puño huesudo. En un cubículo sin cortinas había una vieja gorda y desagradable sentada a un lado de la cama debatiéndose con las ligas, mientras una enfermera daba golpecitos impacientes en el suelo con el pie a su lado. El doctor Cranitch me miró con los ojos en blanco, luego consultó su ficha.

—Ah, sí —dijo—. Swan. ¿Cómo va eso?

Le enseñé los brazos, las espinillas. Los injertos habían prendido, la nueva piel se iba extendiendo, un líquen rosáceo. Cabeceó, canturreando. Le pedí

una receta. Frunció los labios y miró por encima de mí como si no me hubiese oído.

—No puedo dormir —dije.

Cabeceó de nuevo.

—Es posible —dijo con aire ausente—, que tengas que permanecer despierto.

Me flexionó el brazo derecho, estudiando el comportamiento de la articulación.

—¿Mucho dolor?

No contesté. Me soltó el brazo y se inclinó sobre la ficha y escribió en ella con su caligrafía lenta y meticulosa.

—Puedes llevar una vida normal —dijo—. No hay ningún motivo para que no lo hagas.

No alzaba la vista. Tenía una forma peculiar de hablar, sin tono y desapasionada, como si estuviese solo, como si sólo estuviese probando las palabras a ver qué tal sonaban.

—Deme una receta —dije—. Ayúdeme.

Pero él seguía escribiendo, lenta, meticulosamente.

—Te he ayudado —murmuró.

Félix no estaba en la sala de espera. Le encontré en el pasillo, fumando. Me preguntó qué había dicho el médico y cuando se lo expliqué se echó a reír y tiró la colilla al suelo y la aplastó. Luego subimos al piso de arriba y la enfermera jefe me dio un puñado de pastillas. Miró a Félix en silencio. Él sonrió. Cuando salíamos dijo:

—Eso te lo da así por las buenas, ¿no? No lo anota ni nada.

Lluvia de noviembre en las calles, humos y gruñidos del tráfico. A Félix le gustaba que le contase las horas que había pasado en la mesa de operaciones, lo de las vendas de papel de estaño, lo de las torundas y las tijeras. Se encogía, rechinando los dientes, y cerrando un ojo, manoteando, fingiendo que quería que dejase de contar aquello.

—Pero te volvieron a la vida —dijo—. Y luego me encontraste otra vez. ¿Ves cómo las cosas encajan? El Señor aplaca el viento para el cordero esquilado.

Las luces estaban encendidas al mediodía en el piso. El profesor Kosok paseaba por la revuelta habitación delantera. Llevaba pantalones tubulares negros, botas con cordones, una corbata grasienta. Tenía unos andares furiosos, contoneantes, las piernas gordas se movían espasmódicamente, le temblaban los brazos, como si tuviese una opresión en la entrepierna, en los

sobacos. Clavó en mí sus ojillos oscuros y nebulosos. Adele estaba sentada en un sillón junto a la chimenea, con el impermeable de plástico puesto, inclinada hacia adelante atentamente, con los brazos cruzados sobre las rodillas, mirando la barra única del fuego eléctrico de la chimenea. Había sombras oscuras bajo sus ojos. El fuego le marcaba en las espinillas un dibujo romboideal. Había un cenicero lleno a su lado, en el suelo.

—¡Bueno! —dijo Félix satisfecho, mirando a su alrededor y frotándose las manos—. ¡Aquí estamos de nuevo!

Adele me enseñó lugares de la ciudad en los que yo nunca me había fijado, jardines amurallados en medio de bloques de oficinas, patios pequeños de formas extrañas, un cementerio cubierto de maleza entre una panadería y un banco. Caminaba deprisa por las calles, un poco inclinada hacia adelante, adelantando la carita afilada. De cuando en cuando se paraba y miraba a su alrededor como buscando algo, como para verificar algo, algún detalle del escenario. Apenas me hablaba, me miraba de reojo a las rodillas. Entrábamos en los grandes almacenes y vagábamos por los pasillos brillantemente iluminados, contemplando en silencio los percheros de ropas chillonas y las estanterías de artículos de tocador y de alimentos empaquetados como si fuesen artefactos de un museo, obras de una edad dorada inmemorial. La gente nos miraba, los niños tiraban de la falda de su madre y señalaban, ávidos, boquiabiertos. Adele no se daba cuenta. Vivía en la ciudad como si estuviese sola en ella, como si fuese en cierto modo suya, un enorme jardín de recreo barrido por el viento, desierto y abandonado.

Cenábamos en cafés baratos, en mesas de plástico tras ventanales nebulosos, en medio de olores a té hervido, pan frito y cigarrillos. Yo observaba a la gente que había a nuestro alrededor, camioneros de ojos crudos, chicas tristes de cabello rubio teñido y medias con carreras, jóvenes demacrados y alerta con impermeables que les quedaban demasiado pequeños. Comían con una especie de circunspección furtiva, inclinados sobre los platos, las mandíbulas trabajando en un movimiento circular, rítmico. Los circundaba un aura de embotamiento y conmoción, como si fuesen supervivientes de un accidente gigantesco. Yo observaba también a Adele a hurtadillas, su rostro acorazonado y afligido, las manos con sabañones. Apenas comía pero fumaba sin parar y bebía tazas de un café gris y aguado. Cuando se llevaba el cigarrillo a la boca cerraba un ojo, como si le doliera, y aspiraba profundamente con un rumor áspero y breve. A veces

hablaba, sin alzar la voz, con vehemencia, los ojos fijos en la ventana empañada que tenía al lado. Había gente que la seguía, decía, había hombres que la acechaban de noche por la calle, se sentaban a su lado en los autobuses y la tocaban, murmurando cosas. Una mujer pelirroja había aparecido de pronto detrás de ella un día y la había insultado a gritos y la había escupido en la cara. Luego estaban los vagabundos, los quincalleros de ojos salvajes, que la miraban. Un negro se le había puesto detrás en una tienda llena de gente y se había apretado contra ella.

—Se había echado perfume —decía—. Tenía las palmas de las manos de color rosa.

Luego lanzó su risa, que era como el chillido agudo de un pájaro, y me miró con aquella mirada cargada y estrábica.

Yo le enseñé mis viejas guaridas, las callejas y arcadas, las calles de la orilla del río, los senderos de tierra que seguían el canal, donde había observado a los mendigos y a los locos en aquellos primeros días embriagadores de un otoño que parecía ya a una era de distancia. Ella se ponía inquieta, girándose vagamente a un lado y a otro, como si estuviese buscando una vía de escape. Aún se separaba de mí bruscamente a veces, como aquella primera noche en los muelles, y saltaba a bordo de un autobús o desaparecía por una calle lateral. No lo hacía porque estuviese enfadada, ni siquiera por grosería, yo creo que era sólo que de vez en cuando mi presencia a su lado se le iba de la cabeza. Podía dejar de verla días y días seguidos. No sabía a dónde iba. Debía tener una habitación en algún sitio. Insistía en que no vivía en el piso de Chandos Street, aunque se quedase allí con frecuencia, durmiendo en uno u otro de los sucios dormitorios de atrás. Tenía allí sus cosas, también, dispersas entre el desorden general. Había una maleta llena de ropa, que recorría la ruta de los dormitorios a través de la habitación delantera hasta el vestíbulo y luego la misma ruta otra vez hacia atrás. Allí todo cambiaba así, también las pertenencias del profesor, el lugar siempre daba la impresión de que acabase de trasladarse allí o estuviese a punto de irse una familia grande y desordenada. Adele se abría camino a través del barullo con aquel ceño suyo de sonámbula, como si hubiese estado buscando algo y se le hubiese olvidado lo que era. Una noche me enseñó su jeringuilla, un chisme viejo y anticuado con un cilindro de cristal graduado y un émbolo con la cabeza de acero. Tenía su propia caja especial, como un joyero, con una tapa que se cerraba con un clic y un forro de terciopelo azul oscuro.

—Me la consiguió él —dijo.

Nos inclinamos sobre ella, las frentes casi tocándose, contemplándola en silencio. Luego ella suspiró y cerró la tapa y se llevó el estuche fuera de la habitación. Yo estaba en el ventanal que daba a la calle. Iba entrando por él aquel anochecer invernal. Oía el estrépito lejano del tráfico, era la hora punta. Los restos de uno de sus cigarrillos se consumían en un cenicero sobre la repisa de la chimenea. Nunca conseguía apagar del todo las colillas, daba igual con qué fuerza las aplastase, moviendo la boca.

Ella estaba en la habitación grande y vacía de la parte trasera de la casa. Había una cama estrecha en un rincón, una sola bombilla de poca potencia colgando del techo. Silbaba un fuego de gas. Las grandes ventanas no tenían cortinas, daban a una pardusca confusión de jardines. La noche iba derramándose como un gas oscuro sobre la ciudad desde un cielo malva luminoso. Estaba sentada a un lado de la cama, la cabeza inclinada, una mano colgando, la otra apoyada sobre las rodillas con la palma hacia arriba. Se había quitado el vestido. Se le había caído del hombro uno de los tirantes de la combinación. Alzó la cabeza al entrar yo y miró alrededor vagamente, con mirada vacua. Se pasó una mano por el pelo.

—Me lo corté todo una vez —dijo—. Volvió a crecerme.

Pestañeó, ceñuda, y movió la cabeza. Luego se levantó y alzó la combinación por encima de la cabeza y la dejó escurrirse entre los dedos y caer al suelo. Frágiles muñecas, frágiles tobillos, magros costados. Hombros delicados de un brillo tenue. Tenía un parche en un dedo de un pie, en el que se le había reventado un sabañón. Se desplazaba de un lado a otro por la habitación, dejando caer el resto de sus cosas sobre la marcha con aire ausente. Me parecía una extraña así, aquella cabeza conocida en aquel cuerpo flaco desconocido, de un blanco de almendra. Tenía un pequeño hueco triangular entre las piernas, bajo el manchón de vello negro. Encendió un cigarrillo. Cuando la toqué se giró rápidamente, sobresaltada. Tenía la boca abierta, la besé con torpeza, degustando humo. No cerró los ojos.

Apagó la luz y nos echamos juntos en la cama estrecha. Ella estaba temblando. Poco a poco fueron brotando de la oscuridad las formas tenues de la habitación, como criaturas que se agrupasen en silencio en torno nuestro. Me apretó con fuerza en sus brazos, pero al mismo tiempo parecía alejarme de ella, como si parte de su atención estuviese en otro sitio, concentrada en algo que quedase más allá de mí. La sábana estaba pegajosa. Yo estaba frío y ardía. Me temblaban las manos. Le lamí los párpados, las axilas, le metí la lengua en las orejas, en el ombligo, en la copita fresca de la base del cuello. Sin embargo, cuando intenté meterme en su regazo se apartó de mí y hubo un

silencio brusco e inquietante. Volví a intentarlo cautamente, pero se retiró de nuevo. No quería dejarse penetrar, al menos no donde yo más deseaba penetrarla, y acabó apartándose de mí con un suspiro impaciente.

Se quedó al borde de la cama, acurrucada y tensa, mirando hacia la oscuridad como un animal atento al peligro. Yo tenía cogido en mi mano uno de sus pechitos fríos, tenía la boca pegada a su nuca. Su piel tenía un aroma bronceado de colegiala. Estaba temblando. Era una noche silenciosa. Las ventanas miraban hacia la oscuridad con un asombro vacío. Pasó volando por el cielo un aeroplano, los motores batiendo laboriosamente, vislumbré la luz de ala de color rubí cruzando un rincón de la ventana sobre nosotros. Estaba pensando en un momento de hacía mucho, de cuando era niño, no había nada en él, no sé por qué lo recordaba, era sólo un momento en una curva en una carretera de montaña de algún sitio, de noche, en invierno, la carretera mojada relumbrando y hojas muertas girando y la luz de una farola que temblaba al viento. Ausencia, supongo, el peso desolado de todo lo que no estaba allí, supongo que era eso lo que estaba recordando.

Nos vestimos en silencio. El fuego de gas cantaba su canción pequeña. Todavía me temblaban las manos. Adele iba ceñuda de un cuarto a otro buscando algo. Tenía hambre, proclamó. Salimos y se compró una bolsa de patatas fritas y se sentó en la acera a la salida de la tienda y las devoró, los ojos fijos y concentrados en el suelo delante, como si en vez de estar alimentándose a sí misma estuviese alimentando a alguna cosa hambrienta que tuviese dentro.

Fuimos a dar un paseo. Era una noche cruda, tempestuosa y clara. Una luna llena se zambullía y nadaba por entre nubes deslizantes. Vimos una pelea a la entrada de un bar, y nos encontramos a una mujercita que llevaba un perro pequeño en un cochecito de muñeca. Vimos en un trozo de terreno baldío a una familia de bebedores de alcohol metilado sentados alrededor de una hoguera como un círculo de estatuas de piedra deterioradas. Nos paramos en un puente y nos quedamos viendo cómo pasaba deslizándose debajo una barcaza silenciosa y oscura por el oscuro río. Cuando regresamos a Chandos Street estaba allí aquel joven con aspecto de enfermo esperando en la esquina encogido bajo el abrigo contra el viento, con su chica flacucha al lado.

—Hola, jefe —dijo—. ¿Tienes algo esta noche? Escucha, estamos muy mal, enfermos de veras.

Le ofrecí un frasco de Lémures. Me lo quitó de la mano, pero cuando leyó la etiqueta creí que se echaba a llorar.

—Éste no —dijo—, éstas no valen. Aquellas otras, hombre. Las de la última vez.

Sudaba. La chica empezó a gemir. Él se volvió y le gritó que se callase, con una voz quebrada. Adele había seguido caminando, con la cabeza baja.

—No tengo ninguna —dije, apartándome de él.

Vino detrás de mí, buscando en los bolsillos del abrigo y sacó un reloj de pulsera y me lo puso debajo de la nariz.

—Te daré esto —dijo—. ¿Lo ves? Es de oro.

Le puse una mano en el pecho y le aparté de mí de un empujón. Se quedó alicaído allí mirando cómo me alejaba. Soltó una especie de sollozo y dio un zapatazo en el suelo.

—Dios, amigo...

Adele estaba ya en la puerta. Cuando subí las escaleras entró y me cerró tranquilamente la puerta en las narices.



FÉLIX me abordó una noche en el vestíbulo. Quería decirme una cosa, era hora de que tuviésemos una charla. Se abrió una puerta encima de nosotros en algún sitio, él me cogió de un brazo y me llevó apresuradamente por un pasillo sombrío que había junto a las escaleras. Salimos a un patio. Había cubos de basura y olor a humedad. Atisbo por encima del hombro cautelosamente, luego me hizo un guiño, clavando sus trémulas garras en mi brazo.

—Hay que tener cuidado —dijo—. Él está siempre vigilando.

—¿Quién?

Se echó a reír.

—¿Quién? ¿Quién crees tú?

Le seguí por el estrecho jardín abajo. Todo estaba descuidado, lleno de enredaderas y de zarzas. Los altos esqueletos de los cardos del año anterior aún aguantaban firmes. Las partes traseras de las casas se alzaban a nuestro alrededor por todas partes. El cielo estaba aún claro. Se veía una luna nueva por encima de las chimeneas. Félix se metió las manos en los bolsillos y se paró a contemplar el panorama.

—Hay orden en todo —dijo—. ¿A que es maravilloso? Mira este lugar. Parece una selva, pero por debajo de todo eso hay un jardín.

Me miró de reojo, sonriendo.

—¿Qué dices tú?

Yo dije:

—No sé.

Me cogió otra vez del brazo.

—Oh pero tú sabes, tú sabes, tú precisamente.

Seguimos por un sendero lleno de maleza y llegamos a un estanque sombrío sobre el que se cernía un árbol escuálido y deshojado. En las profundidades del agua se movían formas imprecisas. Nos detuvimos y nos inclinamos para mirar y los peces fueron subiendo muy despacio, como cosas de un sueño, alzando unas bocas débiles y esperanzadas, las pálidas aletas batiendo débilmente un agua marrón de moho. La cara de Félix me sonreía, con una boca de pez por ojo.

—¿Qué son los números, después de todo? —dijo—. Música, las cosas de ese tipo, son todas sumas, ¿no?

El reflejo de bronce de una nube surcó la superficie del agua, también estaba allí la luna árabe, una astilla cornuda, brillando tenue. Los peces volvieron a hundirse lentamente en las profundidades.

—Sigamos —dijo Félix—, vamos a dar un paseo. Tengo que ver a un hombre por un asunto de un caballo.

La oscuridad iba asentándose en las calles, empezaban a encenderse las farolas. Soplaban un viento áspero y había sectores mojados en las aceras. Fuimos siguiendo las barandillas de la plaza, bajo los árboles sombríos. Félix señaló hacia el centro de la calle.

—Siempre me pregunto —dijo—, quién será el que retira los gatos espachurrados de la calle. Esta mañana había ahí uno atropellado y ya no está.

Paró y se llevó una mano a la oreja haciendo pantalla. Se oía música apagadamente a lo lejos, un diminuto estruendo.

—¡Escucha! —dijo—. Los ángeles anunciadores.

Los oficinistas se iban a casa ya, deslizándose como sombras en el anochecer brumoso, alejándose presurosos hacia sus vidas inconcebibles. Cruzamos la calle, pasamos grandes arcos de columnas y fachadas de granito y giramos en dirección al río. Bajo una farola había dos individuos de largos abrigos examinando una botella que tenían en una bolsa de papel marrón. Salía burbujeando agua de una grieta de la acera donde había estallado una cañería. De pronto vi por un instante en el corazón oscuro de las cosas y se alzó en mi garganta como ardor de estómago una oleada de loca alegría.

—El profesor, bueno —iba diciendo Félix—, un caso desesperado, te lo aseguro, le he dado por perdido. Azar ciego, dice, azar ciego, eso es todo. Como si el azar fuese ciego. Nosotros sabemos más, ¿eh, Cástor?

Pasamos bajo un puente ferroviario. Una calleja exhaló la fetidez acre del río. La marea estaba alta. Fuimos siguiendo el muelle, sobre los adoquines cenagosos, y paramos delante de una herrumbrosa barcaza. La curvada proa se proyectaba sobre nosotros, afilada como la hoja de un hacha. Félix atisbo en la oscuridad y silbó suavemente. Nubes corredoras se derramaban arriba tras la barandilla como humo luminoso. Silbó de nuevo y esta vez hubo una leve nota de respuesta. Apareció una cabeza, y una mano que saludaba y luego bajaron por la pasarela dos individuos, corriendo silenciosamente de puntillas. Félix se dirigió hacia ellos pero se detuvo y se volvió hacia mí.

—Por cierto —dijo—, el viejo quiere que tú trabajes con él, ¿te lo había dicho?

Los marineros eran unos hombrecitos robustos de brazos y piernas torcidos. Uno llevaba una gorra de cuero con visera. Se llamaba Brand. Tenía una cara grande y sonrosada y los ojos tan juntos que eran casi uno. No dijo nada, sólo sonrió, enseñando una boca llena de dientes rotos. Su compañero se llamaba Frisch. Tenía la frente alta, la nariz prominente y una barbilla casi inexistente.

—¡Queridos amigos...! —dijo Félix.

Frisch hizo un gesto de tajar con el borde de la mano.

—*Ruhe!* —gruñó—. ¿Quieres que nos oiga todo el mundo, coño?

Fuimos al Estrella del Mar, un antro sucio y lleno de humo con asientos de plástico y estampas amarillentas de barcos de vela en las paredes. Había mucha animación en la barra. Nos sentamos en una mesa de un rincón y Félix pidió coñac para los marineros y observó cómo bebían, tamborileando con los dedos en la mesa y sonriendo. Frisch, que parecía mirarlo todo con furioso y profundo escepticismo, enterró su hocico de morsa en la copa y miró serio alrededor, las paredes lloriqueantes y las estampas y las tiras de adornos de papel de colorines. Me miró a mí también y le dijo a Félix:

—Éste es tu probador, ¿eh? ¿Tu *Chemiker*?

Félix se echó a reír suavemente.

—Oh no —dijo—, no. Mi... socio.

Y me hizo un guiño.

—*Ja* —dijo Frisch con aspereza—, eso es lo que parece.

Empezaron a hablar de dinero, o más bien lo hacía Frisch, mientras Félix se limitaba a sonreír. Uno de los que estaban amontonados en la barra se cayó y sonaron vítores. Brand miraba a su alrededor observando con su ojo de cíclope con una especie de asombro feliz, alzando la gorra de cuero y rascándose el cabello pajizo como si nunca hubiese visto un sitio como aquél, con gente tan alegre. Bebió otro trago y posó con estruendo el vaso en la mesa y cantó:

*Es war eine Ratt' im Kellernest
Lebte nur von Fett und Butter,
Hatte sich ein Ränzlein angemäst't
Als wie der Doktor Luther.*

—Muy bien, Lars —dijo Félix—. ¡Más fuerte!

*Die Köchin hatt' ihr Gift gestellt,
Da ward's so eng ihr in der Welt,*

Als hätte sie Lieb' im Leibe.

Luego bebieron más copas, y los murmullos rencorosos de Frisch se hicieron farfullantes. Brand se levantó, puso un pie encima de la mesa, se colocó una cerilla encendida entre las piernas y tiró un pedo; se encendió un breve chorro azul y llameante. Se sentó con una mueca bovina, girando los hombros tímidamente y echándose la visera de la gorra sobre los ojos.

—¡Bravo, viejo incendiario! —dijo Félix.

—*Arschloch* —masculló Frisch, frunciendo los labios.

Brand sonrió de nuevo y agachó la cabeza.

—¡Terminemos de beber! —dijo Félix—. ¡Pip pip!

Frisch se estaba poniendo cada vez más furioso, miraba a su alrededor vacilante con una mirada asesina y hablaba para sí. Brand empezó a cantar otra vez, pero no podía recordar la letra. Se puso triste. Félix le hizo una seña y se levantó, y al cabo de un momento le siguió. Estaba esperándome en la calle. Me cogió del brazo sin decir palabra y me llevó hasta la esquina. Al cabo de un momento salió Frisch y se quedó mirando el muelle arriba y abajo, gritando beodamente. Luego salió Brand dando tumbos y aspiró una bocanada de aire nocturno e inmediatamente vomitó en la acera. Félix reía entre dientes. Nos alejamos por una calleja.

—¿Ves qué bien lo puedes pasar conmigo? —dijo Félix—. Nuevos amigos, vagabundeos nocturnos, experiencias interesantes. Sólo con una condición.

Estaba atisbando en la oscuridad.

—No llevar una vida normal —dijo.

Y se echó a reír.

Se aproximaban dos personas, caminaban tambaleantes, creí que eran Frisch y Brand, pero no, era el joven de los temblores de Chandos Street y su chica flacucha. Félix se adelantó a recibirlos, sacando algo (algo, ¡es gracioso!) del bolsillo interior de su impermeable. Habló brevemente con el joven. La chica se quedó atrás. Luego se alejaron de nuevo en la oscuridad y Félix volvió.

—Lo que yo digo. ¡La gente!

Caminamos siguiendo el río y cruzamos el puente. No había mucha gente fuera aquella noche fría. Había un grupo de jóvenes en la entrada de una tienda cantando villancicos a gritos. Colgaban entre las farolas cadenas de luces de colores, bailando y traqueteando al viento. Bajo la fachada oscura de un edificio de oficinas miserable e inmenso Félix se paró y dijo:

—Bueno, hemos llegado.

Se echó a reír ante mi expresión de desconcierto.

—Te lo dije. Quiere que trabajes con él. Le prometí que lo harías. Ahora no me dejes mal, ¿eh?

Señaló un tramo de escaleras que bajaban hasta una puerta del sótano del edificio. Sonreía. Lejos, en la noche tempestuosa, sonó un alegre repicar de campanas.

—No te preocupes —dijo—. ¡Después de todo es la estación de los comienzos!

Bajó las escaleras a saltos, el abrigo volando, y pulsó el timbre de la puerta con gesto teatral.

Abrió la puerta un joven rollizo de chaqueta de punto amarilla, zapatillas de gamuza y corbata de seda. Tenía el pelo rizado, y una cara cetrina, lisa y ancha, y la boquita húmeda como la apertura valvular de un órgano interior muy complicado. Su nombre (dejadme que termine con él) era Leitch. Miró a Félix con repugnancia y dijo:

—No está.

Félix se limitó a sonreír y, tras un instante de vacilación, el otro se encogió de hombros y dio un paso atrás y nos dejó pasar. Cuando salí a la luz, se echó a reír.

—¿Quién es éste? —dijo—. ¿El fantasma de la ópera?

Félix volvió a sonreír sin separar los labios y blandió un dedo hacia él en advertencia juguetona. Estábamos en un pasillo largo, vacío y desnudo de paredes blancas y suelo blanco de linóleo. El aire vibraba con un estrépito denso sin sonidos que agobiaba los tímpanos. Caminamos hacia otra puerta que había al final del pasillo. Leitch venía detrás de nosotros, yo sentía su mirada hostil. Llegó el primero a la puerta, sin embargo, adelantándonos de un salto con sus zapatillas, como un corpulento bailarín de ballet, una mano gorda alzada preventivamente.

—Permitidme —dijo con un gorjeo malicioso.

La habitación era una caja inmensa y rectangular, con un techo bajo hecho de bloques de algún material blanco sintético. El suelo era también de linóleo blanco. No había ventanas. La máquina estaba instalada en unos grandes armarios grises de acero, que tenían un aire vago y dolorido de asombro. Eran tan maravillosos, estaban dispuestos con tal gracia, que parecía que les hubiesen interrumpido en mitad de una danza majestuosa. Durante un

instante, hasta Félix vaciló en el umbral. Aquella habitación era suya. Nosotros éramos la forma impropia.

—Adelante —dijo Leitch—. Conoced al monstruo.

Sonrió burlonamente, frunciendo la boca rosada y pareció que iba a marcharse.

—Espera, amigo —dijo suavemente Félix—. ¿No vas a enseñarle esto al nuevo?

Leitch pasó de él a mí y luego le miró de nuevo a él muy enfadado. Pareció que iba a decir que no, pero algo de la sonrisa de Félix le contuvo. Se encogió de hombros, ajustándose furioso la corbata.

—¿Qué es lo que quiere ver?

Félix se echó a reír.

—¡Oh, todo! —dijo, y se volvió a mí—. ¿No es así? ¡Quieres verlo todo!

La máquina era un Reizner 666. Yo no había visto nunca nada como aquello, no sabía siquiera que pudiera existir una cosa así. Sin embargo, la reconocí. Canturreaba en las profundidades de sus bobinas, soñando su inmenso sueño de números. Tenía cerebro, memoria. La reconocí. Leitch me enseñó los rudimentos del funcionamiento. Apenas le escuché. La propia máquina me hablaba, toqué su centro y vibró bajo mi mano. Cuando apreté las teclas las letras se fueron marcando en la página con un suave estrépito. Félix reía entre dientes en mi hombro.

—¿Qué juguetito, eh? —cuchicheó.

Llegó el profesor Kosok, con su abrigo negro y el sombrero y el paraguas mal cerrado. Se detuvo después de cruzar el umbral y nos miró fijamente. Luego se quitó el abrigo y lo echó en una silla y se acercó y miró las cifras que había escrito.

—¿Qué juego es éste? —preguntó—. Esto no es un juguete.

Era a Leitch a quien miraba. El joven frunció el ceño. Félix dijo:

—Bueno, yo me voy.

Y se fue, guiñándome un ojo.



EL profesor Kosok trabajaba siempre de noche. Yo me lo había tropezado de día muchas veces en uno de los dormitorios de Chandos Street, durmiendo encima de un colchón desnudo en un lío de mantas y abrigos, sólo con la parte superior de la cabeza y la nariz visibles. Ahora también yo empezaba a vivir una vida nocturna en aquella habitación blanca. El profesor apenas me hacía caso. Él vivía en un estado constante de preocupación furiosa, paseaba renqueante, con su chaleco y su corbata, refunfuñando entre dientes y pasándose una mano por el montecillo herboso del cuero cabelludo. La máquina estaba conectada a otras como ella, situadas en otras partes del mundo y, de pronto, en mitad de la noche, la impresora adquiría vida por decisión propia, soltando perentoria una serie de preguntas codificadas, como la mesa de un médium. El profesor se lanzaba a la consola y empezaba a contestar muy excitado, pero no era capaz de manejar el teclado correctamente, cometía continuos errores, con creciente enojo de la máquina, que traqueteaba y replicaba con aspereza y luego se encerraba bruscamente en un hosco silencio, hasta que Leicht, con una sonrisilla de fastidio, llegaba y pulsaba los códigos correctos. Entonces iba cayendo en la bandeja de alambre una hoja de cifras tras otra, plegándose cada una de ellas sobre sus compañeras con un suspiro sedoso e idéntico. Concluida la transmisión, Leicht y yo tomábamos las cifras y las manipulábamos días y días, buscando complejas reglas de correspondencia y de repetición. A veces no era más que un solo valor repetido lo que buscábamos.

—Trufas —decía el profesor, con una sonrisa que se le crispaba—. Y vosotros sois los cerdos.

Era su único chiste.

Pero él parecía querer sólo fragmentos inconexos, oasis de orden en el desierto del azar. Cuando intenté estructurar una pauta general, se enfadó y tiró el lápiz en la consola y se alejó furioso. Yo miré a Leitch. Frunció caviloso el ceño, llevándose un dedo a la sien.

—Estamos buscando el sentido de la vida —dijo.

Y luego se echó a reír. Me miró con desprecio.

—¡Cómo voy a saber yo lo que está haciendo! —dijo—. El genio dicen que eres tú, así que dímelo tú. Estadísticas, probabilidades, azar ciego, no sé.

¿Por qué no se lo preguntas a él? Está medio chiflado, en realidad.

Pero era inútil hacerle preguntas al profesor, fingía no haberte oído y se alejaba de ti, murmurando.

La animosidad de Leicht era pura y desinteresada. La dirigía por igual a todo lo que se acercaba a él. Era como una tarea que tuviera asignada, fastidiosa e ingrata, en la que no le estuviese permitido relajarse. Se llamaba Basil. Padecía de accesos de ahogo que intentaba ocultarme. Tenía también los pies mal, no sé qué problema con los arcos, caminaba con aquellas zapatillas suyas como si rodara, balanceando la culera voluminosa de los pantalones. Tenía un semblante relumbrante y afligido que hablaba de largas sesiones en el cuarto de baño, de remojos y limpiezas y crepúsculos cenicientos ante un espejo cruel. Llevaba una cadena de oro en la muñeca y un anillo con dos manos de oro que sostenían un corazón de oro. Se consolaba con comida. Comía solo, se sentaba, sibarita sombrío, en un rincón apartado de la habitación con la bolsa de plástico abierta en el regazo y una servilleta de papel embutida bajo la corbata. Traía emparedados, pasteles de carne, tartas, patas de pollo frías. Me lo imaginaba, doblado sobre la mesa de una habitación grasienta en algún sitio, en otro Chandos Street, cortando rebanadas y untándolas con mantequilla, mientras se disipaba la luz de otra tarde de invierno solitaria. Sin embargo, había algo casi impresionante en su intransigencia y en su seria arrogancia. Chupando un melocotón maceado o mordisqueando un puñado de uvas moradas, tenía el aspecto de un emperador arruinado, con los rizos, la cara grande y pálida, con aquellos ojos afligidos e inexorables.

—Tú límitate a hacer tu trabajo, ¿entendido? —dijo—. Límitate a hacer tu trabajo y déjame en paz.

Apenas si le había dirigido la palabra en toda la noche.

—¿Qué trabajo? —pregunté—. ¿Esto es un trabajo?

Se giró y me miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Estás aquí, no? —masculló—. ¿Qué más quieres?

Nada, yo no quería nada, yo era casi feliz allí. Qué apacibles eran las noches, sólo el canturreo de la máquina y los leves murmullos del profesor y rodeados por todas partes de oscuridad. Podíamos haber estado a un kilómetro de profundidad por debajo del mar. No veíamos a nadie. Vivíamos fuera del horario de trabajo. Los auténticos usuarios de la máquina eran los que iban allí de día, los de las oficinas de arriba. Me despertaban curiosidad y buscaba sus huellas. A veces, había una taza de café que se habían olvidado, o un cenicero en el que un cigarrillo a medio fumar se había consumido él solo

dejando un frágil fósil de ceniza y una mancha de alquitrán. Una noche llegué y me encontré una chaqueta de punto amarilla en el respaldo de una silla, alguien la había olvidado allí. No la movimos, hasta Leicht procuró no tocarla, y a medida que fue pasando la noche sobre ella, fue convirtiéndose en una presencia insistente, misteriosa, tan inquietante como un par de alas doradas.

La máquina también era una presencia, un animal grande, dócil, paciente, atado allí en su jaula blanca. Tenía sus voces, la vibración apagada y el tictac del banco de memoria buscando, el estruendo y el traqueteo de la impresora. Uno de los discos de almacenaje emitía un chillido inexplicable y penetrante cuando se encendía por primera vez. Y siempre estaba presente aquel canturreo denso, que hacía vibrar al propio aire. A veces, en las primeras horas, cuando una u otra de mis extremidades empezaba a cantar, como la astilla ardiendo canta en la hoguera, me parecía oír como una melodía, como un pequeño coro sostenido, como si la voz de la máquina y la voz de mi dolor hubiesen encontrado una nota común. Cuando había algún problema teníamos que llamar teóricamente a un ingeniero, pero nunca lo hacíamos. Leicht sacaba sus fórceps y sus sondas y se adentraba en las delicadas entrañas de la máquina, tras el reticulado de interruptores y haces de alambres finos como cabellos, hasta el núcleo secreto mismo. Entonces, por un instante, se olvidaba de sí mismo y se transformaba, arrodillado allí, en medio de aquella luz blanca, absorto, atento, como una figura secundaria en el primer plano de un luminoso Nacimiento. Le hablaba a la máquina en voz baja pero fiera, maldiciéndola y engatusándola también. La máquina siempre se rendía. Entonces, él se ponía en cuclillas, la frente y el labio superior cubiertos de un sudor gris, limpiándose las manos, los hombros gordos iban cayéndosele, los ojos apagándosele.

Yo llevaba el cuaderno negro y en las horas de ocio volvía a repasar los viejos problemas insolubles, recorriéndolos, movimiento a movimiento, como la partida de un gran maestro de ajedrez. Infinito aún era infinito, el cero abría aún su boca, voraz como siempre. El profesor se paraba detrás de mí y miraba por encima de mi hombro.

—Bah —decía—. Antiguallas. Historia.

Al amanecer nos íbamos los tres por nuestros caminos respectivos sin decir palabra, el profesor embutido en el abrigo negro, Leicht con la bolsa de la comida vacía bajo el brazo y tras ellos yo, muy despacio. Me gustaba

recorrer las calles a aquella hora temprana. El viento susurraba sobre las aceras ásperas y grises como hueso, y había gaviotas rebuscando en el arroyo. Los semáforos pasaban del verde al rojo y volvían al verde, callados como flores. Pasaba a mi lado un automóvil solitario, el conductor erguido como un maniquí tras un parabrisas por el que fluían reflejos de un cielo frío y gris y unas nubes de color papel. A veces iba a Chandos Street, con la esperanza de que estuviera Adele, pero en vez de encontrarla a ella solía encontrarme al profesor, sentado a la mesa que había junto a la ventana grande de la cocina, aún con el abrigo y el sombrero, mirando a la calle, con un vaso de té enfriándose junto al codo. Estos encuentros eran vaga e inexplicablemente embarazosos.

Adele nunca preguntaba dónde iba yo de noche, lo mismo que yo nunca preguntaba dónde iba ella cuando desaparecía varios días seguidos. Creo que cuando yo no estaba se olvidaba de mí. Bueno, no quiero decir que se olvidara exactamente, sino que perdía el control de algo, de algo esencial del hecho de mi existencia. Porque a mí me pasaba eso exactamente cuando ella no estaba, algo de ella se me esfumaba de la mente, ella se me hacía transparente. Hasta cuando la tenía abrazada estaba también en cierto modo ausente. Nunca disponía, ni un solo instante, de su atención completa. Quizá fuese mejor. Pienso que quizá no hubiese sobrevivido a la potencia plena de su presencia. ¿Qué quiere decir eso? No lo sé. No sé... hay tanta oscuridad aquí. Ella miraba mis heridas como si no fuesen parte de mí, como si fueran algo que se había pegado a mí, como un perro sin dueño. Se incorporaba apoyada en un codo y me estudiaba, acariciando mi brazo marchito, o pasaba un dedo por los nudos y las espirales de mi pecho, frunciendo el ceño ensimismada. ¿En qué pensaba? Nunca le pregunté. No habría contestado. Un día dijo:

—¿Pensaste que ibas a morir, cuando pasó?

Estaba sentada en la cama, con una manta por los hombros y un cenicero sobre el colchón al lado. Fuera, hacía un día crudo bajo un piojoso cielo gris, temblaban abajo en el jardín los árboles sin hojas. Pienso en aquel instante y vuelvo a estar allí.

—Algo dentro de mí se está agotando —dijo—. Una parte, agotándose.

Me la había encontrado en el pasillo. Llevaba botas de piel y una gorra y un abrigo de piel apolillado. Estaba frenética, me clavó los dedos gélidos en la muñeca y rompió a reír, le brotó de la boca y estalló una burbuja de saliva. En el piso de arriba se quitó el abrigo. Astillas del aire frío de la calle cayeron como peces de plata de sus pliegues. En la cama, me cogió el pene con una

mano fría y empezó a reír y reír, echando la cabeza hacia atrás y ofreciéndome el pecho para que me alimentara. No me dejaba penetrarla, cerró las piernas. La apreté contra mí, murmurando y gimiendo y al final, para aplacarme, se arrodilló impaciente y puso la cabeza en mi regazo y me derramé en una serie de lentos estremecimientos voluptuosos en el húmedo y cálido hueco de su boca. Su brazo descansaba en mi pecho, con una hilera de marcas punteadas que iban de la muñeca al codo, era como la cicatriz a puntos del araño de un zarzal y yo pensé en la infancia.

Félix estaba en la habitación delantera, repantingado en el sofá de pelo de caballo leyendo un periódico.

—Ah, estás ahí, Grendel —dijo—. ¿Qué tal? Siéntate, cuéntame algo. Hace mucho que no nos vemos, te has olvidado de tus viejos amigos.

Me senté a la mesa. Fuera se posó una paloma en el alféizar y miró al interior, el viento le encrespaba las plumas del cuello. Félix dejó el periódico y se echó hacia adelante con las manos apretadas entre las rodillas. Llevaba el impermeable puesto y una gorra lisa en la cabeza, echada hacia atrás. Tenía entradas superficiales en las sienes, no me había fijado en ellas hasta entonces. A veces, cuando me miraba detenidamente, como estaba haciéndolo, me parecía un desconocido.

—¿Cómo va el gran trabajo? —dijo—. ¿Te trata bien el profe? ¿Y qué me dices del muchacho gordo? Te da mucho la lata, ¿eh?

Adele llegó del dormitorio, descalza, con el abrigo de piel puesto. Al verle allí se paró, luego se acercó a la mesa y buscó en el bolso un cigarrillo con una mano, manteniendo el abrigo cerrado con la otra. Él le sonrió, girándose para poder mirarla a la cara. Ella dijo:

—¿Cómo entraste aquí?

—Ah —dijo él—. Buena pregunta.

Sin abandonar aquella sonrisa. Hubo un silencio. Adele fumaba, con un vago ceño, los ojos fijos en la mesa. Félix la miró a ella y luego a mí y luego volvió a ella. Se echó a reír.

—Divirtiéndooos, los dos, ¿verdad? —dijo—. Juerga y juegucitos, ¿eh?

La paloma levantó el vuelo del alféizar con un estrépito de alas. Félix se retrepó en el sofá, un tobillo cruzado sobre una rodilla, y sacó la lata de tabaco.

Le dije:

—¿Por qué dijiste que quería que trabajase para él? —le dije.

Encendió una colilla y expulsó dos gruesos conos de humo por las narices comprimidas. Me miró atentamente y sonrió.

—Porque quería —dijo—. ¿Por qué si no?

—No me dirige la palabra.

—Bueno, es que él es así, ¿comprendes?

Adele fue a sentarse frente al fuego eléctrico, alzando un pie descalzo y luego el otro al fuego. Se iba apagando en la ventana la última luz desvaída del día.

—En fin —dijo Félix—, puede que yo haya exagerado un poco. Pero no dije que él lo *hubiera dicho*, ¿no? Yo sólo dije que te quería, que es una cosa distinta.

Se levantó y fue hasta la ventana y se quedó allí de espaldas a la habitación, contemplando el ocaso invernal.

—La gente no se da cuenta de lo que quiere. Hay que indicárselo. Yo tengo que... interpretar.

Me miró alegremente por encima del hombro.

—Oh, sí, Pinocho —dijo—, desde luego que sí.

Adele rompió a reír de pronto, uno de aquellos chillidos suyos breves y agudos, y tiró el cigarrillo en la rejilla y encendió otro. Luego, se puso una mano en la frente e inclinó la cabeza. Félix aún me sonreía. Iba penetrando en la habitación la oscuridad.



SÓLO iba al hospital ya cuando necesitaba un nuevo suministro de pastillas. Eludía al doctor Cranitch. La enfermera jefe me miraba con sus ojos tristes, sin decirme nada. Yo consagraba toda mi atención a las notas informativas que había en las paredes del dispensario, mientras ella iba llenando para mí aquellos frasquitos color malva. Colocaba un trozo fresco de algodón en cada uno y escribía nuevas etiquetas con su limpia caligrafía de colegiala. La señorita Barr había preguntado por mí, me decía, también el padre Plomer. No alzaba la vista. Detrás de ella, por la ventana, podía ver el jardín abajo. Cayó un baño de luz sobre la yerba y se extinguió inmediatamente. Subía por el camino renqueando un viejo apoyado en una muleta. Cogí las pastillas. Ella me vio las manos y apartó la vista.

En la entrada paró un coche y Félix asomó la cabeza por la ventanilla saludándome.

—Qué afortunada casualidad —dijo—. Sube, vamos a una fiesta.

El coche era una máquina desvencijada y temblona, que soltaba toses y pedos en una nube de humo azul por el tubo de escape. Al volante iba el joven de los temblores. Su chica iba sentada detrás de él en el asiento trasero, acurrucada contra la ventanilla. Estaba empezando a llover.

—Venga —me decía Félix—, no seas aguafiestas.

El joven se llamaba Tony. Cuando entré en el coche se giró y me hizo un guiño.

—Qué hay, colega —dijo.

Tenía bajo los ojos unas bolsas lívidas.

Cruzamos el río. Azotaban un agua azul como el acero ráfagas de viento y los peatones pasaban por el puente en ángulo, los faldones de los abrigos latigueando.

—Está esa gente —iba diciendo Félix—, a la que tenemos que encontrar en el Goat...

Tony se echó a reír, un relincho estridente.

—¡El Goat! —gritó.

La chica se mantenía alejada de mí, miraba por la ventanilla con un puño apretado sobre la boca. Tenía una cara blanca y vacua, unos ojos asustados y

una nariz pequeña rosada en la punta. Se llamaba Liz. Barrían el parabrisas grandes gotas de lluvia.

—Estos jodidos limpiaparabrisas —dijo Tony.

Luego, de pronto, dejó de llover y salió el sol. Seguimos bordeando el canal. Los álamos aún no tenían hojas. Grandes masas de nubes cruzaban un cielo como de porcelana. Félix se giró en el asiento para mirarme.

—Estuviste viendo a la dama de blanco, ¿verdad? —dijo—. ¿Sacándole bombones otra vez? Vamos a echar una ojeada.

Alzó el frasquito de Lamias con el dedo pulgar, examinándolo como si se tratase de una cosecha excepcional y moviendo la cabeza con asombro jocoso.

—¿Tú sabes lo que valen estas cosas? —preguntó—. ¿Lo sabes?

—Son oro, colega —dijo Tony, haciéndome un gesto con la cabeza por el espejo retrovisor—. Oro puro.

Quería tomar una. Félix se echó a reír.

—¿Es prudente, Anthony?

—Que se vaya la prudencia a la mierda —dijo Tony.

Liz liaba un cigarrillo a mi lado con una maquinita. Tuvo que parar dos veces y volver a empezar. Luego se le derramó una caja de cerillas por el asiento. Creí por un momento que iba a echarse a llorar. Intenté ayudarla a recoger las cerillas, pero cuando alargué una mano hacia ella retrocedió asustada y se quedó de pronto inmóvil y desvió la cara de mí; le temblaba la naricilla rosa.

Íbamos hacia las montañas.

Tony iba dando brincos en su asiento, tamborileando con la palma de la mano en el volante.

—¡Jooooo! —decía—. ¡Qué material!

Volvió a mirarme por el espejo, los ojos muy abiertos, le brillaban mucho.

—¡Oro! —dijo. Y el volante se bamboleó.

—¡Tranquilo! —gritó Félix, riéndose—. Nos mataremos todos.

Dejamos atrás la ciudad y fuimos subiendo una larga cuesta, el viejo cacharro gruñendo, luego cruzamos una altiplanicie marrón y desnuda. El sol y las sombras barrían los picos a lo lejos. Las ovejas huían a refugiarse en la cuneta ante nuestra proximidad. Tony canturreaba entre dientes.

—Ay, qué bueno es salir al aire libre —decía Félix—. Montañas, montañas, siempre me he sentido bien en las montañas.

Bajamos por una carretera tortuosa y paramos en un pequeño oasis de pinos atormentados por el viento. Había una taberna antigua de ventanas

desvencijadas y una bomba de petróleo vieja frente a la puerta. Algunas gallinas escarbaban en un sector de grava manchada de gasolina, entre una docena o más de coches aparcados. Salí a aquel aire desapacible y frío. Corría agua sobre piedras en algún lugar próximo. Estremeció los pinos un soplo de viento y de pronto era ya primavera.

Dentro, la taberna estaba en penumbra. Ronroneaba una radio en algún sitio. Habitaban la oscuridad vagas formas, que nos miraron cautelosas cuando entramos. Un hombre gordo que vestía un mandil sucio salió masticando de una puerta que había detrás de la barra. Se limpió la boca en el mandil y plantó las manazas en el mostrador mirándonos con una expresión en la que se mezclaban astucia y servilismo. Félix le miró muy sonriente.

—Dan, amigo mío...

Yo miraba a los otros clientes, agrupados allí detrás de nosotros como sombras, observándonos. También habían llegado allí de la ciudad. Había algo en ellos que me pareció identificar. Había chicas que se parecían a Liz y jóvenes andrajosos como Tony, pero no se trataba de eso. Pensé en la temporada que había pasado en el hospital, las horas que había pasado entre la hermandad de los lisiados. Aquel aire embotado, neurálgico, de espera, suspenso, el silencio. Se apretujaron aún más. Félix se giró y los examinó, sonriente, un talón enganchado en el rodapié, los codos apoyados en la barra.

—Míralos —me dijo al oído—, saben que llegó el médico.

Tony se fue al lavabo. Le siguieron otros, de uno en uno y de dos en dos. Tardó mucho en volver. La tarde se acababa, ardió rojo en la ventana el sol poniente, hasta que se extinguió. Liz estaba sentada en un taburete de la barra, bebiendo vasos de cerveza. Fumaba y tosía. La sorprendí observándome. Esta vez no desvió la vista. Me pidió una de mis pastillas. Cuando saqué el frasco, Félix puso una mano precipitadamente sobre la mía, mirando alrededor sobresaltado.

—Eso es oro, recuérdalo —dijo con una sonrisa—, y esto es la quebrada de los forajidos.

Empezó a difundirse una especie de alegría beoda. Dos jóvenes se cogieron del brazo y bailaron una torpe jiga. Una chica se reía sin parar. Dan el tabernero se mantenía detrás de la caja registradora observando con mirada inquieta aquel tráfico que iba y venía por el pasillo del lavabo. Félix suspiró y cantó a media voz:

Oh, Dios, qué malos son todos nuestros frágiles goces...

Luego volvió Tony con las manos en los bolsillos de los estrechos pantalones, temblón y sonriente.

—¿Se acabó la cirugía? —dijo Félix—. ¿Todo el mundo curado?

—Falto yo —dijo Tony.

La crispación se había extendido de las mandíbulas a los brazos, luego empezó a temblarle una pierna. Liz le tiraba de la manga.

—Él me dio —dijo, con una risilla—, me dio una de...

Él le apartó la mano bruscamente.

—¡Déjame! —chilló—. Jesús.

Estaba sudando. Miraba implorante a Félix, con la sonrisa rota. Félix se echó a reír y se volvió hacia mí.

—Me parece que el médico está enfermo —dijo.

—Venga —cuchicheó Tony, rechinando los dientes—, venga, no...

Félix se volvió de nuevo hacia él muy despacio.

—Pero Tony, dime, ¿quién va a llevar el coche luego a la vuelta si tú te colocas?

Los dos jóvenes que habían estado bailando se habían caído ahora y estaban tumbados boca arriba en el suelo moviendo los brazos y las piernas débilmente en el aire. Uno de ellos parecía que estuviese llorando. Tony se llevó una mano a la frente. Liz le observaba con una especie de curiosidad nebulosa.

—Estaré bien —dijo—. De verdad que sí...

Félix hizo un gesto de aceptación con una mano.

—Bueno, está bien —dijo—, cúrate.

Tony se arrastró hasta el lavabo, precipitándose lateralmente a través del grupo que se arremolinaba en la penumbra. Había estallado una pelea, se oían gritos y tacos y Dan salió de detrás de la barra, aullando. Una chica cayó al suelo de bruces sangrando por un ojo. Alguien seguía riendo sin parar. Liz se bajó del taburete con una cara cenicienta y hosca.

—Uy —dijo—, creo que voy a vomitar.

Luego, súbitamente, estaba ya fuera en la noche fría, negra, satinada, bajo un pasmo de estrellas. Me llegaba el olor de los pinos y oía susurrar el viento en sus ramas. Sentí una especie de mareo. Brotaba algo de mí, anhelaba salir hacia la oscuridad. Y de pronto volví a caer en la cuenta claramente del secreto que había pasado por alto durante tanto tiempo, que el caos no es nada más que un número infinito de cosas ordenadas. El viento, aquellas estrellas, aquel agua corriendo entre las piedras, todo el mundo cambiante, destartalado, era un problema que tenía solución. Avancé dando tumbos en la oscuridad,

los brazos abiertos en un abrazo ciego. En la grava, al lado de la bomba de gasolina, había una mujer acucillada, meando. La pelea aún seguía en algún sitio. Se oían gritos, gruñidos. Félix brotó delante de mí con una risa sombría.

—¡Hijos de la noche! —dijo—. ¡Qué música hacen!

Subimos por la tortuosa carretera hasta la cumbre de aquella colina. Desde allí se veían a lo lejos las luces centelleantes de la ciudad. Tamborileaba el viento arriba, golpeteando los huecos del aire.

—¡Consideradlo! —dijo Félix en voz alta, como si se dirigiera a una multitud—. ¿No es satisfactorio, no es digno, este mundo?

Había salido una luna cercenada, a su luz desvaída pude ver la sonrisa de Félix. Me cogió del brazo.

—No te he llevado a sitios, sin embargo —dijo—. ¿Eh? Y te he enseñado cosas. Benditos sean los monstruos, porque ellos heredarán la tierra.

Entonces apareció Tony subiendo carretera arriba, en el coche, encogido y ojeroso sobre el volante. Liz iba dormida en el asiento de atrás. Félix entró pero yo me demoré un poco en aquella oscura carretera, embriagado con mi conocimiento del orden secreto de las cosas. Remolineaba el viento, temblaban las estrellas. Tuve la sensación de que caía hacia arriba, hacia la noche.



TODO me había guiado a aquel conocimiento, no había ningún suceso por mínimo que fuera que no hubiese participado en el complot. O quizá debiera decir: todo me había vuelto a llevar a él. Porque ¿acaso no había conocido siempre en realidad aquel secreto? El mundo había sido para mí desde el principio una fórmula inmensa. Céntrate con suficiente fuerza en algo, una nube, una catarata de luz, un grito en la calle, y desplegará sus ecuaciones secretas y complejas. Pero la diferencia ahora era que lo que había en el centro de las cosas ya no eran números. Y me daba cuenta al fin de que los números sólo eran un método, una forma de hacer. La solución en sí era más sutil, más cierta, incluso, que la simple forma de hallarla. Y la hallaría, de eso no cabía ninguna duda, aunque todavía no supiese cómo. Sería todo cuestión, pensaba, de esperar. Algo se había abierto dentro de mí allí en la montaña, una cosa arrebatada, paciente, infinitamente cortés, como una flor oscura que abriese a la noche su garganta. Ahora, mientras a mi alrededor revivía la primavera, cobraba vida la ciudad, como un auténtico jardín, enfebrecida y susurrante, ansiosa y jadeante, con vagos chillidos y vuelos en picado por todos los puntos de aquel aire acuarelado y lamido. Dejé a un lado el cuaderno negro, me irritaba ya, con su desfile de contradicciones y de paradojas mezquinas, con sus insinuaciones intrascendentes. Para qué preocuparme por la naturaleza de los números irracionales o para qué agotar más tiempo mi cerebro con el rompecabezas de qué pudiera ser en realidad una cantidad negativa. Cero es ausencia. Infinito es donde suceden imposibilidades. Estas definiciones bastaban. ¿Por qué no? Salía a las calles, paseaba y paseaba. Era allí, en el mundo grande, donde podía encontrar lo que estaba esperando, aquella fórmula absolutamente simple, encantadora, irrefutable a cuya luz la máscara de la mera contingencia se derretiría. A veces tenía la sensación de que aquello brotaría al ser por su propia fuerza. Y con ello vendría sin duda algo más, aquella mitad muerta de mí que había arrastrado siempre conmigo brotaría temblorosa a la vida de algún modo y yo me completaría, no sé cómo, no sé, pero lo creía, quería creerlo. La sensación era tan fuerte que empecé a pensar que me seguían, como si realmente alguna presencia intermitente se hubiese materializado a mi espalda. Me paraba en la calle y me volvía rápidamente, y todo asumía de pronto un aire estudiado de

inocencia, los escaparates y las fachadas de las casas parecían sospechosamente lisos e insustanciales, como un decorado alzado precipitadamente. Tuve más de una vez el convencimiento de haber visto una sombra moverse, la imagen consecutiva desmayada de un individuo refugiándose raudo en el quicio de una puerta o saltando tras el tronco de un árbol. Luego, durante un segundo, antes de que tuviese tiempo de decirme a mí mismo que lo había imaginado, percibía con un estremecimiento los perfiles de otro mundo más oscuro, más peligroso, invisiblemente entremezclados con éste de cielo y verdes hojas y ladrillo descolorido.

Todo debe cambiar. ¿Qué había hecho yo siempre sino dejarme llevar? Ahora, por fin, habría objetivo, orden. Félix lo aprobó.

—Eso es —dijo—, hay que ser positivo. ¿Qué te dije yo? Siempre he dicho que nos parecíamos.

Me había dado cuenta de pronto del error en el que había incurrido. Había tomado pluralidades por unidades. Dado que el mundo es como los números, las cosas que suceden en él nunca son tan pequeñas que no puedan dividirse en otras. ¿Cómo podía haber pasado por alto algo así? Rebusqué en el pasado reciente, busqué las pautas que tenía que haber pasado por alto. Pero, como antes los números, ahora los acontecimientos, cuando los desmantelaba, no se simplificaban, sino que se esparcían y cuantos más conocía, menos podía entender.

Me lancé a trabajar en la habitación blanca con una pasión nueva. ¿Qué lugar más propio para que amaneciese la luz de la certeza? El profesor cayó en uno de sus súbitos arrebatos de furia.

—¿Qué son en realidad los números —preguntó— más que su propia exactitud?

—No —dije—, no, no los números mismos, sino...

Cruzó los brazos gordos y me miró furioso como un búho ofendido. Tenía la cuenca ocular derecha mayor que la izquierda y eso hacía que pareciese siempre que llevaba un monóculo.

—¿Y? —dijo—. Qué, dime.

—No sé —dije—. Alguna cosa más.

Soltó un bufido.

—¿Qué otra cosa hay, aparte de los números?

La impresora afloró estrepitosamente a la vida, el profesor se volvió hacia ella ceñudo. Leitch me miró de reojo con una risilla, deslizándose el pedacito de chocolate en aquella boquita suya prensil y sonrosada.

Ésa fue la noche que vino a vernos la señorita Hackett. Era una mujer alta y delgada de mediana edad, la cara afilada y prominente, cabello cobrizo y lacado. Asomó la cabeza por la puerta que daba a las oficinas del piso de arriba, con una sonrisa que era a la vez zumbona y picara. Leitch, que estaba echado encima de la consola, se incorporó precipitadamente y la miró. Ella entró y cerró la puerta y se dirigió hacia él decidida, con una mano extendida, sonriendo aún juguetonamente, los labios tensos, como si fuésemos niños y ella se hubiese colado en el parvulario a darnos un regalo. Vestía un traje de tweed de mujer de negocios y una camisa blanca con volantes al cuello. Tenía unos andares hombrunos, los tacones altos golpeaban con vigor en el suelo en una serie de taconazos rápidos y agudos. Leitch se puso de pie, metiéndose el envoltorio vacío de la tableta de chocolate en el bolsillo con una precipitación furtiva. Ella se paró delante de él con un chasquido seco.

—Señor Cossack —dijo alegremente—. Yo soy Hackett. Mucho gusto.

Tenía una mancha de lápiz de labios en uno de sus grandes incisivos. Leitch rió furtivamente y se llevó medroso las manos a la espalda.

—¡Oh! —dijo—, no, yo no soy...

En la sonrisa de la señorita Hackett apareció un pequeño fallo, como una fisura capilar en una taza de porcelana. Lanzó una mirada inquisitiva alrededor. Ya había registrado mi presencia, sin mirarme del todo directamente. El profesor Kosok llegó del lavabo del pasillo, aún manipulando la bragueta. Tardó unos instantes en advertir su presencia. Ella esperó, resplandeciente, mientras él avanzaba parsimoniosamente. Cuando por fin la vio se paró en seco, retrocediendo un poco, abriendo aún más el ojo grande. Ella le cogió la mano y se la estrechó violentamente una vez, fue como si blandiese un látigo. Parecía creerle sordo, porque cuando habló lo hizo a gritos.

—¡Hackett! ¡Se me ocurrió entrar un momento a decir hola!

Él seguía mirándola con severidad premonitoria. Ella lanzó un breve suspiro y miró a su alrededor radiante.

—¡Bueno! —dijo—. Y ese trabajo, ¿qué tal va?

Leitch y yo nos miramos y se estableció entre nosotros inmediatamente una tregua tácita. Frente a todas las cosas posibles que la señorita Hackett pudiese representar, hasta Leitch sentía necesidad de un aliado. Ella llevaba una cartera bajo un brazo, un bolso fino como una oblea de piel suave y bruñida, indicio de una importancia prodigiosa. Miró la consola, alargando un dedo con la uña pintada en rojo vivo.

—Éste debe ser el centro neurálgico, supongo —dijo—. ¡Qué complicadísimo parece!

Hubo un breve silencio. El profesor soltó un gruñido y le volvió la espalda, desplazándose hacia Leitch con un gesto imperativo con el que le indicaba que le enseñase la máquina. Leitch sonrió levemente, carraspeó. Pero antes de que pudiese hablar la señorita Hackett alzó una mano para silenciarle.

—Sí, gracias —dijo con una especie de amabilidad acerada—. Pero yo soy una cabeza de chorlito en lo que se refiere a estos artefactos.

El profesor estaba examinando la impresora. Llevaba puesto su chaleco, pero iba en mangas de camisa, con los broches de los tirantes a la vista. Ellaladeó la cabeza y le examinó, centrando la mirada entre los omóplatos.

—He venido sólo para tener una charla —murmuró—. Sólo una charla.

Se acercó y se quedó también parada junto a la impresora y por un instante los dos se quedaron mirando silenciosos las hojas de cifras que iban saliendo.

—¡Qué deprisa va! —dijo ella, inclinándose para mirar más detenidamente—. ¡Y cuánto material! ¿Sabe?, nos ha impresionado mucho la cantidad de material que usted produce aquí.

El profesor Kosok volvió a remugar y se alejó otra vez de ella. Ella siguió mirando las hojas que salían de la impresora, moviendo la cabeza en una pequeña exhibición de asombro maravillado. El profesor se sentó a la consola, remugando, y empezó a pulsar las teclas con dos índices rígidos, como un pianista aficionado lleno de furia. Leitch y yo estábamos con él, uno a cada lado. La señorita Hackett vino y se asomó a su hombro. Era como un pequeño recital, como si estuviésemos todos agrupados alrededor del piano del gabinete.

—Por supuesto —dijo la señorita Hackett con risa argentina—. Hemos advertido una cierta falta de... bueno, de resultados, podríamos decir.

Esperó, pero él siguió golpeando las teclas como si no la hubiese oído. Ella hizo una profunda inspiración y cogiéndome del brazo me desplazó firmemente a un lado y ejecutó una piruetita rápida que la situó en posición semisentada contra la consola, de cara al profesor, con los brazos plegados y los tobillos limpiamente cruzados. Lanzó de nuevo la sonrisa de parvulario e inclinó la cabeza y le miró a la cara, con un parpadeo.

—El ministro, ¿sabe? —dijo en un tono juguetonamente amenazador—, al ministro le gustan los resultados.

Él alzó las manos al fin violentamente del teclado y se giró en la silla y miró hacia Leitch con una risa áspera.

—¡Resultados! —dijo—. ¡Ella quiere resultados!

Se volvió otra vez y la miró furioso.

—Pero, ¿de qué me habla? —dijo—. ¿Qué quiere decir, qué resultados son éstos, qué espera ese ministro?

Ella atacó de pronto, inclinándose hacia adelante con súbita fuerza y juntando las manos en un aplauso mudo.

—¡Ésa es precisamente la cuestión! —exclamó alegremente—. ¡Eso es lo que queremos que usted nos diga! ¿Comprende?

Leitch, por alguna razón, se echó a reír.

Ella abandonó su posición en la consola, apretando la cartera más fuerte bajo el brazo y pasó junto a mí. Esta vez procuró no rozarme, recordando sin duda, con demasiada intensidad para su gusto, la sensación de aquella cosa pegajosa que contenía mi manga. Se alejó un poquitín, la cabeza inclinada pensando, luego se giró y volvió sobre sus pasos despacio.

—Todos somos conscientes —dijo— de que es un gran honor que esté usted trabajando aquí, una persona de su... su... Y por supuesto, en un caso así, el coste no es una consideración importante.

—Coste, ¿qué coste? —exclamó el profesor—. Esto es horario nocturno.

Leitch tosió.

—Fuera de horas de trabajo —dijo suavemente.

El profesor se giró de nuevo en la silla y le miró furioso. La señorita Hackett desechó con un gesto estas interrupciones, frunciendo el ceño, y demostrando muy claramente que seguía desarrollando su razonamiento.

—Pero tenemos superiores, ¿comprende? —dijo—. Hasta el ministro tiene que rendir cuentas.

Se paró frente a él, sonriendo, pensativa, dejando vagar la mirada por el ojo saltón y marrón furibundo, por la mandíbula apretada con su rastrojo de barba pelirroja, la corbata, las botas. Luego en un centelleo acercó una silla y se sentó en ella, apretando la cartera firmemente sobre las rodillas, con el aire de dejar a un lado toda reserva e ir por fin definitivamente al grano.

—Mi querido señor, escuche. Cuando acudió usted a nosotros habló de realizar ciertos estudios, tengo la documentación aquí.

Dio un golpecito amistoso a la cartera como si fuese la cabeza de un perro fiel.

—Es impreciso —dijo—, los documentos son imprecisos. Nosotros fuimos imprecisos, entonces. Usted, perdóneme, fue el más impreciso de

todos.

El profesor se levantó bruscamente y se alejó de ella, pasándose una mano por el cuero cabelludo, las piernas cortas moviéndose furiosas.

—¡Estudios, sí! —dijo—. ¡Estoy haciendo estudios! ¿Cree usted que miento?

La señorita Hackett movió la cabeza, aún sonriendo levemente.

—No no no —dijo muy dulce, frunciendo los labios—. ¡Qué dice! Por supuesto, no es que se plantee que exista un... engaño. Sólo que esta máquina, comprende, cuesta tantísimo dinero sólo mantenerla funcionando.

Miró a Leitch, que susurró servil.

—Fuera de horas, de horas de trabajo —dijo.

Ella se lo agradeció con un pequeño cabeceo casi coqueto, agitando los rizos pelirrojos.

—¡Costes! —dijo el profesor—. ¡Bahh!

La señorita Hackett consultó su reloj con un diestro vistazo. Luego resopló y lo intentó de nuevo. Hablaba con una voz suave, despacio, dando un toque interrogativo e impertinente a los finales de las frases.

—Nosotros sólo estamos pidiendo —dijo—, el ministro sólo está pidiendo, algún tipo de declaración sobre sus objetivos precisos en este programa. Todo lo que usted nos muestra parece tan..., bueno, tan nebuloso, tan... ¿incierto?

Ante esto el profesor emitió un ruido violento, como el de un nadador sin aliento que aflora a la superficie, y se volvió hacia ella hecho un basilisco.

—¡No hay ninguna certeza! —gritó—. ¡Ése es el resultado! ¡Por qué no entienden eso ustedes...! Bah, estoy rodeado de idiotas y de niños. Dónde se cree usted que está viviendo, ¿eh? Éste es el mundo, mire a su alrededor, ¡mírelo! ¿Usted quiere certeza, orden, todo eso? ¡Entonces invéntelo!

Se desplomó en su silla, furibundo, girando la cabeza de un lado a otro y manipulándose la corbata, moviendo las piernas furiosa y espasmódicamente. Hubo un silencio. La señorita Hackett emitió una tos delicada y se pasó una mano por el pelo. Miró a Leitch, me miró a mí, e incluso, con una sonrisita valerosa y frágil, para mostrarnos lo paciente que era, lo intrépida, miró luego otra vez al profesor, reprobatoriamente, como si fuese un bebé grande y obstinado.

—No pretendía ofenderle —dijo—. Sólo vine a tener una charla amistosa. El ministro quería enviar a otra persona, pero yo dije no, no hay necesidad de eso todavía, déjeme ir a mí, él me lo contará, después de todo, soy una especialista en estadística.

El profesor hizo un gesto despectivo con una mano.

—¡Oh, estadísticas...! —murmuró, moviendo la cabeza.

—Pero veo —continuó la señorita Hackett—, veo que estaba equivocada, en realidad he perdido el tiempo, ¿no? Y ahora es tarde y he de dejarle.

Se levantó, alisándose la falda, y se colocó la cartera debajo del brazo. Leitch se precipitó hacia ella, durante un segundo pareció que iba a cogerla en brazos y a transportarla hasta la puerta en un gesto expiatorio y reverente.

De pronto el profesor emitió otra de sus breves y ásperas risas y se levantó y aproximó su cara a la de ella, señalándome a mí con un dedo.

—¡Ahí! —dijo—. ¡Él! ¡Él es al que necesita, él cree que los números son exactos y rigurosos, háblele de él a su ministro!

Se volvieron, los tres, y me miraron un instante silenciosos. La señorita Hackett frunció el ceño. El profesor movió de nuevo la cabeza.

—Y mírele —dijo—. No tiene más que mirarle.

Era como si estuviesen situados al borde de un hoyo, atisbando por él. Luego la señorita Hackett se irguió y conjuró una última sonrisa de acero.

—Bueno —le dijo al profesor—, buenas noches, tendrá usted noticias nuestras, claro, a su debido tiempo.

Cuando iba ya a medio camino de la puerta se paró; Leitch, que iba pisándole los talones, casi choca con ella. Contempló la habitación, arrugando la nariz, como si se fijase por primera vez en aquel sitio. Parloteaba la impresora, canturreaba el aire.

—Esto parece una mazmorra —dijo—. ¿Cómo pueden ustedes soportarlo...?

Después de que se fue, Leitch miró al profesor con una mirada furiosa.

—Ahora sí que la ha hecho buena —dijo—. Sí, ahora la ha hecho buena, ya verá.

Nunca volvieron a ser igual las cosas entre Leitch y yo después de aquella noche. Era como si nos hubiesen sorprendido a los dos en algún drama desesperado y accidental y el peligro compartido nos hubiese impuesto una intimidad tan embarazosa como ineludible. Se hizo charlatán. Se quejaba del profesor, le llamaba viejo cabrón, me explicó otras barbaridades que había hecho antes de aquella noche. Se apoyaba en la consola, gordo y maligno, y se ponía a cuchichear. La visita de la señorita Hackett había sajado el divieso de su amargura y ahora el veneno salía todo. No le habían tratado bien, nunca le habían tratado bien. Estaban todos en contra suya, la gente, todos contra él.

Sólo porque... pero ahí se interrumpía y me lanzaba una mirada recelosa y concentrada. Tenía unos ojos medrosos, hundidos en unos charcos de sombra violeta, turbios, y como pegajosos, como dos caracoles marinos marrones. También hablaba de la señorita Hackett, suavemente, como con un asco obsesivo. Hacía chistes en los que ella padecía las indecencias más intrincadas. Su conocimiento de la anatomía femenina era impresionante, Félix decía que era un ginecólogo frustrado. Me posaba una mano caliente en la muñeca, con una risilla, y me acercaba la cabeza a la oreja y susurraba otro muy bueno. Yo nunca pude conseguir más que una pálida sonrisa como respuesta pero no importaba, él apenas si se daba cuenta, sólo quería oírse él mismo decir lo que quería. Cuando estaba allí Félix nunca hablaba. Félix le miraba encantado con él, con las zapatillas, la corbata, la barriga gorda, aquellos ojos recelosos y acuáticos.

—Yo digo una cosa, Basil —decía—. Dime, ¿qué hace un alegre pimpollo como tú en este agujero tan raro?

Y me guiñaba un ojo con una sonrisa zumbona y apoyaba los pies en la consola y encendía una colilla de su caja.

Estábamos pendientes de qué iba a pasar después de lo de la señorita Hackett, Leitch esperaba lo peor, aunque nunca decía exactamente qué pensaba que sería lo peor. Una noche sonó el teléfono, hasta entonces yo no me había dado cuenta siquiera de que estuviese allí. Lo descolgó el profesor Kosok y se levantó y escuchó su vocecita airada largo rato, frunciendo el labio inferior, enfurruñado. Él dijo poco y por último colgó ruidosamente. Cuando volvió a sonar lo descolgó y lo dejó descolgado. Luego el volumen de las transmisiones comenzó a disminuir, apenas era apreciable al principio. A veces la impresora paraba de golpe, en mitad de una hilera de cifras, y se quedaba silenciosa durante minutos interminables, con un aire misterioso de complicidad y suficiencia. Leitch insistía en que no podía encontrar ningún fallo, que tenían que haber dejado de emitir del otro lado, y el profesor le gritaba hasta que la impresora volvía a ponerse en marcha otra vez como si no hubiese pasado nada. La gente de día se quedaba cada vez hasta más tarde, en una ocasión cuando llegué acababan de salir hacía un instante, pude ver una mano cerrando la puerta, y les oí reírse en las escaleras, los asientos de las sillas aún estaban calientes.

Félix se dejaba caer por allí a todas horas, llegando a veces a primera hora de la mañana, cuando estábamos acabando. Siempre daba la impresión de haber estado levantado toda la noche, haciendo cosas. Entonces salíamos los dos juntos al amanecer e íbamos caminando, siguiendo el río gris, en la

niebla. Recuerdo aquellas mañanas con una extraña claridad. El silencio sobre la ciudad, las gaviotas volando en círculo, el pálido sol de primavera abriéndose paso a través de la mugre, aquel tono especial de lavanda en el aire denso sobre los tejados. Él hablaba del profesor, me preguntaba despreocupadamente sobre el trabajo que estábamos haciendo. Creo que pensaba que le ocultaba cosas, me miraba fijo, sonriendo quisquillosamente, la cabeza echada hacia atrás y una ceja rojiza arqueada. Le expliqué lo de la señorita Hackett y se echó a reír.

—Así que están, ¿eh? Ándate con ojo, Filemón; para que no te vayan a barrer de un plumazo a ti con él.



FUE una de aquellas mañanas con Félix cuando... No, él no estaba allí, fue simplemente una mañana de abril. El profesor estaba fuera también, no sé dónde, da igual. El piso estaba silencioso. Había restos de comida en la mesa de la habitación delantera y un cenicero rebosante. Me quedé plantado junto a la ventana, sin ganas de marcharme ni de quedarme. El dolor había iniciado su teclante melodía, como hacía a aquella hora de cansancio todas las mañanas, imaginaba algo dentro de mí, todo rodillas y codos terribles, tironeando mis nervios. La calle estaba desierta. En una de las casas de enfrente se oía un teléfono; sonaba débilmente, no paraba de sonar. El silencio se agrupaba a mi espalda, era como un animal grande y mudo que me diese codazos suaves, con una especie de insistencia quejumbrosa. No me gustaba estar solo de aquel modo, en una habitación que no era la mía, tenía la sensación de ser un extraño, quiero decir un extraño para mí mismo, como si fuésemos dos, yo y aquel otro, aquel intruso que se alzaba dentro de mí, compartiendo en secreto aquella columna de carne frágil y de dolor. Pero en realidad, no estaba solo.

Ella estaba en el sucio cuarto de baño del descansillo, me la encontré cuando intenté abrir la puerta y algo me lo impidió. Estaba hecha un ovillo con las rodillas pegadas al pecho y un brazo desnudo colgando. Llevaba puesto su impermeable de plástico encima de la combinación. Uno de sus pies descalzos estaba atascado contra la puerta, tuve que contener el aliento y escurrirme de lado por la abertura. Cuando me arrodillé junto a ella se estremeció y lanzó un suspiro aleteante de vaga protesta, como un niño dormido que no quiere que le despierten de un sueño. Tenía las manos heladas, debía llevar allí tirada varias horas. Tenía un cardenal azul que estaba volviéndose amarillo en la juntura del codo.

—Adele —dije—. Adele.

Parecía un absurdo.

La cogí en brazos. Se había orinado por encima. Me resultaba insólitamente pesada, de una flacidez fría y pegajosa que apenas podía sostener. El impermeable rechinó y crujió cuando la levanté. Adelanté el pie para abrir la puerta, pero perdí el equilibrio y me tambaleé hacia un lado, como un jinete caracoleando, y durante un instante quedé allí atrapado, con

un pie en el aire y el hombro apoyado en la pared. En el lavabo goteaba un grifo. La ventana que había detrás estaba abierta, abajo, en el jardín, gorjeó un tordo una nota líquida y repetida, que también era como un goteo de agua. Cuando volví la cabeza, un ojo ampliado, mío, me contempló acechante en un espejo de afeitador. Miré las cosas que había a mi alrededor, aquel grifo, una navaja de barbero vieja, un vaso con un cepillo de dientes dentro, sus texturas borrosas y espesadas a la luz marfileña de la mañana, y tuve durante un segundo la sensación de que se me estaba mostrando algo, centelleó para mí furtivamente y luego desapareció, lo mismo que desaparece una moneda en la palma de un prestidigitador.

La llevé a la habitación delantera y la eché en el sofá, apoyada en el brazo de éste. La cabeza se le escurría hacia abajo continuamente. Debí permanecer allí mucho tiempo, transido, simplemente mirándola. Luego, entré en la cocina y volví de nuevo, me dirigí hacia los dormitorios, retorciéndome las manos, buscando no sé qué. Cogí su abrigo de piel astroso y la envolví en él. Creo que le hablaba continuamente, recuerdo de forma confusa el sonido apagado de una voz de fondo, halagadora e intimidatoria, que sólo puede haber sido la mía, recuerdo también la delicadeza parisina de la mañana de primavera, con leves rumores de tráfico y estrépito de palomas, un soplo de nube blanca en el rincón de una ventana, aquel paralelogramo sólido y grande de sol en el suelo a mis pies.

Luego llegó la ambulancia, y se apoderó de todo una extraña calma de ensueño. Supongo que yo esperaba una gran conmoción, sirenas y el rechinar de frenos, botas en las escaleras, gritos. En vez de eso, hubo un discreto timbrado y dos hombres alegres y corpulentos de uniforme entraron, portando una camilla enrollada. Tenían aspecto de saber exactamente lo que encontrarían. Se pusieron a trabajar con mucha calma, uno envolviendo a Adele en una manta roja mientras el otro desplegaba la camilla. Luego, los dos juntos la levantaron diestramente del sofá y le echaron una correa por los hombros y otra por las rodillas y uno de ellos se inclinó y le retiró de la mejilla un mechón húmedo de cabello. Estaba tan pálida, tan serena, como la efigie de una niña martirizada. Abajo en la calle, la radio de la ambulancia cuchicheaba a intervalos. Colocaron la camilla en la acera mientras abrían las puertas de atrás. Adele despertó y miró a su alrededor desconcertada. Me agarró de la manga.

—¿Qué has hecho? —dijo en un lamento áspero y débil—. Oh, qué has hecho...

La metieron luego en la ambulancia y se la llevaron. En el edificio de enfrente sonaba de nuevo aquel teléfono.

Sólo había un hospital al que pudiera ir, claro. Caminé, silencioso como el recuerdo, por aquellos pasillos familiares. Todo estaba quieto. Había momentos como aquél, lo recordaba, en que las cosas se quedaban quietas de pronto, sin ningún motivo, en medio de la mañana más ajetreada, y la calma se extendía como éter por los pabellones. Había en algún sitio una radio que sonaba suavemente y abajo en las cocinas cantaba una criada. Me dijeron que Adele estaba durmiendo, así es como lo decían, ella está durmiendo ahora, como si el sueño allí fuese un tipo de terapia cara y especial. Y me lanzaron una mirada fría. Pero cuando volví aquella noche, estaba despierta, sentada en una cama blanca, como un pájaro ávido atado a una percha, las manos delgadas apretadas sobre la colcha y el cuello estirado. La habitación olía a leche y a violetas, el olor de ella. Estaban allí Félix y el profesor Kosok. El profesor estaba sentado con las piernas cruzadas, tamborileando con los dedos en la rodilla y mirando al techo. Me paré en la puerta.

—Aquí está el lindo y dulce Robin —dijo Félix—. ¿Qué, ninguna golosina para la hermosa doncella, ni flores frescas, con rocío?

Adele tenía los ojos febrilmente iluminados y no paraba de reír.

—Mirad este lugar —dijo—, qué hago yo aquí, yo estoy perfectamente.

Su mirada se deslizaba más allá de mí, no se centraba en nada. Tenía en la comisura de los labios una mancha de rojo inflamada y se la rascaba con las uñas, rascaba y rascaba. Seguía aún en combinación, con el abrigo de piel por los hombros. Había estado tirándose del pelo, lo tenía erizado, de un negro azulado y resplandeciente, como un andrajo de plumas. Félix me habló tapándose la boca con la mano con una solemnidad burlona.

—Ella está molesta, muy nerviosa.

Félix rió entre dientes. La luz del ocaso brillaba en la ventana. Fuera se veía la parte superior de un muro de ladrillo y una extensión plana de tejado con una chimenea como la de un barco, que soltaba humo blanco. El profesor se agitó en su asiento y suspiró.

—Es tarde —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Tengo que marcharme.

Pero siguió allí sentado, mirando hacia arriba, tamborileando con los dedos, tamborileando. Pasó un momento, como algo que portasen

cuidadosamente por en medio de nosotros. Luego, Félix volvió a reírse despacio y dijo:

—Sí, jefe, vamos, es hora de que nos vayamos.

En la puerta, el profesor vaciló, fingiendo buscar algo en los bolsillos. Frunció el ceño. Adele no le miraba. Félix le dio un empujón en broma y me guiñó el ojo por encima del hombro y luego se fue.

Yo miraba el humo fuera. El cielo del crepúsculo estaba pálido. Podía ver a lo lejos los perfiles difuminados de las montañas. Adele seguía sin mirarme. Probé a tocarme la mano, pero ella la apartó, no precipitadamente, pero sí con firmeza, como un niño que se lleva un juguete.

—No tengo ninguna paz, ¿comprendes? —dijo—. Ninguna paz. ¿Y qué voy a hacer aquí?

Suspiró y movió la cabeza, con un aire de suave enojo, como si todo aquello sólo fuese algo que se hubiese interpuesto en el camino de otras cuestiones infinitamente más importantes que ahora tendrían que esperar.

—Lo siento —dije.

Lejos, en el cielo, se remontó y giró una gran bandada de pájaros, centelleando sombríos de pronto a la luz como un millar de alas convertidas en una. Ícaro. Adele miró a su alrededor vagamente.

—Se han llevado mis cigarrillos —dijo—. Tendrás que traerme.

Y por primera vez desde que había llegado, me miró directamente, con aquella mirada fiera y estrábica.

—¿No lo harás? Tendrás que...

Se abrió la puerta detrás de mí. Me volví y la enfermera jefe se detuvo en el umbral y nos miró.

Orden, pauta, armonía. Presiona lo suficiente cualquier cosa, lo que sea, y el azar se aclarará. Esperé, impaciente, en un estado de emoción sombría, me había desprendido de los impedimentos acumulados durante años, perseguía ahora la sencillez, lo puro y sin desorden. Había por todas partes señales secretas. La máquina cantaba para mí, ¿acaso no había sido construida también según un código binario? Uno y cero, éstos eran los polos. Los soplos de la primavera estremecían mi corazón. No podía dormir, vagaba por las calles resplandecientes horas y horas, presa de una especie de hilaridad sin gozo. Tenía dolores. Cuando me echaba al fin, exhausto, observando el cielo, las nubes fugitivas, un dolor sordo y gris se me alojaba en la boca del estómago como una rata gris, y se quedaba allí alojado. En el crepúsculo

ceniciento me levantaba, los párpados ardiendo, y algo golpeteando en la cabeza, y me iba al hospital.

También allí imperaba un ambiente frenético. Llegaba a la habitación de Adele y la encontraba con Félix y el padre Plomer, los tres con los ojos brillantes, como exhaustos, como al final de un juego desquiciado. El sacerdote era un visitante frecuente, asomaba la cabeza por la puerta con una sonrisa conspiradora, y entraba de puntillas, gordo y grande, con su traje negro y su estola bordada, las gafas relumbrando. Juntaba las manos en una palmada y se reía, enseñando los dientes blancos y los empastes de oro. Era como una chica grande, torpe y nerviosa. Le encantaba estar allí. ¡Damos una fiestecilla!, decía, y conseguía que una de las chicas de la cocina nos trajese una tetera y platos con pan y mantequilla. Antes de sentarse se quitaba la estola reverentemente y la besaba, cerrando brevemente los ojos. Luego alzaba las manos al cielo y decía muy suave:

—¡Ah, libertad!

A Félix le trataba con una especie de familiaridad trémula, cabrioleando a su alrededor y soltando una risilla boba con sus chistes.

—Oh, tienes un ingenio maligno —decía—. ¡Un ingenio maligno!

Y Félix miraba por encima del hombro del sacerdote hacia mí, sonriendo, los labios finos muy estirados.

Adele estaba sentada en medio de nosotros, con la cara blanca seria y el espantajo de su pelo. Había cambiado la combinación por una bata de raso con rosas y pájaros, que hacía que la habitación pareciera más que nunca un aviario. También se reía cada vez más pero su risa parecía cada vez más como los primeros chirridos sorprendidos de algo que hubiera caído con las alas abiertas en una red. Cada vez tenía los ojos más apagados, se le extendía por las pupilas una película leve y blancuzca. Se quejaba de la luz, no era bastante fuerte, pero cuando se subían las persianas, o cuando se trajo otra lámpara, se tapaba la cara y la apartaba de la claridad.

Después de una de nuestras visitas, el padre Plomer se detuvo en el pasillo, nervioso y solemne, y nos habló a Félix y a mí.

—Me propongo salvarla, ¿sabéis? Oh, sí, ella está de acuerdo en recibir instrucción.

Félix retrocedió abriendo los ojos asombrado.

—¡Ahí va! —exclamó, y alzó una mano para ocultar la sonrisilla burlona que no podía reprimir.

Luego, durante un tiempo, aquella atmósfera retozona que yo solía encontrar cuando llegaba a su habitación, dejó paso a una atmósfera tensa y

reverente, en la que parecía vibrar algo, como si hubiese dejado de resonar una campanita. En una ocasión, les sorprendí incluso en un acto de oración, el sacerdote con una rodilla en tierra, una mano en la frente y el misal abierto, Adele echada sobre la almohada con las manos unidas en el pecho y los ojos alzados, pálida y cerúlea con su bata de raso, como un cuadro de una doncella ahogada tendida en la orilla salpicada de flores de un arroyo. Pero no duró. Un día, le arrebató el libro de oraciones con una carcajada y lo lanzó al otro lado de la habitación y aunque él se quedaba rondando por el pasillo con una expresión ofendida, ella no le quiso ver más.

—No se preocupe, padre —le dijo Félix jovialmente—, ella encontrará su propia vía hacia la luz.

Aquella noche ella estaba alegre, sentada con los tobillos cruzados bajo las sábanas y un cenicero en el regazo. Se había pintado los labios y se había maquillado y pintado las uñas de color escarlata. Esgrimía un cigarrillo aleteando las pestañas y frunciendo la boca como una vampiresa.

—Intentó meter la mano debajo de la ropa —dijo—. ¿Os imagináis?

Félix lanzó un grito alegre.

—¡Ay, demonios, demonios! —exclamó, cruzando los brazos—. Conque la salvación, ¿eh?

Cuando él se fue, ella se sentó y dio un tirón a las sábanas, frunciendo el ceño. No quería mirarme a los ojos. Cogió una revista y se puso a hojearla distraída.

—Escucha —dijo—, tendrás que conseguirme algo. Esa zorra sólo me da eso, como se llame, que no sirve para nada.

Dejó de pasar las páginas de vivos colores y se quedó inmóvil, la cabeza inclinada. Hubo un silencio. Dejó caer el cigarrillo en el cenicero y contempló achicando los ojos el delgado hilo azul de humo que ascendía.

—No puedo —dije—. ¿Cómo voy a hacerlo?

No dijo nada durante un instante, no se movió, era como si no me hubiese oído.

—Sí —dijo quedamente—. Eso es lo que dice él, también, y luego se echa a reír.

Alzó la vista hacia mí e intentó sonreír. La llaga de la comisura de los labios pintados estaba en carne viva. Le temblaba el labio inferior.

—Ella te da cosas, ¿no? —dijo—. ¿Pastillas, esas cosas? Tú puedes pedirle. Puedes decir que es para ti.

Se incorporó con esfuerzo, volcando el cenicero y se arrodilló al borde de la cama y me echó los brazos al cuello y apretó su boca temblorosa contra la mía. Empezó a llorar. Carmín, humo, lágrimas saladas. Aquel sabor, aún lo saboreo.

—Te dejaré que me lo hagas —gimió—. Todo, todo lo que quieras. Todo...



LO robé para ella. Sabía dónde buscar, qué coger. La enfermera jefe no estaba en su mesa, y la llave del dispensario estaba en su cajón. Subí al piso de arriba. Era la hora del té, nadie me prestó atención. En un hospital, hasta yo podía pasar inadvertido. Cerré con llave la puerta del dispensario cuando entré. Qué tranquilidad había allí de pronto, era como estar bajo el agua, en medio de todas aquellas estanterías de cristal verdoso, aquellos frascos rebosantes de sueño. Encontré lo que había ido a buscar, pero aun así me entretuve, apoyado junto a la ventana. Era un anochecer borrascoso. Un cielo lleno de destrucción fluía arriba en silencio. Abajo en el jardín, latigueaba y se estremecía un cerezo, sus flores caídas se movían en olas yendo y viniendo sobre la hierba gris. Cuántos momentos había conocido como aquél, en que todo parecía desfallecer, como una juerga que acaba de pronto, y vi una vez más con ojos cansinos lo que había estado allí desde el principio. Apreté la frente contra el cristal. Quedarse allí, quedarse allí eternamente, así. Acabar, por fin.

Ella estaba paseando por la planta, con los brazos cruzados con fuerza como para sostenerse. Voló hacia mí, ¿dónde había estado? Le entregué las pequeñas ampollas de plástico. Se las metió en el bolsillo de la bata y se quedó un momento inmóvil, con una especie de sonrisa vacua, mirando al vacío. Luego frunció el ceño. No, murmuró, la habitación no era segura, no tenía cierre en la puerta, podía entrar cualquiera. Además, no tenía allí sus cosas, las había escondido. Se puso a pasear de nuevo, hablando sola, una mano en el pelo y arrancándose la postilla de la boca con la otra. Luego se detuvo, moviendo la cabeza.

—Allí no habrá nadie, dijo. Nunca hay nadie allí a esta hora, no habrá problema.

Me apretó el brazo.

—Sí, —dijo—, sí, no habrá problema.

Me sorprende de pronto lo parecidos que eran a claustros aquellos pasillos, con los techos en arco, las imágenes, los lirios, aquella quietud que no llegaba a ser silencio. Se lanzó delante de mí, pegada a la pared, un fantasma descalzo. Me llevó a la capilla. Era una celda pequeña abovedada en la que colgaban banderas y gallardetes y cuadros sacros en grandes marcos

marrones. En una vidriera, de la que se desvanecía la última luz, se veía la ascunción de la Virgen en rosas y azules chillones. Había narcisos en el altar en miniatura. Había un quinqué metálico con un globo rojo rubí colgando del techo sostenido por una cadena gruesa. El lugar, engalanado y en penumbra, tenía un aire lánguido vagamente sibarítico, como la tienda de un caudillo del desierto. Olía a madera y a cera. También el silencio era allí un poco susurrante, como un preñado de ecos persistentes. Adele buscó detrás del cuadro de un San Sebastián espetado y sacó una bolsa de plástico fijada con esparadrapo a la parte de atrás del marco. Nos quedamos un momento inmóviles en el silencio sacro, las cabezas juntas, admirando sus tesoros. Había un frasquito y una cuchara, un cuentagotas de goma y una jeringuilla desechable con la aguja doblada, la había recuperado de un cubo de basura. Yo pensé en otra vez que habíamos estado así, con calidez recíproca, los alientos mezclándose. Fuera soplabla el viento. Le temblaban las manos. El santo herido nos contemplaba con su mirada juiciosa, triste y lasciva.

Adele se arrodilló en el escalón del altar para mezclar su poción, mientras yo miraba sentado en un banco. Actuaba con una concentración tierna y absorta, mordiéndose el labio, con el ceño fruncido, olvidándose de sí misma. Me resultaba casi desconocida, arrodillada allí, transfigurada, perdida en su tarea, una sacerdotisa votiva. De vez en cuando tenía que parar y esperar a que se le calmara el temblor de las manos, y miraba alrededor turbiamente, con unos ojos que no veían. Encendió un cabo de vela y lo colocó en el escalón y calentó la mezcla en la cuchara. Luego se sentó sobre los talones y se subió la manga de la bata hasta el hombro. Su brazo desnudo relumbraba con aquella luz tenue. Encontró una vena y apretó y apretó hasta que sobresalió, gorda y morada, atracada de sangre. Al principio la aguja no entraba y ella pinchaba y empujaba, emitiendo un leve sonido maullante y arqueando la espalda. Luego de pronto la punta de la aguja entró y la piel hinchada se deslizó hacia arriba rodeándola, como una boquita fruncida, arrastrando hacia su interior el fino hilo de acero, y ella apretó el émbolo despacio, mientras la vena palpitante sorbía y sorbía y por último echó la cabeza hacia atrás, agitando los párpados, y exhaló un suspiro largo y temblequeante.

Me arrodillé en el suelo frío y la sostuve. Me miraba sin verme. Su mano, que aún sostenía la jeringuilla, yacía inerte en el escalón a su lado. Estrujé la tela sedosa y fría de la bata en mis manos.

—Lo prometiste —dije—. Lo prometiste.

La levanté y la llevé hasta la puerta y la apoyé de espaldas en ella para que no pudiese entrar nadie. Ella me echó un brazo por los hombros y, apretándome la cabeza con el otro en un fiero abrazo, hundió el mentón en mi mandíbula. Tenía los muslos fríos. Yo escuchaba con vago asombro mis propios jadeos ásperos y acelerados. Su nuca golpeaba sordamente la gruesa puerta de roble. Se reía, o lloraba, no sé exactamente.

—Me conseguirás más, ¿eh? —me dijo al oído—. Dilo, di que me conseguirás más.

—Sí —dije—, sí.

Pero no tenía que conseguirlo, lo tenía ya, suficiente para mantenerla en marcha varias semanas, aún lo tenía en el bolsillo, suficiente para mantenernos a los dos en marcha, varias semanas.

Y así, a la misma hora, tarde tras tarde, íbamos allí a la capilla y yo le daba su ración de paz del día y a cambio ella abría la bata y me sujetaba brevemente, jadeando, apretado contra su carne temblorosa. Recuerdo la quietud que nos rodeaba, la luz agonizando en la ventana de colores chillones y el olor de aquel sitio, como el olor de los ataúdes, y el vago estrépito de la hora del té afuera en los pabellones, un ruido de otro mundo. Después nos sentábamos los dos juntos largo rato a la claridad fosca de la lámpara vacilante del altar, mientras moría otro día y llegaba la noche. A veces entraba silenciosa una anciana de bata y se arrodillaba un rato, suspirando y murmurando, la cara tapada con las manos. No nos prestaba ninguna atención, puede que no advirtiese nunca nuestra presencia. Era mayo, el mes de María, ponían flores frescas en el altar todos los días, narcisos y tulipanes, y lirios de agua. Adele se sentaba con la cabeza inclinada y las manos en el regazo, tan quieta que apenas parecía respirar. Yo le hablaba de los números, de cómo funcionaban, de lo simples que eran, lo puros. No sé si me escuchaba siquiera. Le hablé también de aquella experiencia en la montaña, cómo había comprendido de pronto, con más fuerza que nunca, que por debajo del caos de las cosas persiste un orden oculto. Me bloqueó la garganta como un arrebató, que me quebró la voz como si me doliera. Ella apoyó un hombro cansinamente contra mí.

—Tengo que salir de este lugar —dijo—, ayúdame.

Sonó una campana, pronto vendrían a rezar el rosario. Me levanté para irme. Ella alzó la vista hacia mí, aquellos ojos oscuros y nublados.

—Ayúdame —dijo.

Félix me escuchaba, entendía. Eso es, decía, eso es, sonriendo y moviendo la cabeza, instándome a seguir. Saber, hacer, indagar en las profundidades secretas de las cosas. ¿No era eso lo que él me había instado siempre a hacer? Y ahora me ayudaría. Tenía contactos, tenía influencia, había otra gente además del profesor, había otras máquinas también, más grandes y mejores. ¡Oh sí, sí, él me enseñaría! Me gustaba oírle hablar así, despertaba en mí una especie de zumbido nervioso en el que había alarma y presentimiento y un placer sombrío. Y si de vez en cuando alzaba la vista inesperadamente y le sorprendía observándome con una mirada risueña, con aquella taimada sonrisa suya, en fin, no me importaba.

A veces paseaba por la ciudad con él por la tarde. Íbamos al zoo, uno de sus lugares favoritos. Allí todo le parecía irresistiblemente divertido. Se paraba delante de la jaula del tigre, o en la penumbra letárgica de la casa del cocodrilo, y se moría de risa. Los animales, por su parte, le observaban con lo que a mí me parecía una mirada desconcertada y cautelosa.

—¡Oh mira, mira! —exclamaba en un arrebato, apretándome el brazo y señalándome con un dedo tembloroso a un babuino que se estaba rascando el culo morado o a un hipopótamo que intentaba montar a su pareja—. Mundo extraño y curioso éste, pese a todo, que contiene semejantes monstruos, ¿eh, Caliban?

Se encontraba con gente allí, salían de detrás de un árbol o bajaban un periódico y le miraban con una mirada lacrimosa. Tenían todos algo especial, un aire de tensión y de vaga tortura, que casaba con el lugar. Era como si mirasen a través de barrotes invisibles. Él cuando los localizaba se reía para sí levemente y se acercaba de prisa y hablaba con ellos, dándome la espalda. Nunca comentaba después estos encuentros, sino que volvía a ponerse a mi lado y retomaba tranquilamente la conversación donde la había dejado. Pero algunos días percibí que miraba a su alrededor con recelo, que le asomaba una sombra de tensión en la sonrisa y que no se aventuraba fuera del terreno despejado.

—Si alguna vez tienes que buscarme —dijo—, sabes donde estaré, ¿no?

Íbamos caminando por la orilla de un lago ornamental. El día estaba nublado, el aire tenía un lustre de perla mojada. Él estaba comiendo un helado rosa de cucurucho y lanzaba puntapiés despreocupadamente a los patos que se amontonaban en el barro batido de la orilla.

—Quiero decir —dijo—, si no puedes encontrarme, si no me ves por ahí porque se complican las cosas, no hay nada mejor que un período de retiro,

pienso yo.

Me miró y sonrió. Pasó junto a nosotros nadando un cisne negro en silencio, con su porte casto y tímido. Parloteaban los patos. Lanzó lo que le quedaba del helado en medio de ellos y hubo una algarabía. En una islita del lago se columpiaban y parloteaban dos monos en las ramas de un árbol muerto.

—Tenemos que mantenernos unidos —dijo Félix—. Somos los dos de la misma clase, tú y yo.

Luego me cogió del brazo y salimos del zoo y subimos la cuesta hasta la parada del autobús. La ciudad quedaba a nuestros pies, acurrucada bajo un cielo nublado. Nos quedamos parados en el tráfico junto al río cuando empezó a llover, con la lluvia repiqueteando en el costado del autobús. Cesó tan bruscamente como había empezado, y cayó un pálido baño de sol sobre los tejados y las agujas relumbrantes y un ave blanca solitaria se recortó a gran altura contra un muro de nubes color cardenal. Qué inocente era todo, qué despreocupado lo recuerdo, la luz empapada, las agujas, aquella ave, como un plano de fondo de un cuadro hecho por un aprendiz, quizás, mientras en primer plano corcovean caballos y alzan los ojos negros etíopes y un pobre desdichado se muere clavado en un madero.

En Chandos Street encontramos a Liz acurrucada en las escaleras de la entrada. Cuando nos acercamos a ella se encogió y alzó los brazos para protegerse la cara. Tenía un cardenal lívido debajo de un ojo y el labio inferior partido y cubierto de sangre seca. No se levantaba, se encogía más contra la puerta con las rodillas pegadas al pecho. Me arrodillé a su lado pero desvió la cara de mí con un sollozo. Félix se plantó ante ella con las manos en los bolsillos, dando golpecitos en el suelo con un pie.

—Tony se puso impetuoso otra vez, ¿eh? —dijo—. Ese muchacho es tan nervioso...

Liz murmuró algo. Le habían saltado un incisivo y resultaba difícil entenderla.

—¿Va a volver? —preguntó Félix, inclinándose y haciendo pantalla con una mano en la oreja.

—¡Está muerto! —exclamó.

Hubo un silencio, sólo interrumpido por sus sollozos sofocados. La oscuridad iba invadiendo la calle. Félix la contempló pensativo, tintineando monedas en el bolsillo.

—¿Muerto? —dijo apagadamente—. ¿Qué quieres decir con eso de muerto?

Ella apretó los ojos cerrados, pero las lágrimas seguían brotando. El labio había empezado a sangrar otra vez. Se abrazaba los hombros, temblando.

—Estaban esperándonos en la esquina —dijo—, le obligaron a irse con ellos.

Félix miró a un lado y a otro de la calle, luego se inclinó hacia ella de nuevo, con las manos en las rodillas, y sonrió.

—Ellos, bueno —dijo—. ¿Quiénes eran ellos, exactamente?

Ella movió la cabeza.

—Ah —dijo él—. Desconocidos. Dime, querida mía, ¿tú dirías que eran, quizá, caballeros del mar? ¿Sí?

Luego me miró, aún sonriendo.

—Bueno, bueno —dijo—, un par de alegres marineros, nada menos. Me pregunto quiénes pueden haber sido.

Bajó a saltos las escaleras y se plantó en la acera, mirando la calle de nuevo, más cautelosamente ya. Luego volvió. Examinó detenidamente la cara de Liz, poniéndose en cuclillas frente a ella y moviendo la cabeza.

—No tienes un aspecto nada bueno, ¿sabes? —dijo—. Nada bueno.

Ella le miró con recelo, sollozante, pasándose una mano por el revuelto pelo ceniciento. Él le sonrió y enarcó las cejas, ladeando la cabeza.

—Te diré una cosa —dijo—, ¿qué te parece un regalito, para que te animes? ¿Qué te parece? ¿No estaría bien eso?

Sacó del bolsillo interior un sobrecito de plástico cuadrado y lo alzó hacia ella para que lo viese, meneándolo alegremente debajo de su nariz. Ella saltó inmediatamente hacia él e intentó quitárselo, pero él retrocedió, sonriendo.

—¡Ah, ah! —dijo—. Primero una pregunta, ¿qué querían, exactamente esos marineros?

Ella contemplaba el sobrecito, lamiéndose los labios partidos.

—A ti, era a ti a quien andaban buscando.

Él la miró con un asombro burlón, llevándose una mano al corazón.

—¿A mí? —balbució—. ¡A mí! Pues sí que estamos buenos.

Se echó a reír y se levantó de donde había estado acuclillado, dándole la espalda. Ella se arrastró tras él con un grito, de rodillas, agarrándole por el impermeable. Él se detuvo.

—Oh, tu papelina, sí —dijo—. Toma.

Tiró el sobre en el escalón. Ella lo cogió y lo abrió rápidamente y con los dedos tiró hacia abajo del labio inferior hinchado y vertió el contenido entre el labio y las encías, luego volvió arrastrándose a sentarse en la puerta,

abrazando las rodillas contra el pecho. Lloraba, al alejarnos y adentrarnos en la oscuridad seguíamos oyéndola.

En una cabina telefónica de la esquina de la plaza, Félix se detuvo. Se encajó el receptor debajo del mentón, manteniendo abierta la puerta con la rodilla y guiñándome un ojo mientras hablaba.

—Sí, Chandos Street, sí, creo que debe haber tomado algo, parece muy... ¿cómo dice? Yo, oficial, oh, sólo un ciudadano, que cumple con su deber. Bueno bueno, adiós.

Soltó la puerta que se cerró violentamente y se subió el cuello del impermeable y alzó los ojos al cielo.

—La trama se complica —dijo—, ¿eh, Watson?

Salió en las últimas ediciones. Juego sucio en los muelles, extraído del río el cadáver de un joven, graves heridas en la cara y en la cabeza, irreconocible. La policía sigue investigando.



LA ciudad que había creído conocer se transfiguró de pronto.

El miedo lo alteró todo. Escrutaba las calles con una especie de pasión, bajo su resplandor las cosas resultaban confusas, parecían encogerse y huir de mí, como si las asaltase una extraña timidez. Nunca las había apreciado, o al menos no así, con aquella atención feroz y concupiscente. Veía perseguidores por todas partes. No, no perseguidores, no era eso, eso es demasiado fuerte. Pero nada era inocente ya. Las plazas, las avenidas, los pequeños parques, todos mis viejos refugios, eran ahora una fachada, tras la cual acechaba una presencia malévola e impúdica. Sentía dentro de mí un pánico latente, como una fiebre crónica que podía incendiarse de pronto ante el miedo más leve. Iba caminando por la calle y de pronto aceleraba el paso, hasta que estaba claramente huyendo, la cabeza, inclinada, el corazón golpeteando, el aliento brotando como en pequeños gritos, sin embargo cuando paraba al fin, exhausto, y miraba hacia atrás, nunca había nada, sólo una sensación general de risa queda y satisfecha. Me resultaba especialmente alarmante el amanecer, esa hora imprecisa de sombras y vagas perspectivas, huía de ella refugiándome en el santuario fluorescente de la habitación blanca, donde todo parecía su propia fuente de luz y las superficies eran impasibles, sin profundidades engañosas, y la atmósfera neutra e inerte como un gas incoloro y sutil.

Había ya poco que hacer allí. Las transmisiones exteriores habían cesado por completo. El profesor paseaba y cavilaba en furioso silencio, un hombre traicionado. El teléfono estaba permanentemente descolgado. Algunas noches no aparecía siquiera el profesor, y nos quedábamos Leitch y yo solos en una intimidad incómoda y tensa. Leitch estaba nervioso también, paseaba por allí silencioso con sus zapatillas, las manos embutidas en los bolsillos caídos de los pantalones. Estuviese en la parte en que estuviera de la habitación, a mí me parecía que podía oírle respirar. Me contaba sus chistes y me ofrecía manjares escogidos de su bolsa de comida. Yo hubiese preferido la antigua hostilidad a aquella cordialidad un tanto amenazante. Tenía una sensación como de tener bien sujeta una cuerda en la oscuridad y como si en cualquier momento lo que estaba al otro extremo pudiese tirar de la cuerda hacia arriba y salvarme. Leitch atendía la máquina ahora con una especie de vigilancia

frenética, observándola como un padre frustrado y furioso, maldiciéndola, dándole patadas, tirándole mendrugos de pan. La máquina soportaba estas afrentas en silencio, sordamente, como con la atención desviada hacia otra parte, como si estuviese pensando en algo absolutamente diferente. A él le enloquecía, su imperturbabilidad, su estupidez absoluta, enfática, irremediable.

—No sabe nada —decía el profesor—, nada que no le hayan enseñado.

Leitch encogió su gran cabeza entre los hombros, dejando vagar su mirada oscura y herida por la habitación.

—Sí —dijo entre dientes con acritud—, exactamente igual que nosotros.

Una noche apareció detrás de mí en el lavabo y me abrazó por la cintura. Intenté librarme de él y forcejamos brevemente, rodando de lado a lado en una especie de baile forzado. Salimos dando tumbos al pasillo, donde nuestros gruñidos y jadeos resonaban como los ruidos de una lucha real. Por fin conseguí meterle un codo en el pecho y darle un empujón tremendo. Cayó hacia atrás, sin aliento, y se apoyó en la pared, con la boca abierta y una mano apretada sobre el esternón. Tenía la corbata torcida debajo de una oreja y había perdido una zapatilla. Me miraba furioso, con un ojo manchado.

—¿Qué te pasa a ti? —dijo—. Él me dijo que...

Se detuvo.

—¿Te dijo qué? Te dijo una mentira.

Me dieron ganas de darle una patada, casi sentí el pie hundiéndose en aquel vientre fofo, le veía ya a cuatro patas devolviendo su cena viscosa. Estaba furioso no porque me hubiera puesto las manos encima, sino porque sabía que ahora no podía seguir allí más.

—Mírate —me decía—, Dios santo, qué monstruo.

Volvió la cara hacia la pared y se puso a llorar, de pena y de rabia, sacudiendo aquellos hombros gordos. Salí a la noche. El aire era negro y húmedo, atronaban las sirenas en la bahía. El edificio se cernía sobre mí, parecía como si fuese a venirse abajo lentamente entre la niebla móvil, todo ventanas oscuras. No había nadie. Me alejé. Había desaparecido otro santuario.

Adela estaba sentada en una silla junto a su cama, cepillándose el pelo con tirones lentos y rígidos. Vestía una bata vieja atada con un cordón deshilachado. Tenía la cara, sin maquillaje, pálida y borrosa, como si hubiera estado frotándose tanto que se le hubiesen difuminado los rasgos. Miraba al

vacío nebulosamente. El padre Plomer estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la habitación, con los brazos cruzados y la cabeza echada hacia atrás. El sol brillaba tras él sobre el tejado plano y la chimenea humeante, y lejos relumbraba un pequeño aeroplano, arrastrándose a través de un cielo azul claro. El padre Plomer tenía la cara en la sombra, los cristales plateados de las gafas brillaban como monedas. Estaba allí también la enfermera jefe, de pie detrás de Adele, los brazos colgando. Era como si estuviesen posando los tres, como si los hubiesen colocado exactamente así, para un retrato de grupo. Adele no me miró, como si no se hubiese dado cuenta de que estaba allí. Le había llevado cigarrillos. La enfermera jefe extendió una mano silenciosamente y los cogió.

—Adele ha dejado de fumar —dijo el padre Plomer—. ¿No es cierto, querida? Una nueva vida. Va a llevar una nueva vida.

Y sonrió, suave, con los ojos en blanco. Adele seguía pasándose el cepillo por el pelo, una y otra vez. La enfermera jefe continuó mirándome un instante, y luego apartó la vista, por última vez.

Cuando fui a la capilla aquel atardecer Adele no estaba allí. No me sorprendió. Estaba en su habitación, dormida, atravesada entre las sábanas revueltas, como si la hubiese depositado allí una ola. Estuve un rato sentado en silencio, observándola. Fuera, aún estaba claro, pero estaba echada la persiana, inundaba la habitación una semiluz gris. El crepúsculo, su hora. También era suyo aquel tono gris perdido, pálido, tierno. Tenía los labios entreabiertos, una mano inerte sobre la almohada junto a la mejilla. Le metí las ampollas en el bolsillo de la bata y salí quedamente y cerré la puerta.

El autobús se balanceaba y cabeceaba por la carretera, derrapando en las curvas, los frenos rugiendo. Los árboles se precipitaban en la luz de los faros, las ramas alzadas en un gesto de asombro, luego volvían a zambullirse en la oscuridad detrás de nosotros. Yo iba en el asiento de al lado de la puerta, junto al conductor, un hombre taciturno, pálido, flaco, que iba sentado con las rodillas huesudas separadas, haciendo girar el gran volante plano con un movimiento continuo de los brazos, como si estuviera recogiendo una sogá. En las paradas, se echaba hacia adelante y apoyaba los codos en el volante, las muñecas cruzadas, y se chupaba los dientes y miraba hacia la carretera. Atravesamos un pueblo y paramos en un cruce sombrío, donde subió un viejo apoyado en un bastón. Se detuvo en la escalerilla y me miró, jadeante, la boca vieja desdentada abierta por un lado. Subimos luego largo rato, después

cruzamos traqueteantes una altiplanicie despejada, divisando leves estrellas muy abajo a derecha e izquierda, y una luna en cuarto creciente encaramada en la punta de un pico lejano. Cuando la carretera volvía sobre sí misma captabas también a veces el brillo de las luces de la ciudad a lo lejos, en la distancia, atrás. Luego nos metimos en una hondonada y paramos y el conductor me miró.

El aire era distinto, y el olor de los pinos, y soplaba un viento vigorizante y había estrellas. Me quedé mirando cómo se alejaba el autobús, las luces traseras balanceándose despacio cuesta arriba. Luego, quietud y un rumor de agua. Sobre la puerta de la taberna ardía un luz empañada y había una luz también en la ventana sucia. Crucé la grava. Debió oír parar el autobús, o quizás estuviese observando desde la ventana. Se detuvo en la oscuridad del umbral hasta que pudo examinarme bien. Entonces vino hacia mí con una mano alzada en un saludo.

—Oh, Melmoth —dijo suavemente—. Hemos estado esperándote.

Cuando pienso en aquella segunda visita al Goat imagino una caverna larga, de techo bajo, de un color marrón turba con quinqués y jarras de cobre relumbrantes y jamones y cosas colgando del techo. El cuadro sólo necesita un camarero de mandil y un alegre vejestorio de patillas rizadas y pipa de espuma de mar calentando las piernas en el rincón de la chimenea. ¿De dónde vienen estas fantasías? Al entrar, el lugar parecía desierto. Dan el gordo estaba detrás de la barra, hurgándose las muelas delicadamente con la uña de un dedo meñique. Llevaba una camisa sin cuello y un jersey verde sin mangas, prieto como un arnés, que sólo le llegaba hasta la mitad de la barriga. Me saludó con un guiño lento y aparatoso, que entrañaba cerrar un ojo pero sobre todo abrir la boca hacia un lado.

—Dan, un ponche caliente para el viajero —dijo Félix.

Nos sentamos en taburetes en la barra. En cuanto fui habituándome a la oscuridad, empecé a distinguir unos cuantos clientes más aquí y allá, grandes y silenciosos campesinos de gorra y largos abrigos sin botones, cuyos ojos se escurrían como peces cuando se encontraban con los míos. Mientras yo bebía a sorbos el licor humeante, Félix me observaba. Él vestía pantalones de golf y calcetines de rombos de colores y una gorra de tela con un botón arriba.

—Me alegro de que hayas venido, de veras. Esto resulta aburridísimo.

Le expliqué que habían encontrado el cadáver de Tony. Se llevó rápidamente un dedo a los labios y lanzó una mirada significativa en

dirección a Dan.

—Sí —dijo quedamente—, me enteré también. Muy triste. Me impresionó muchísimo, te lo aseguro.

Yo no dije nada. Él me examinó con una sonrisilla triste.

—Oye —dijo—, espero que no pienses que tuve la culpa, ¿eh? Yo no les llevé a Chandos Street, ¿comprendes? No me seguían a mí.

Sacó la lata de tabaco y encendió una colilla. Me miró a través del humo, sonriendo aún.

—Vamos, no te deprimas por eso —dijo—. No fue culpa de nadie. Fue sólo una especie de accidente.

—Un accidente —dije.

Soltó una risilla sorda.

—Oh, claro —dijo—, se me olvidaba, tú no crees en accidentes. Todo forma parte de una trama. Bueno, quizás el fallecimiento del pobre Anthony sea realmente un eslabón de algún gran plan o de un complot, pero de todos modos eso no significa que alguien sea culpable, ¿no?

Fumó un rato en silencio, caviloso, luego me puso un dedo en la muñeca y dijo:

—Y tú no tienes que preocuparte tampoco. Acuérdate, los barcos deben navegar, tarde o temprano.

—Pero también vuelven —dije.

Se echó a reír.

—Oh, sí —dijo—. *Die ewige Wiederkunft*, ¿eh?

Se acercó Dan el gordo y apoyó el antebrazo en la barra e inclinó la cabeza hacia mí en una actitud confidencial, ¿pensaba quedarme?, preguntó.

—Los amigos del señor Félix son bienvenidos aquí —dijo, respirando sinceridad cordial y sonriendo.

Me guió por unas estrechas escaleras arriba, el gran trasero lustroso balanceándose delante de mí. Le recuerdo sosteniendo una vela, pero eso seguramente es otra fantasía. Tenía el pelo afeitado por atrás hasta la coronilla, en la que brotaba un mechoncito infantil. El cuello era un gran fajo de grasa colorada con cerdas rojizas. Se paró en el descansillo, jadeando suavemente, y me miró con una especie de sonrisa insinuante, como si hubiera algún secreto tácito vagamente escandaloso entre nosotros. Señaló con un gesto escaleras abajo, en dirección al bar, y dijo:

—Es un tío raro, a pesar de todo, ¿eh?

Me hizo pasar a un cuartito que tenía el techo bajo pandeado, una sola ventana, pequeña, cuadrada, y una inmensa cama de latón. El empapelado,

estampado en relieve con formas florales, había sido en tiempos blanco, pero era ya de un ámbar viscoso, parecía como si lo hubieran barnizado. El revestimiento era marrón, con la pintura repasada para que pareciera roble vetado. Dan se quedó un momento mirando en la puerta con aire solemne.

—Ésta era la habitación de mamá, antes —dijo quedamente.

Suspiró y, más quedamente aún, añadió:

—Antes de que entrara en carnes.

Cuando se fue, apagué la luz y me senté en la cama en la oscuridad y estuve allí sentado largo rato. La luna estaba ya alta, surcaba una esquina de la ventana. Podía ver las formas vagas de los pinos fuera, balanceándose al viento, y, tras ellos, más lejos, las laderas de las montañas próximas, punteadas por lucecitas de granjas y casas de labranza, frágiles faros en medio de tanta oscuridad. Oí al último de los bebedores salir y alejarse despacio por la carretera y luego los rumores de Dan echando el cierre. Ladró un perro un rato a lo lejos, lánguidamente. Me dolían las cicatrices.

¿En qué estaba pensando?

En nada. Números.

Nada.

Nos pasábamos horas andando por las montañas, Félix y yo, día tras día. El tiempo estaba despejado y hacía viento. Era el final de la primavera. El aire cálido estaba preñado de cantos de alondras. Sentía mareos de estar tanto tiempo allí arriba, tan alto. Todo tendía hacia el cielo allí, como si la gravedad hubiera perdido su fuerza en cierto modo. De detrás de un picacho de granito se alzaron nubes blancas, hinchándose hacia arriba en el cénit. No había a qué asirse, a nuestro alrededor, en todo lo que abarcaba el horizonte, se extendían los marrones y los verdes mates de los helechos y la ciénaga. Luego, de pronto, llegamos a una curva del camino y nos encontramos al borde de un cráter pedregoso, con un lago gris acero muy por debajo de nosotros y un sople pequeño de nube pálida flotando en el aire.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Félix—. ¿No te hace esto sentirte como algo de Caspar David Friedrich?

Se llevó una mano al corazón y respiró profundamente, sonriendo arrobado, los ojos cerrados y las narices dilatadas. Llevaba los pantalones de golf y la gorra y un palo largo con un pincho en la punta en la mano. Yo miraba las sombras que fluían como agua por la lejana falda del cráter abajo.

—¿Qué le dijiste a Leitch de mí? —dije.

Abrió mucho los ojos y me miró fijamente, con una expresión de sorpresa exagerada. Luego soltó una risa silenciosa, la punta de la lengua asomando y escondiéndose de nuevo rauda.

—¿Por qué? —dijo malévolamente—. Preocupado por tu reputación, ¿eh?

—Aquél era un sitio en que podía estar —dije—. Ahora ya no puedo ir allí.

Al oír esto soltó una sonora carcajada, golpeando con el palo el suelo pedregoso.

—¡Vaya, vaya! —dijo, con una risilla—. Aquello se acabó, ¿sabes? Creían que el viejo estaba haciendo una cosa importante, hasta que descubrieron que estaba utilizando su preciosa máquina para demostrar que no se podía demostrar nada.

Se acercó al borde del camino y alzó los brazos hieráticos sobre el abismo, levantando el bastón de montañero.

—¡Oh, mundo caótico! —entonó—. ¡Energía ciega, girando en el vacío! Todo vuelve, retorna. Así hablaba el profeta.

Volvió, renqueando y jadeante, un vejete doblado ya, utilizando el bastón como una muleta y alzó una mirada estrábica hacia mí.

—Aquí hay sitio bastante, y tiempo —dijo.

El viento se precipitaba ladera abajo y arrugaba la acerada superficie del lago. Centelleaba la luz del sol. Me cogió del brazo y me fue conduciendo despacio, con solicitud sacerdotal.

—Ponte en mis manos —dijo—. Tengo depositadas en ti grandes esperanzas, ¿sabes? De veras. Las tengo.

Doblamos otra curva del camino y llegamos a un saliente rocoso. Desde allí podíamos ver a lo lejos una densa mancha azul de humo que era la ciudad. Abajo estaba la taberna y se alejaba serpenteando la carretera. Me apretó el brazo contra las costillas.

—¿Qué dices, eh? Piensa lo bien que lo hemos pasado tú y yo. Y piensa en el futuro.

Me adelanté bajando la ladera de la montaña. En el puente que había sobre el reguero detrás de la taberna, paré para tomar una pastilla. Él se detuvo un paso detrás de mí, con la cabeza ladeada, sonriendo levemente y arañando la tierra con el bastón.

—Piensa —dijo—, vinieron ángeles y le sirvieron.

Me iba aquella noche. Félix y yo esperamos en la barra hasta la hora en que llegaba el autobús. El sol del crepúsculo resplandeció brevemente en la ventana. Luego se agolparon las sombras. Dan el gordo estaba enfadado porque no me quedaba. Limpiaba la barra con lentos golpes de bayeta, mirándome de vez en cuando conmovedoramente. Pero al final, la curiosidad superó la sensación de ultraje y fue acercándose más y más, esgrimiendo la bayeta en barridos cada vez más cortos, y habló al fin.

—Esas quemaduras —dijo—, ¿te cayó ácido encima o qué?

Félix alzó los ojos.

—Es la señal de Caín, Dan —dijo.

Le conté mi historia. Escuchaba extasiado, nunca había oído nada parecido, injertos, vendas de papel de estaño y todo lo demás. Cruzó los brazos en la barra y apoyó en ellos las gordas tetillas mirándome sobrecogido, como si hubiese realizado una hazaña portentosa.

—Dios del cielo —dijo—, es como si hubieras estado en las guerras, eh.

—Y ahora está desterrado en la tierra del sueño —dijo Félix.

Dan no le hizo caso, echó un vistazo a la barra, como si pudiera haber alguien allí a la escucha y se acercó más a mí, con aire trascendente.

—Ven aquí —dijo—, ven aquí, ven.

Descolgó una gran llave de un gancho que había detrás y levantó la tapa del mostrador y se apartó para dejarme paso. Yo miré a Félix. Se encogió de hombros.

—Adelante —dijo—. Hay algunas cosas que ni siquiera yo sé.

Dan me guió por una puerta que había detrás de la barra y entramos en un pasadizo estrecho y oscuro, con estanterías atestadas y cajas de botellas en el suelo. Había un olor mohoso a manzanas y a tierra. Tuve durante un instante la sensación de haber estado allí antes, hacía mucho. Llegamos a otra puerta. Dan se detuvo con la mano en la cerradura.

—Me di cuenta de que no eras como los otros que él trae aquí —dijo—. Me di cuenta de que tú eras distinto.

Y sonrió e hizo un guiño.

La habitación era pequeña y estaba a rebosar de cosas. Palpitaba en la rejilla un fuego de carbón bien apilado. Junto al fuego, en un sillón enorme, estaba sentada una mujer enorme. Tenía una cabeza grande y redonda como la de una estatua de piedra, y el cabello blanco ralo e irregular. La cara hinchada le brillaba con el resplandor de las ascuas como una máscara esmaltada que hubiera empezado a fundirse. Vestía una especie de bata de una tela negra

gruesa y brillante y tenía una chaqueta de punto echada por los hombros como una capa.

—Ésta —dijo Dan— es mamá.

Dos ojillos relumbrantes fijaron en mí una mirada firme y despierta desde aquella máscara hinchada. No dijo nada. Una ventana del fondo del cuarto daba a un trocito de jardín cubierto de maleza, donde algunas gallinas hurgaban en la tierra. Las copas irregulares de los pinos se alzaban severas, como dientes negros contra el cielo, como si estuviese cerrándose lentamente a nuestro alrededor una boca inmensa. Estaba oscureciendo. Dan me trajo una silla y me senté. Mamá olía a menta y a cosas que se hubiesen estado desgastando demasiado tiempo cerca de la piel. Cada inspiración suya era como una corriente de aire intensa y áspera, se estremecía dentro de ella, se aplacaba y luego se quedaba quieta un instante, hasta que empezaba la siguiente. Dan se sentó a mi lado, se frotó las rodillas con las palmas, la cara grande resplandeciente.

—Aquí se deja entrar a muy pocos —dijo, alzando la voz—. ¿Verdad que sí, mamá?

Sonreía bovinamente, mirándola orgulloso, como si fuese en realidad ella, no él, el vástago. Ella le ignoraba. Era como si no estuviera allí. Tenía la mano apoyada en el brazo del sillón, a mi lado, pegada como un tarugo al extremo de aquel brazo gordo. Apenas tenía rasgos en la cara. La nariz, la boca, las mejillas, todo se había fundido en grasa informe. Sólo quedaban, firmes y claros, los ojos. Su mirada no se había apartado de mí un instante desde mi llegada. Era a la vez remota e intensa, como si no estuviera acostumbrada a ver criaturas humanas. El aire resonaba suave, preñado de calor. La habitación se apretujaba en torno nuestro. Había una mesa, armarios, aparadores, un cubo de carbón de metal, un sofá con el relleno asomando, dos perros de loza mirándose de frente sobre la repisa de la chimenea, y una bailarina de porcelana con un tutú hecho de encaje auténtico, un soporte de tarta de plata, una librería que no tenía libros, una esfera de cristal con una escena alpina dentro y unos polvitos que remedaban una nevada, un lazo de raso carmesí procedente de una caja de chocolatinas, un par de jarras de cerveza de adorno, un barco con velas desplegadas dentro de una botella y una estampa coloreada de María, la Madre de Dios, con una daga atravesándole el corazón. Dan seguía hablando, pero yo no escuchaba. Creció la oscuridad, brillaba rojo el fuego. Quise salir de allí, marcharme, pero no podía, se había apoderado de mí una especie de letargo voluptuoso, mis extremidades eran de plomo, como frascos llenos de un líquido pesado. Me

parecía que, en cierto modo, siempre había estado allí, y seguiría allí siempre en cierto modo, entre las cosas de mamá, con sus ojillos implacables fijos en mí. Ella significaba algo, no, ella no significaba nada. Ella no tenía ningún sentido. Ella sencillamente estaba allí, esperando, en aquel cuartito fétido, siempre.

El autobús se retrasaba. Félix y yo paseábamos por delante de la taberna. Era una noche clara y estrellada. Félix estaba pensativo, silbaba entre dientes. No sabía por qué me iba, decía, por qué no esperaba unos días más. Él se iría también entonces. Podíamos habernos ido juntos. Me miraba de reojo, intentando ver mi expresión en la oscuridad.

Mi expresión.

—No puedo tentarte, ¿eh? —dijo—. Bueno, otra vez será.

Desvié la vista carretera arriba. Me tocó levemente en el brazo.

—Oh, sí —dijo—. Siempre hay otra vez.

Luego se alejó, riéndose, y se perdió en la noche.

Brillaba la carretera de montaña, suspiraban los pinos, se estremecía al viento la luz de la lámpara sobre la puerta de aquella taberna. Ausencia, ausencia, el peso desvalido de todo lo que no estaba allí.



LAS lilas estaban en flor en el jardín del hospital. Los primeros frágiles aventureros de la estación habían salido al aire libre, en zapatillas y bata, alzaban hacia el sol sus semblantes cenicientos y sobresaltados. En el tejado, se alejaban corriendo en el viento alegres soplos de humo blanco, hacían que el edificio pareciese de pronto un gran barco surcando el azul. El vestíbulo de entrada era un reverbero de luz. Había entrado un gorrión, no sé cómo, y aleteaba contra el cristal en una esquina de una ventana alta, aún puedo oírlo, aquel estrépito pequeño, frenético. Me pararon en recepción.

—¿Es usted pariente? —preguntaron.

Se alzaba oblicuamente en las escaleras un haz de luz preñado de motas de polvo, como una columna que cayese incesante.

Madre.

Bajé por el pasillo, esperé en una sala. Había una mesa, sillas de plástico, un jarrón con unas flores secas. Pasó el tiempo, un siglo. Yo estaba allí y no estaba. Por fin llegó el padre Plomer y se me quedó plantado delante, las manos suaves juntas. No llevaba las gafas, sus ojos tenían sin ellas una mirada cruda, doliente. Movi6 la cabeza, como por alguna leve decepción, o por una inclemencia del tiempo.

—Lo siento —dijo.

Ícaro. Ícaro.

Llena está la copa.

Quise ver su habitación. La cama estaba desnuda, el enorme cubo de basura, vacío. La puerta del armario estaba abierta. Y sin embargo, para mí, ella estaba allí, estaba allí en todo lo que faltaba. ¿Había sido de otro modo alguna vez? Apoyé la cabeza en la ventana, mirando el humo en el tejado, las nubecitas, las montañas lejanas en sombras. Rompía dentro de mí un mar paralizado. El padre Plomer paseaba despacio, las suelas de los zapatos rechinando.

—La encontraron en la capilla, ¿sabes? —dijo—. Lo considero un gran signo, el que fuese allí, para estar en paz.

Hizo una pausa y me miró, con aquella mirada tanteante y desnuda, luego se puso otra vez a pasear, rechinante.

—Por supuesto —dijo—, la cuestión es dónde conseguí esa cosa horrible, horrible, y tanta. Las autoridades correspondientes tienen sus sospechas, y si resultan ciertas, determinada persona, te lo aseguro, perderá la posición que tiene aquí, y muy pronto, desde luego que sí.

Me miró de nuevo, con una mirada significativa, y movió la cabeza muy lentamente una vez más. ¿Lo imagino o se frotó las manos?

Encontré al profesor Kosok en el piso de Chandos Street. Estaba sentado junto a la ventana de la cocina, con el abrigo y el sombrero puestos. Un puño inerte delante sobre la mesa. Tenía los ojos enrojecidos, y por las grasientas ventanillas de la nariz rodaban lágrimas. Le habían dado las cosas de ella en una bolsa de plástico: el bolso, el abrigo de piel, la bata de flores. Me miró cansinamente.

—¿Dónde está tu orden ahora? —preguntó.

Ella era su hija. ¿Mencioné eso?

Recorrí los dormitorios de atrás. Qué ensoñecedor brillaba allí el sol, cayendo a través de aquellas ventanas, luz de otro tiempo. Me paré y lloré. ¡Verano! El jardín estaba en flor. Se posó en el alféizar una paloma, habló suavemente y volvió a alzar el vuelo.

Cuando me fui, me llevé su jeringuilla, en el estuche de terciopelo, como recuerdo.

Una parte de mí había muerto también. Desperté una mañana y descubrí que ya no podía sumar dos y dos. Algo había cedido, el hielo se había roto. Se agolpaban las cosas, las meras cosas ellas solas. Una gota de agua más una gota de agua no hacían ya dos gotas, sino una. Dos naranjas y dos manzanas no eran cuatro de una nueva síntesis, sino que se mantenían tercamente ellas mismas. No digo, claro, que no hubiese pensado antes todo esto, pero ahora no podía pensar en otra cosa. Lo había sabido todo de los números y no había entendido nada.

Perdí el cuaderno negro, lo extravié por algún sitio, o lo tiré, no sé. ¿No he hecho ya un libro negro de mí mismo?

Pena, claro, y remordimiento. No entraré en ello. Dolor también, pero no tanto como antes, y un poco menos cada día. Tengo la cara casi arreglada ya, una mañana despertaré y no me reconoceré en el espejo. Un hombre nuevo. No voy al hospital. ¿Qué hay allí para mí, ya? Yo ya no quiero protectores. Quiero estar, ser, ¿qué?, no sé. Desnudo. Desollado. Un niño que llora, blandiendo furioso los puños. No sé.

¿He atado todos los cabos? Hasta un mundo inventado tiene sus reglas, tediosas, absurdas quizá, pero innegables.

Hay veces que aún tengo la sensación, creo que me acompañará toda la vida, de que me siguen. Más de una vez, también, me he vuelto en la calle al ver un resplandor de cabello rojizo, un rostro que sonrío furtivo entre los sin rostro. ¿Es mi imaginación? ¿Hubo alguna vez algo más? Él volverá, de un modo u otro, no hay modo de eludirlo. Se ha puesto a trabajar otra vez, anda tanteando. He vuelto al principio mismo, a las cosas más simples. ¡Simples! Me gusta eso. Esta vez será diferente, creo que será diferente. Ya no haré como antes. No. En el futuro, dejaré las cosas, procuraré dejar las cosas, al azar.

Notas

[1] *Swan* significa en inglés cisne. (N. del T.) <<